



PROGRESOS DE LA ANTROPOLOGÍA

De todas las ciencias cuyo prodigioso desenvolvimiento es gloria de este siglo, ya tan cercano á su fin, ninguna merece que se fije tanto en ella la atención como la antropología. El estudio del hombre fisiológico y moral, la investigación de su origen, su historia en las edades sinnúmero que han transcurrido desde su venida, tales son los problemas que se nos presentan. Por desgracia, esa ciencia tan atractiva ha servido frecuentemente de pedestal á los que no quieren ver en la naturaleza más que combinaciones mecánicas ó químicas, y en los progresos de la humanidad la sola resultante de fuerzas siempre en acción. Muchas teorías audaces se han proclamado, muchas hipótesis se han emitido; pero las teorías se derrumban ante la libre discusión, y las hipótesis desaparecen con los descubrimientos que se hacen. Á irreflexivos apasionamientos siguen estudios más serios, las ilusiones se disipan y los mismos jefes de escuela se ven obligados á confesarse impotentes para explicar los fenómenos de que somos testigos. Hé aquí los verdaderos progresos que deseamos dar á conocer á los lectores.

I

¿Habrá que recordar el entusiasmo con que hace algunos años se acogió la teoría de las generaciones espontáneas? La vida salía de la nada, el organismo aparecía en medio de sus-

tancias anorgánicas. El hombre, por fin, lograba penetrar el gran misterio de la creación; convertíase en su propio dios y el universo era su conquista. No se ha olvidado con qué rapidez se desvanecieron esas orgnllosas esperanzas. Uno de nuestros ilustres sabios ha demostrado por modo indiscutible que las experiencias sobre que se fundaban se habían hecho mal; que la aparición de la vida debíase siempre á gérmenes pre-existentes, no del todo destruídos, y repitiendo las experiencias con las minuciosas precauciones indispensables (1), Pasteur ha demostrado que la destrucción completa de los gérmenes hace imposible toda manifestación de la vida. Tan cierto es, que todavía hoy los matraces llenos de infusiones de materias vegetales ó animales conservados en su laboratorio, y que ha treinta años sirvieron para sus célebres experiencias, no contienen vestigio de fermentación, ni, por consiguiente, microbio alguno. De cualquier manera que se opere, no se logra obtener el desarrollo de una sola célula organizada si se pone el medio en que hubiera debido desarrollarse al abrigo de los gérmenes que el aire atmosférico transporta consigo adonde quiera (2). Sería injusto no mencionar también á un sabio inglés, Tyndall (3), quien, después de reiterados experimentos, no vaciló en proclamar, contra su primera opinión, que en el estado actual de la ciencia no es lícito aceptar la formación, ni aun de organismos simples, por la sola acción de fuerzas físico-químicas, como el oxígeno y el hidrógeno, el ázoe y el carbono. Ya había dicho Littré: «Tal como la vida se presenta á nuestros ojos, no se propaga más que por padres; no tenemos derecho experimental alguno para hacer que figure en el origen una propiedad vital dotada de una acción que hoy no posee.»

Ante la evidencia de los hechos y ante tales autoridades,

(1) Está probado que ningún microbio puede resistir una temperatura que exceda de 115°. Se necesita, por lo tanto, para el buen éxito de la experiencia, que no solamente las infusiones, sino también todos los utensilios, sin excepción, se sometan á dicha temperatura.

(2) Littré, *Generación espontánea y transformismo*.

(3) *Correspondencia, Cartas dirigidas á Wallace y á Hæckel*, págs. 502 á 506. Los experimentos de Schultze, Schwann y Milne-Edwards dan los mismos re-

Hæckel mismo, sectario ardiente y comprometedor á menudo, tiene que ceder. Reconoce que nunca se ha visto producirse moneras en los experimentos de laboratorio; «pero, añade para cubrir la retirada, esos experimentos efectuados de una manera artificial no pueden reproducir las condiciones que presentaba nuestro globo en las épocas primitivas.»—«Hay que admitir—continúa poco después, preciosa confesión que se debe registrar—la generación espontánea ó la idea del milagro de una creación espontánea» (1).

La imposibilidad de sostener la teoría de las generaciones espontáneas constituía un contratiempo grave para la ciencia materialista, porque aquélla era el punto de partida del sistema fundado en la unidad originaria de los seres y sobre sus transformaciones progresivas en el tiempo y en el espacio (2). Veinticinco estados, según Hæckel, separan al hombre de la monera (3), corpúsculo informe que sólo puede distinguirse con el microscopio; pero esta monera ínfima está ya dotada de las principales propiedades vitales. Se mueve, se nutre y se reproduce por segmentación. Hacemos gracia al lector de la continuación de nuestros pretensos antepasados, peces y batracios, anfibios y marsupiales. El sabio alemán reconoce, por otra parte, que aun faltan varios eslabones á la serie evo-

sultados que los de Pasteur. Las personas á quienes interese el asunto deben leer la comunicación de Milne-Edwards á la Academia de Ciencias de París y las observaciones de Payen, Quatrefages, Claudio Bernard y Dumas.

(1) *La Creación natural*, trad. de Letourneau, pág. 307.

(2) «Pero, por lo menos, ¿hay que distinguir el mundo de la materia bruta y el mundo viviente? dice Cochin en una refutación tan brillante como sólida. (*La Evolución y la vida*, págs. 6 y siguientes.) De ninguna manera, la ley de continuidad no se halla interrumpida, y del juego de las fuerzas naturales, en medio de las mil y mil combinaciones de la materia, nació el primer germen viviente, antepasado de todas las razas.»

(3) La monera está formada por una célula que contiene una especie de líquido gelatinoso, transparente, incoloro y protegido por una cubierta, denominado *protoplasma*. No contiene ningún núcleo en el interior, y éste es uno de los signos diferenciales que permite distinguir á las moneras de las células orgánicas. (Dr. Cartaz, *Los Microbios*, *Nature*, 21 de Febrero de 1891.) Añadiremos que ciertos transformistas admiten que el protoplasma se debe á una creación inteligente y voluntaria, y que en el comienzo de la vida, el Creador depositó en él todas las facultades necesarias para su evolución ilimitada.

lutiva (1), y Tyndall añade que faltarán siempre. Llegada al tipo que consideramos como exclusivamente humano, la potencia de transformación se detiene de súbito. ¿Por qué? La escuela no nos lo explica. Podría, sin embargo, concebirse un ser más perfecto que el hombre, aun desde el punto de vista fisiológico. Logrado el objeto apetecido, ¿impondrá una ley esa detención de fuerzas naturales que hasta entonces obraron de continuo? Mas una ley supone una causa final, y la escuela rechaza con desdén toda causa final. Bástenos ahora hacer notar las insuperables contradicciones de las nuevas doctrinas, que sobre ellas volveremos en las páginas de este trabajo.

Darwin fué uno de los grandes propagadores de esas teorías. Sin compararle á Newton ni á Képler, como algunos de sus amigos officiosos, admitimos de buen grado que era un notable pensador y un sabio concienzudo. Á él toca la honra de haber mostrado, merced á largas y pacientes investigaciones, que ciertos hechos pueden explicarse por causas naturales. Pero hay otros en mucho mayor número que no cabe explicarlos así, siendo por tanto temerario—y en esto consiste el error de Darwin—establecer sin pruebas directas una ley general. Su doctrina es una perpetua hipótesis, é hipótesis que no alcanza bastante grado de probabilidad para aceptarla ni aun provisionalmente.

Por el mismo tiempo que Darwin preparaba trabajos que tanta celebridad habían de adquirir, Wallace, su amigo y émulo, esforzábese en probar con hechos que una especie cuyos individuos presentaban al principio gran diversidad de caracteres se ha transformado en una variedad ó en una raza por la selección natural. El atento estudio de sus trabajos, y particularmente de su última obra (2), no permite aceptar esa opinión, por mitigada que parezca, y hay que repetir que ninguno de los hechos actualmente conocidos prueba la transformación de una especie en otra, háyase verificado esta

(1) *Antropogenia ó Historia de la evolución humana* (trad. franc.).

(2) *Darwinism, an Exposition of the natural Selection with some of its Applications*, London, 1890.

transformación lentamente por una serie de modificaciones ligeras, acumuladas durante larga serie de generaciones, como Darwin quería, háyase verificado bruscamente, como creen otros naturalistas (1). El profesor Perrier, evolucionista entusiasta, declara lealmente que nunca se ha obtenido por la experiencia el paso de una forma á otra, ni se ha observado en la naturaleza (2), y Blanchard, sabio académico de ciencias, exclama sin que nadie le replique: «Enseñadnos una vez sola el ejemplo de la transformación de una especie» (3).

No; ni la selección natural, ni la lucha por la vida, factores ambos invocados con tanta confianza por la nueva escuela, pueden explicar el origen de las especies; son á lo sumo agentes de adaptación destinados á poner á los seres en armonía con el medio que los rodea, y si la influencia de ese medio puede producir cambios fisiológicos (4), nada autoriza

(1) C. Darwin, *Nueva exposición de un plan de experiencias sobre la variabilidad de los animales*.

(2) *El Transformismo*, pág. 335.

(3) *La vida de los seres animados*, prefacio.

(4) Quatrefages ha aclarado perfectamente el asunto (*La especie humana*, segunda edición, pág. 168). La aclimatación—dice,—esto es, la adaptación fisiológica á un medio nuevo, es un hecho incontestable. Todas nuestras razas domésticas importadas en América, prosperan allí cuando sus condiciones de existencia son próximamente las mismas que las del suelo natal, y cambian cuando las condiciones son muy diferentes. Así se forman razas locales, y sin que la industria intervenga para nada, se ha visto en los valles calurosos de la Magdalena carneros sin pelo; sobre las frías mesetas de las cordilleras puercos cubiertos de lana, y en las llanuras ardientes de la Mariquita, bueyes desnudos. ¿No es evidente que esos puercos, carneros y bueyes, procedentes de nuestros climas templados, se han puesto en armonía con el nuevo clima en que se desarrollaban? Iguales hechos pasan á nuestra vista. A. Milne-Edwards refiere que los antílopes de Africa que viven y se propagan en el Jardín de Plantas de París se han cubierto, bajo la influencia de nuestro clima, de pelos suaves, que no tienen sus congéneres del trópico. Wallace, en el libro de que acabamos de hablar, cita, en la isla de Madera, insectos que tienen las alas más cortas y otros que las tienen más largas que las mismas especies que viven en los continentes inmediatos. La causa para los unos, dice el sabio inglés, está en que sus compañeros tenían alas que presentaban demasiada superficie al viento, fueron arrastrados al mar y perecieron en las ondas. Para los otros consiste, por el contrario, en que sus representantes, teniendo poca fuerza en las alas, no pudieron resistir los vientos y fueron presa de los hur-

á creer que éstos alcancen á las formas orgánicas, y menos aún que las especies vegetales y animales se hayan perfeccionado y caracterizado gradualmente. Virchow es todavía más explícito (1). Admite, lo cual es constante, que el clima y las circunstancias exteriores obran sobre el organismo; pero ningún hecho demuestra, á su juicio, que tales factores hayan dado origen, no ya á una especie cualquiera, sino ni aun á una raza. Algunos años antes (2), decía ya con la franqueza propia de su lenguaje: «Tocante al transformismo, rara vez se ha visto un problema tan importante tratado tan de ligero, por no decir tan locamente.»

Volvamos á las doctrinas de Darwin. Para el sabio inglés los animales han salido de cuatro ó cinco formas primitivas y las plantas de un número igual ó menor. La analogía me conduciría, añade, á creer que todos los animales y plantas proceden de un prototipo único (3). Á pesar de sus lagunas y contradicciones, aceptáronse estas extrañas doctrinas con gran favor en Inglaterra, Alemania y América; en Francia con un poco menos de entusiasmo, á causa quizás de su origen extranjero. Tal aceptación no muy reflexiva no podía durar; comienza la reacción, y uno de los maestros de la ciencia contemporánea, que por mucho tiempo estuvo casi solo en la brecha, tiene la satisfacción de ver que vuelven á las doctrinas que ha profe-

canes. En uno y otro caso, sólo han sobrevivido los insectos mejor adaptados al medio en que habían de habitar. Pero esas sólo son simples variaciones y, ya lo hemos dicho, la variabilidad en la especie es la regla general. La herencia, se añade, puede fijar estas variedades (Letourneau, *Dicc. de Cienc. Méd.*, art. *Herencia*), en cierta medida; así, en Colombia, atrofiábanse las mamas de las vacas que no se ordeñaban; los perros que se hacen salvajes, no ladran ya; sus hijos han perdido esta facultad. Pero la facultad aquí no está más que en suspenso; si se vuelve á ordeñar las vacas, recobran las mamas rápidamente sus funciones, y no cabe duda de que si los perros mudos se reunieran con otros que ladraran, recobrarían la facultad perdida. Hay todavía que practicar numerosos estudios para conocer la influencia de los medios. Véase C. Dareste, *Nueva exposición de un plan de experiencias sobre la variabilidad de los animales*.

(1) *Congreso de antropólogos alemanes*, Viena, 1889.

(2) *Congreso de antropólogos alemanes*, Francfort, 1882.

(3) *Origen de las especies*, pág. 507.

sado siempre los que arrastrados por la boga general se habían alejado momentáneamente (1).

Hasta el mismo Romanes, discípulo favorito de Darwin, si bien continúa admitiendo la evolución como hecho y la selección natural como procedimiento, se ve obligado á confesar que la supervivencia de los individuos mejor dotados no basta para explicar los variadísimos fenómenos de los orígenes, y para citar sus propias palabras, «no se halla hoy, dice, un solo observador formal que pretenda que la supervivencia de los más aptos sirva para explicar todos los fenómenos de la formación de las especies» (2). ¿Se ha probado esta supervivencia misma? Parece, por el contrario, que los animales más fécondos y mejor dotados son los que primeramente han desaparecido, y si lo que Darwin llama la lucha por la vida, observa fundadamente Gaudry (3), hubiese sido la causa principal de la destrucción ó de la supervivencia de los seres, aquéllos habrían persistido más tiempo que los demás.

Romanes, es cierto, se empeña en sostener que cierto número de especies salvajes cruzadas entre sí han resultado féculdas; pero, aparte de que este hecho es dudoso, no bastaría. Las uniones entre dos razas de la misma especie no son féculdas tan sólo inmediatamente, sino que producen mestizos aptos para reproducirse. Todo lo contrario ocurre en las uniones entre especies diferentes, aun cuando sean tan cercanas como el asno y el caballo, la liebre y el conejo. Casi siempre, y éste es el punto capital, los híbridos son infécundos. No se conoce, advierte Quatrefages, un solo ejemplo de fecundidad en el mulo, y es tan rara en la mula, que Herodoto y Plinio lo consideraban como un prodigio. Cuando en algunas especies se conserva la fecundidad en los primeros descendientes, no tarda en desaparecer en sus hijos ó nietos; si, por último, per-

(1) De Quatrefages, *C. Darwin y sus precursores franceses. Teorías transformistas.* (*Journal des Savants*, 1889-1890.)

(2) «So that at the present time, it would be impossible to find any working naturalist, who supposes that the survival of the fittest is competent to explain all the phenomena of species formation.» (*Physiological Selection, an additional Suggestion on the Origin of Species.* *Journ. Linnæan Society*, 1886.)

(3) *Fósiles secundarios*, pág. 295.

siste en casos del todo excepcionales, pronto interviene el fenómeno de regreso á los tipos primitivos y desaparece toda señal de cruzamiento. Así es como los lepóridos, que proceden de la liebre y el conejo, vuelven á ser simples conejos al cabo de cortísimo número de generaciones (1), por lo que ha habido que abandonar experiencias proseguidas con ardor durante largo tiempo. Darwin cita un hecho semejante (2). Al volver á la vida salvaje, las variedades domésticas recobran gradual pero invariablemente los caracteres del tipo original. La domesticidad ha influído en ellas no más que momentáneamente.

Hechos parecidos nos ofrece el reino vegetal. Dícenos un hábil horticultor que aparte, claro está, de los esfuerzos del hombre, las especies sometidas al cultivo, expuestas á todas las influencias modificadoras que acompañan á las siembras repetidas incesantemente, conservan, no obstante, su existencia bien distinta: presentan perpetuamente variedades nuevas, pero que nunca salen de los límites que las separan de las especies cercanas (3).

En resumen, todos los esfuerzos de la selección más hábil y perseverante han fracasado constantemente ante las leyes de la naturaleza. La esterilidad de los híbridos es una prueba decisiva en favor de la estabilidad de las especies, de la fijeza

(1) Los verdaderos lepóridos tienen $\frac{3}{8}$ de sangre de conejo y $\frac{5}{8}$, alguna vez hasta $\frac{3}{4}$, de sangre de liebre. Á pesar de esta desproporción, domina el conejo; la calidad vence á la cantidad. Estas experiencias, únicas que conocemos en las que los híbridos permanecen constantemente fecundos, se han abandonado ya porque no pueden ofrecer ninguna conclusión útil á la ciencia (*Memoria de Florent Prevost*). Ese notable predominio de una especie sobre otra se muestra no sólo en el reino vegetal, en el que es frecuente, sino también en los cuerpos anorgánicos. Conócese un experimento que se practica con frecuencia en nuestros laboratorios. Mezclando partes iguales de azúcar y de acetato de plomo se obtienen cristales en los que los dos elementos se hallan en las mismas proporciones. Si se repite varias veces este experimento, haciendo que se disuelvan en el agua los cristales obtenidos, se llega á eliminar poco á poco el acetato de plomo y queda el azúcar puro. Registramos este hecho, que, á nuestro entender, no puede explicar la ciencia.

(2) *Origen de las especies*, trad. francesa, pág. 145.

(3) Vilmorin-Andrieux, *Introducción á las hortalizas*.

de los tipos y de su variabilidad dentro de límites estrechos. Para la escuela transformista, las especies no son más que variedades temporalmente fijadas y mantenidas por la herencia, que se modifican sin cesar, adaptándose siempre á las condiciones del medio. Para nosotros, por el contrario, las especies permanecen constantemente aisladas unas de otras por una barrera fisiológica que la industria humana puede vencer en ciertos casos, pero que pronto se levanta y mantiene la separación absoluta.

Hay un hecho notable en esta conclusión, que tomamos de Quatrefages: la intervención activa y completamente artificial del hombre, intervención que, notémoslo, es mucho más poderosa que la naturaleza. La naturaleza obedece á leyes regulares é inmutables; el hombre dirige las fuerzas, opone unas á otras, suprime las que juzga perjudiciales y activa las que cree útiles á la acción que pretende ejercer; así es como llega á crear variedades y aun especies nuevas que pueden tener momentánea existencia. Pero nada autoriza á suponer que suceda lo mismo en la naturaleza. Preguntad á los viejos cazadores que recorren nuestros bosques si han visto alguna vez híbridos del ciervo y el gamo, de la liebre y el conejo. ¿Acaso los grandes félidos de especies diferentes se aparean en los desiertos del África ó los paquidermos en los juncarees del Asia? Si así sucediera, aumentaría de modo extraordinario el número de híbridos, no tropezarían los naturalistas con grandes dificultades para presentarnos una especie en vías de formación ó de renovación, y las palabras de Quatrefages estarían plenamente justificadas. «Suprimid en la tierra las leyes del cruzamiento, dice (1), y veréis qué confusión. No sé adónde se iría á parar. Después de algunas generaciones habrían desaparecido los grupos que llamamos géneros, familias, órdenes y clases; las divisiones no tardarían en resentirse. No se necesitaría ciertamente un gran número de siglos para que presentaran el mayor desorden los reinos animal y vegetal. Mas como quiera que el orden existe en uno y otro desde la época en que los primeros seres organizados vinieron á poblar las soledades

(1) *La especie humana*, cap. XI, pág. 76.

del globo, no ha podido establecerse y durar aquél sino merced á la imposibilidad en que se hallan las especies de fusionarse unas con otras por cruzamientos indiferente ó indefinidamente fecundos.»

No proporciona la lucha por la vida argumentos más plausibles. La casualidad, las circunstancias de lugar y de momento y el ardor genésico determinan los apareamientos. No son los más fuertes ni los más aptos los que vencen en la batalla de la vida. Si sucediera de otro modo veríamos producirse en las razas salvajes lo que obtiene el hombre en las domésticas; progresarían visiblemente en talla, vigor y hermosura. Pero nada de esto ocurre, y por mucho que nos remontemos en el pasado, las razas y las especies diversas se presentan tales como las vemos hoy día. La descripción que hizo Aristóteles de los diversos animales de Grecia y de Asia se aplica rigurosamente á los individuos que en nuestros días representan las especies que aquél describió hace más de dos mil años. Agassiz ha comprobado en los arrecifes del Golfo de Méjico la semejanza perfecta de poliperos cuya edad evalúa en setenta mil años con los poliperos que hoy viven en los mismos parajes (1). Los grabados de los trogloditas, hasta donde es posible juzgar por sus groseros esbozos, representan animales que conocemos. Las osamentas extraídas de las cavernas más antiguas dicen lo mismo, y las conchas de Solutré y de las grutas de Vezère no difieren en nada de sus congéneres actuales. El lebrel y el zarcero figuran entre las escenas grabadas sobre la tumba de Roti, célebre cazador que vivía en Egipto en tiempo de la XII dinastía, hace más de cuatro mil años; en su tipo se distingue perfectamente el de nuestros días.

Un magnífico bajo relieve recientemente extraído de las minas de Babilonia representa un mastín esculpido en el reinado de Nabucodonosor; se parece, hasta el punto de confundirlo, á los mastines del siglo XIX (2). Los ibis y cocodrilos, de los que se encuentran innumerables momias en Egip-

(1) Gaudry, *Fósiles primarios*, pág. 32.

(2) Nott, *History of Dogs*, inserta en Nott y Gliddon, *Types of Mankind*, London and Philadelphia, 1854.

to, son completamente iguales á los ibis que pueblan los valles del Nilo y á los cocodrilos que se bañaban, todavía hace pocos años, en las aguas del río (1). Dícenos que el Niágara corría, hace cerca de treinta y seis mil años, en medio de una extensa meseta é iba á desembocar en el lago Ontario; en las orillas de su antiguo lecho ha depositado numerosas conchas, testigos mudos de ese lejano pasado; todas son idénticas á las que actualmente viven en la América del Norte (2). El Sr. Rupert Jones, finalmente, para concluir unas citas que sería fácil aumentar, nos dice que los foraminíferos de la creta existen aún en el Atlántico (3).

Lo mismo acontece en el reino vegetal. Las plantas, desde los tiempos de que tenemos noticia, no han experimentado ningún cambio en su organismo ni en su estructura. Los estudios hechos con el trigo, lejos de inclinar á que se crea en la inestabilidad de las formas específicas, conducen, por el contrario, á una conclusión favorable al tipo de la especie que se impone á la multiplicidad de razas ó variedades (4). El tejo, el pino silvestre, el abedul, el roble, el arce y el nogal, examinados en Robenhausen en un estrato de lignitos depositado durante el intervalo entre dos períodos glaciares, no presentan ninguna diferencia esencial con las especies actuales (5).

(1) «Mi sabio compañero Geoffroy Saint-Hilaire, decía Cuvier (*Discurso sobre las revoluciones de la superficie del globo*), ha recogido, embalsamados, en los templos del alto y bajo Egipto gatos, ibis, aves de presa, perros, monos, cocodrilos y una cabeza de buéy, y no se distingue más diferencia entre esos seres y los que nosotros vemos que entre las momias humanas y los esqueletos de los hombres de hoy día.»

(2) Thury, *Edad actual de los reinos orgánicos y teoría de la descendencia* (*Archives des sciences physiques et naturelles*, tomo XIX). El Niágara, se dice, retrocede del lado del lago Erié unos 33 metros por siglo. La distancia es ahora de 12.000 metros. Puede, por lo tanto, conjeturarse que ese movimiento de retroceso empezó hace 36.000 años.

(3) *Remarks on the Foraminifera* (*Monthly microscopical Journal*, Febrero, 1876).

(4) Dr. Dufresne, *Origen de las plantas cultivadas*. Puede consultarse también, en sentido contrario, al Marqués de Saporta, *Origen paleontológico de los árboles cultivados ó aprovechados por el hombre*.

(5) Oswald Heer, *El paisaje morénico*.

El herbario del Dr. Schweinfurth que se conserva en el museo del Cairo contiene flores encontradas en la tumba de Amenofis I de la XVIII dinastía; son semejantes á las flores que todavía crecen en Egipto (1).

Tales hechos, que sería fácil multiplicar, parecen perentorios, y las contestaciones que los transformistas dan no debilitan las conclusiones que se imponen. Á la inmutabilidad de las especies oponen la inmutabilidad de los medios. De modo que la permanencia de los tipos podría provenir del hecho de que desde su aparición no hubiera sobrevenido ninguna de las perturbaciones que trastornaron el globo durante los tiempos geológicos. Para contentarse con esta contestación hay que dejar á un lado toda la teoría darwinista; sostienen que la selección natural y la lucha por la vida son leyes generales; de ser ciertas, han existido siempre, y si siempre han existido, debieron ejercer una acción incesante, aun prescindiendo del medio ambiente; que no se puede suprimir el efecto sin suprimir la causa misma.

Se apoyan también en la inmensa duración del globo. Por millares de siglos calculan los geólogos el tiempo necesario para la formación de los terrenos estratificados que componen la corteza superficial de la tierra, y durante buena porción de ese tiempo, es indudable que persistió la vida orgánica. Y esos siglos, cuya duración no permite medir ningún cronómetro conocido, son indispensables para que desviaciones de los tipos, variaciones ligeras en el origen puedan transmitirse á la descendencia, adquirir poco á poco, por la adaptación ó el influjo del medio, una especie de fijeza, y convertirse, finalmente, en el carácter exclusivo de una raza ó de una especie (2). Nos vemos así obligados á apoyarnos en enseñanzas históricas ó arqueológicas comparativamente recientes. Admi-

(1) Passalacqua, *Investigaciones acerca de las plantas encontradas en las tumbas egipcias*.

(2) Romanes cita los cambios en la época del celo de los animales y en la floración de los vegetales que se notan después de emigraciones más ó menos extensas. Esos hechos son puramente fisiológicos, que no influyen en la diferenciación de las especies. Quatrefages hace mucho tiempo que los había hecho notar, sobre todo para las ocas de Egipto y la *Acacia dealbata*.

timos esa larga duración de las edades; pero aun desde este punto de vista, y por mucho que nos remontemos, habrá siempre que llegar al momento en que especies, dimanadas de antepasados comunes, naturalmente fecundas entre sí, pierden esta fecundidad. La aparición de la infecundidad recíproca es el hecho importantísimo que domina toda la cuestión. Darwin se ha visto precisado á reconocer la imposibilidad de explicar la separación fisiológica de las especies por la selección natural (1), y después de él no hay, que sepamos, ningún hecho nuevo que facilite la solución. Mientras no se dé esa explicación y se presente esa prueba, estamos condenados á hipótesis que no pueden servir de fundamento exclusivo á una teoría que Monseñor d'Hulst resume brillantemente cuando dice (2): la necesidad de vivir creando la vida, la necesidad de órganos creando órganos, y la necesidad de orden creando la armonía.

Para librarse de esta conclusión, Carlos Vogt da una nueva definición de la especie. «Reconocemos, dice (3), un tipo de caracteres determinados que llamamos *especie* y que podríamos definir diciendo que referimos á la misma especie todos los individuos cuyos caracteres comunes los dan como descendientes reales ó posibles de un tronco común.» Vogt sustituye, por lo tanto, á la noción fisiológica de la filiación la noción morfológica de la semejanza; pero tiene que confesar las objeciones que se oponen. Tomemos uno de los ejemplos más notables, el de los perros. ¿Quién no ha notado las diferencias de forma, pelaje y tamaño que separan al perro de aguas del lebel, al perrito de nuestros salones, pequeño como una rata, de esos enormes perros daneses de pelo gris, cuya talla procuran aumentar los que se dedican á su cría, siguiendo las aficiones de la moda? Y sin embargo, esos perros, á los que se clasificaría morfológicamente como especies distintas, se cruzan entre sí y producen mestizos indefinidamente fecun-

(1) *Origen de las especies*, trad. franc., págs. 282 y siguientes.

(2) *Correspondant*, 25 de Diciembre de 1889.

(3) *Lecciones sobre el hombre*, pág. 286.—De Quatrefages, *Teorías transformistas*. (*Journal des Savants*, 1889.)

dos. En su estudio sobre las palomas ha mostrado Darwin (1) que los caracteres exteriores son lo bastante diversos de raza á raza para que, si nos atuviéramos tan sólo á dichos caracteres, distribuyéramos esas razas en cuatro ó cinco géneros completamente distintos. La variación alcanza hasta el esqueleto del organismo. Pero á pesar de la distancia que los separa morfológicamente, no se ha roto el lazo fisiológico; todas esas razas domésticas se aparean entre sí, y, cosa todavía más importante, su progenitura híbrida continúa siendo fecunda. Podríamos citar otros ejemplos no menos interesantes que atestiguan que en el concepto transformista no es posible, apoyándose en la caracterización morfológica, llegar á un resultado serio, y hemos de repetir con un sabio de gran autoridad, Claudio Bernard, que nada prueba en el estado actual de la ciencia la transformación sucesiva de los seres en el tiempo y en el espacio. La orgullosa exclamación de Hæckel: «¿Qué vale la experiencia en semejante asunto?» no basta para modificar nuestra opinión.

Hay otro argumento que ya hemos señalado (2), pero sobre el cual conviene insistir á causa de la importancia que le atribuye la escuela. *Omne vivum ex ovo*, ha dicho Harvey. Todo ser procede de un huevo y éste es simplemente una célula parecida en el animal y en la planta (3). Darwin pone de manifiesto este hecho y lo amplifica de modo notable (4). Para él revela el origen común la semejanza de la conformación embrionaria. Todos los animales empiezan por un estado idéntico, y el germen del embrión humano, durante los primeros momentos de la gestación, no se diferencia en nada de los embriones de las demás especies. Wallace (5) abunda en el mismo parecer. La maravillosa semejanza que se advierte

(1) *De la variación de los animales y plantas*, tomo I, pág. 203.

(2) *Correspondant*, 10 de Noviembre de 1888.

(3) Hæckel, *Antropogenia ó historia de la evolución humana*, trad. de Letourneau, París, 1877.—*Historia de la creación de los seres organizados según las leyes naturales*, trad. de Letourneau. La octava edición de esta obra se acaba de publicar en Berlín con el título *Natürliche Schöpfungsgeschichte*.

(4) *Origen de las especies*, trad. franc., pág. 473.

(5) *Nineteenth Century*, trad. franc. *Revue scientifique*, 17 de Enero de 1880.

en el desarrollo embriológico de los tipos vivientes más elevados, dice, nos lleva á concluir forzosamente que el reino animal y el vegetal enteros deben las formas tan diversas que presentan hoy día á una ley continua de descendencia con modificación de algunos tipos primitivos. Hæckel reprodujo en una lámina célebre los embriones del hombre, del mono, de la tortuga y del pollo al cuarto día de la fecundación. Parece absoluta la identidad; sólo al cabo de dos meses, las diferencias, leves en un principio, se acentúan cada vez más y esos seres tan semejantes al comienzo se convierten en tipos completamente distintos. No somos anatómicos ni fisiólogos, por lo que nos abstendremos de dar nuestra opinión en tal asunto; pero no hemos de callar que autorizados sabios alemanes acusan á Hæckel de haber falsificado de propósito las figuras para favorecer su objeto (1), y añadiremos que tan directa acusación no se ha refutado de un modo satisfactorio. Aun admitiendo la perfecta exactitud del hecho anticipado por el profesor alemán, no acertamos á entender el argumento que se quiere sacar de él. Para que tuviese verdadera importancia, necesitaríase que la célula, primera forma del embrión, pudiese dar origen indiferentemente á un hombre ó á un mono, á una tortuga ó á un pollo. Como esto no sucede, como no puede suceder, hay que admitir que el embrión y la célula poseen aptitudes especiales que escapan, y probablemente escapan siempre, al escalpelo y al microscopio. Deniker dice á su vez que durante el período fetal el cráneo de los monos antropoides se parece, hasta el punto de equivocarlo,

(1) Semper, *Brief am Hæckel*, Hamburgo, 1877.—*Litterarischer Handweiser*, 1884.—Se puede consultar también sobre este punto á Semper, *Obras completas*, y á Vigouroux, *Los libros santos y la crítica racionalista*, tomo II, pág. 608. Sería prolijo referir las excentricidades científicas de Hæckel. Ha inventado seres completos de los que ha dicho Vogt que nunca se han visto ni se verán. Ha imaginado en geología anteperíodos que su correligionario Huxley francamente declara que son increíbles. Ha afirmado reiteradas veces que el embrión se constituye como un cristal. Ha tomado por un organismo, al que se dió el pomposo nombre de *Bathybius*, un simple precipitado de cal. No acabaríamos nunca si á recordar fuéramos todos sus errores, verdaderamente indignos de la ciencia. Hæckel es uno de los que, con sus exageraciones, han comprometido más las doctrinas transformistas.

al cráneo humano (1). Pero ¿puede ese mono convertirse en hombre? Nadie lo pretende; ¿qué importancia, por lo tanto, ha de tener tal hecho para el asunto que nos ocupa? Sir John Lubbock (2) presenta cuatro gusanos que parecen salir del mismo molde, tan grande es su semejanza, y, sin embargo, uno de ellos se convierte en miriápodo, y los otros en escarabeos, himenópteros y mariposas. También aquí hay que inquirir si este hecho es exacto. Blanchard (3), que goza de autoridad indiscutible, nos dice que mariposas casi semejantes salen de orugas que ofreen las particularidades distintivas más manifiestas; viven en condiciones diferentes y gustan de vegetales diversos. Mas aceptemos la observación de J. Lubbock; ¿qué conclusión se puede deducir? Desde su humilde comienzo, el destino de tales gusanos, si cabe emplear aquella palabra, lo fija una ley inmutable; no pueden convertirse indiferentemente en mariposas ó abejas, escarabeos ó miriápodos, y el argumento que se trata de aducir en favor de una tesis opuesta prueba, por el contrario, á nuestro juicio, la fijeza de las especies. Otras teorías é hipótesis se ha procurado ingerir en las que acabamos de exponer. No solamente, nos dicen, tienen todos los vertebrados en el primer germen un punto de partida común, sino que la serie de las formas que presenta el organismo desde el óvulo hasta la edad adulta es una repetición breve y rápida de la recorrida por nuestros antepasados desde el origen de la vida hasta nuestros días (4). De aquí ha nacido una ciencia nueva, y Hæckel, volviendo á una teoría que expuso Serres, apoyada en cierto paralelismo observado entre la sucesión de los seres en el tiempo y su desarrollo em-

(1) *Investigaciones anatómicas y embriológicas acerca de los monos antropoides*. Ya en el siglo pasado decía La Mettrie que sólo por la educación se eleva el hombre sobre los animales, y que si no hablan los monos, se debe á un vicio de sus órganos que podría remediarse, y entonces hablarían. Véase *El hombre máquina*, cuya primera edición se publicó en Leyden en 1748, cubierta por el anónimo.

(2) *Origen y metamorfosis de los insectos*, pág. 102, láms. I, II y III.

(3) *Metamorfosis, costumbres é instintos de los insectos*, pág. 267.

(4) Quatrefages (*Journal des Savants*, Febrero y Marzo de 1890) expone y refuta magistralmente toda esta doctrina.

brionario, pretende que la odontogenia ó embriología y la filogenia ó historia de la filiación de los seres, presentan para cada especie dos series de formas que se corresponden término á término; y que todo ser en su vida embrionaria pasa por los diversos escalones que ha recorrido la especie antes de llegar á su forma definitiva.

Parece que Gaudry acepta esta opinión, pues según él, «la unidad de la naturaleza se manifiesta en el hecho de que el desarrollo de los grandes tipos paleontológicos como que reproduce á menudo en compendio el desarrollo de los individuos» (1). Dice también que, para los peces, el cambio de la leptoceria (cola delgada por el extremo) en estereoceria (cola en paleta por el extremo) se verifica desde el nacimiento á la edad adulta, al mismo tiempo que de la época secundaria á la época actual. Pero Gaudry es el primero que reconoce que eso no es ley general, que no puede aplicarse, por ejemplo, al driopiteco (2), y con mayor razón, sin duda, al hombre. No se ha imitado esta prudente reserva, y los partidarios de la doctrina quieren que también el hombre haya pasado por las fases más diversas, siendo sucesivamente zoófito, batracio, reptil y mamífero.

Se ha refutado victoriosamente esta hipótesis y no han sido los menos entusiastas los transformistas más ilustres. Les cederemos la palabra. Darwin fué de los que antes declararon que no todos los seres pasan por los diferentes estados de sus antecesores (3). Vogt es todavía más explícito: «La célebre ley biogenética del paralelismo exacto entre la filogenia y la odontogenia que tuve por fundada, dice, durante mucho tiempo, falsea por su base (4). El estudio atento de la embriología prueba que las armonías de los embriones son muy diferentes de las de los adultos.» El profesor Perrier, quien, como Vogt, no disimula sus opiniones, no es menos terminante que el célebre profesor de Ginebra (5). Combate el que la embrio-

(1) *Fósiles secundarios*, pág. 293.

(2) *Mém. soc. géol.: El driopiteco*.

(3) *Origen de las especies*, trad. franc. págs. 521-531.

(4) *Algunas herejías darwinistas (Rev. scient., 1886)*.

(5) *Filosofía zoológica anterior á Darwin*, pág. 621.

genia humana resuma la del reino animal y pueda constituir, como pretende la nueva escuela, una anatomía comparada completa. «En ninguna fase de su desarrollo, escribe, es el embrión humano un verdadero zoófito, como tampoco es reptil ni pez en otra fase más adelantada. Hé aquí lo que objetan todos los embriogenistas á la teoría de Serres y lo que hará que caiga en descrédito su anatomía transcendente.» Baër la había refutado ya con algunas palabras desdeñosas (1). «El desarrollo del individuo, se limita á decir, no recorre la escala animal.» Carlos Robin, por último, para terminar estas citas ya hartas largas, definió la nueva ciencia: acumulación poética de probabilidades sin pruebas y de seductoras explicaciones sin demostración» (2).

Pero la odontogenia es tan sólo una parte de la teoría hækkeliana; ¿podemos admitirla con más confianza cuando su autor resume la doctrina en la unidad de la naturaleza orgánica é inorgánica, ó cuando trata de explicar la génesis de los seres desde el protoplasma hasta la monera, simple célula desprovista de núcleo, desde el amphioxus hasta el hombre? Oigamos á Vogt—nos agrada tomar argumentos de los que no comparten nuestras opiniones—después de haber puesto en evidencia todos los errores que contiene la doctrina de Hækkel (3): «Se declara falsificado, exclama, lo que no cuadra con un plan trazado de antemano, y se llega así á árboles genealógicos que se parecen, hasta confundirlos, á los tejos caprichosamente recortados con los que Le Nôtre y sus sucesores adornaban los jardines.» Más tarde se expresará en términos más severos (4). Toda la teoría hækkeliana, dirá, descansa en datos falsos, y, para citar sus propias palabras, «se invoca, para sostenerla, la evolución falsificada por presunción, ignorancia ó pereza, si puedo expresarme tan dura aunque justificadamente.»

Manteniéndonos, por lo tanto, en el terreno de los hechos

(1) *Estudios* publicados en San Petersburgo el mismo año que murió Baër.

(2) *Dicc. enciclop. de ciencias médicas*. Art. *Organismo*.

(3) *Revue scientifique*, 1877.

(4) *Herejías darwinistas*. (*Revue scientifique*, 1886).—*Sobre un nuevo género de medusario sentado* (*ibid.*, 1887).

actuales y de la observación directa, es fácil la conclusión. No se ven en ninguna parte vestigios de ese gran proceso, uno, continuo y eterno, proclamado con tanto énfasis; de ese proceso que abraza todos los fenómenos de la naturaleza sin excepción; que quiere que todos, desde el movimiento de los cuerpos celestes hasta la conciencia del hombre, ocurran en virtud de una sola y misma ley de causalidad. La doctrina general de la evolución, el *monismo*, como la llama Hæckel, se reduce á la fuerza mecánica de los átomos, teoría muy cómoda y explicación muy fácil de los misterios que nos rodean. No tiene para nosotros más defecto que el de hallarse en contradicción con los hechos observados. Se evita, es cierto, el milagro, pero á costa de la verdad. Fácil es notar uno de los puntos flacos de la doctrina, el cual no ha pasado inadvertido para Quatrefages (1). Hæckel dice que todos los cuerpos de la naturaleza están igualmente animados, y que todo se refiere á una ley biológica fundamental. Los cristales y los seres vivos crecen por la adición de nuevas moléculas (2); en todos la fuerza formatriz interna es efecto inmediato de la composición química, y la fuerza formatriz externa, resultado de la acción ejercida por la materia ambiente. Quatrefages contesta mostrando las diferencias radicales que separan á los imperios orgánicos de los inorgánicos. Hæckel, para justificar su teoría, se ve obligado á omitir un factor importante: que los seres vivos tienen necesidad de nutrirse. La nutrición, que es un fenómeno general en todos los seres organizados, sin el que no pueden ni crecer ni durar, es completamente extraña á los seres inorgánicos. Esta omisión voluntaria prueba á qué extremos se ven reducidos los sabios que pretenden, con gran arrogancia, imponernos verdaderos dogmas.

En resumen, los factores que invoca con tanta confianza la escuela transformista, la lucha por la vida, el medio, la selec-

(1) Los que deseen estudiar á fondo este punto, leerán con gran provecho los artículos publicados por Quatrefages (*Journal des Savants, Teorías transformistas*, 1889-90). El eminente académico destruye con su lógica habitual los diferentes sistemas transformistas actualmente preconizados. Á él acudimos con frecuencia en este estudio.

(2) *Creación natural*, pág. 298.

ción natural y el tiempo, son del todo insuficientes para explicar la derivación de los tipos, y con ella el origen de las especies (1); subsisten las objeciones con toda su fuerza. Hemos preguntado: ¿en dónde, cuándo y por qué se perdió la fecundidad que caracteriza á los individuos procedentes de antepasados comunes? ¿Cómo es posible que el orden y la armonía, tales como resaltan en todas partes, pudiesen reinar en la naturaleza hallándose sometidos los seres á transformaciones incesantes? Hemos mostrado, finalmente, por mucho que retrocedamos, especies claramente caracterizadas y las que han sobrevivido semejantes á las especies que viven á nuestro alrededor. Entre las que hemos citado, las hay muy anteriores á los tiempos históricos, otras que han precedido al cuaternario y otras que datan del cretáceo; ni el tiempo ni el medio han ejercido acción apreciable en ellas. Mientras no se refuten esas objeciones y no se nos faciliten las pruebas que pedimos, se hace imposible para toda persona formal el admitir las doctrinas que la escuela nueva sostiene con tanto ardor.

EL MARQUÉS DE NADAILLAC.

(Se continuará.)

(1) Cornevin, *Soc. antr. de Lyon*, 1888.





HERNÁN PÉREZ DEL PULGAR

LIGEROS APUNTES

SOBRE LA VIDA Y HECHOS HAZANOSOS DE ESTE CAUDILLO (1)

VIII

INTRODUCCIÓN DEL AVE-MARÍA EN LAS ARMAS DE PULGAR.—
OPINIONES VULGARES SOBRE LA HAZAÑA DE GRANADA.—RE-
FUTACIÓN DE VARIOS ERRORES DE GINÉS PÉREZ HITA, SOBRE
GARCILASO, TARFE Y EL MISMO PULGAR.

Parecía cosa natural y corriente que Hernán Pérez del Pulgar, celoso siempre de los timbres de honor y de gloria para su apellido, y devoto, cual ninguno de los héroes de la Conquista, del sagrado nombre de *María*, hubiera pretendido de los Reyes que, cual ocurrió en el Zenete, se le añadiera un nuevo cuartel á su escudo, como recompensa de su última hazaña, entrando en la ciudad de Granada y logrando colocar el nombre de la Virgen en la puerta de la Mezquita mayor de moros.

Y esta merced, y este justo honroso premio, no podía ser otro que tomar Fernando del Pulgar el *Ave-María* como divisa predilecta de sus armas, en recuerdo y en memoria

(1) Véase la pág. 264 de este tomo.

de aquella hazaña y á semejanza de lo realizado por el alcaide de los Donceles, que colocó en las suyas la cabeza del Rey Chico, atada á una cadena, simbolizando siempre con este emblema que él había sido el que tuvo la suerte de prender al desventurado Rey de Granada.

No lo hizo así el primer Alcaide del Salar, y tuvo sus razones poderosas, fundadas unas en delizadeza extrema, é hijas otras de la modestia que en el héroe corría parejas con su valor. Recordaba Pulgar, pues era muy versado en heráldica y en historias nobiliarias, que el sagrado nombre de María figuraba de antiguo en las armas de los *Lasso de la Vega*, y no quiso, aunque pudo, tomarlas para sí, teniendo en cuenta estos antecedentes, y que hubiera parecido orgulloso alarde de valor añadir este cuartel especial para su escudo, cuando el primitivo de Asturias lo tenía ya modificado y más ennoblecido con las armas ganadas cerca de Guadix. Y si á esto se añade el respeto profundo y cariño verdadero que profesaba á su Mecenas, el Conde de Tendilla, que por alianzas poseía en sus armas el *Ave-María*, como soberano título de gloria, no será extraño ya ver á Pulgar no reclamando esta nueva divisa para su escudo, á la cual nadie podía tener mejor derecho (1).

Pero no era posible que la descendencia de Pulgar olvidase para siempre el conmemorar en su apellido la hazaña del *Ave-María*, y así vemos que si se deja trascurrir el largo espacio de tiempo que media desde los últimos años del siglo XV hasta el primer tercio del XVII, en esa fecha última, los descendientes de Hernán Pérez, y uno de ellos particularmente (2), no permiten que por más tiempo quede en su ilustre casa sin recuerdo tan memorable hazaña del héroe que inmortalizara su ilustre apellido, y desde enton-

(1) El *Ave-María* estaba dentro de la casa de Mendoza y Conde de Tendilla, por el casamiento de D.^a Leonor de la Vega con D. Diego de Mendoza, señor de Hita y Buitrago, y Almirante 23 de Castilla.

(2) El primero que introdujo el *Ave-María* en las armas de Pulgar fué D. Martín de Angulo y Pulgar, descendiente directo y muy cercano de Hernán Pérez, y autor del manuscrito sobre las hazañas de este héroe que nos sirve de guía en la presente obra.

ces el *Ave-María* se introdujo en las armas ganadas en el Zenete, para que fuese testimonio siempre elocuente de la verdad del hecho, de la proeza de su autor y estímulo para las venideras generaciones. Y así, las antiguas armas que simbolizaban una proeza, desde entonces representan dos, y vióse cumplidas ante la realidad las indicaciones de un poeta (1), cuando cantaba entusiasmado la proeza de Pulgar, realizada en el dilatado campo que media entre Guadix y Baza.

De entonces acá, figura el *Ave-María* en lugar predilecto de las armas de los Pulgares, como segura prueba y mudo testimonio de la hazañosa proeza que realizara en Granada, de una manera legendaria, de generación en generación, aunque el entusiasmo popular ha relacionado con ella multitud de leyendas, que en nada la desvirtúan, pero que buscan precedentes inciertos para su realización.

¿Y cuál fué el origen de todas estas tradiciones, leyendas y cuentos que, despertando el entusiasmo popular, hizo que como artículo de fe se creyesen ciertos hechos relacionados con dicha hazaña, que la historia se encargó desde el principio de demostrar su falsedad?

No fué otro que los hechos relatados en las *Guerras civiles de Granada*, escritas por Ginés Pérez de Hita, que en su interesante afán de poetizar todo el período árabe granadino, y muy particularmente los últimos años de la dominación musulmana, introdujo en su obra tal tejido de ficciones y de falsedades, que hoy es difícil convencer á los granadinos de que no fueron ciertos todos los hechos que relacionados con la hazaña de Pulgar refiere aquél en su novelesca historia, que no es otra cosa que una compilación de fábulas, que debe las apariencias de verdad que tiene á ciertos sucesos exactos en el fondo, pero desfigurados con belleza, pretendiéndose de este modo usurpar la autoridad de la historia é imponiéndose á la buena fe y excesiva credulidad del pueblo.

(1) Aludimos al poeta Gabriel Lasso de la Vega que, cantando en sus romances la hazaña del Zenete, parecía profetizar este hecho, cuando decía: «Haber puesto en lo alto el *Ave-María*, que se defendió en el campo.»

Así no será extraño ver desde muy antiguo correr en Granada como moneda de buena ley la especie de que *Garcilasso*, valeroso joven que floreció en la conquista de este reino con los Reyes Católicos, mató al valiente moro *Tarfe* y le quitó de la cola del caballo el pergamino con el *Ave-María*, que *Fernando del Pulgar* puso en la Mezquita mayor de Granada; y que *Tarfe* desafió sobre el cerco de *Santa Fe* á todos los caballeros de él. Que *Garcilasso* era paje del Rey, y de tan pocos años, que le excusó la licencia de batallar con el moro, y que sin ella salió y le mató. Que se le tuvo á tan grande hazaña en su edad, que le premió el Rey con darle el *Ave-María* desde entonces por sus armas y la Reina el apellido *Vega*, por haber sido en la de Granada.

Y por último, que *Fernando del Pulgar* salió á fijar el pergamino la noche de *San Juan*, y desde la ciudad de *Santa Fe*, y que cuando *Tarfe* salió con dicho pergamino no estaba *Pulgar* en ella.

Al autor que primero echó á volar estas ficciones siguieron otros, entre ellos el de los cinco romances, y ya en su camino, se añadieron nuevas hazañas á las mencionadas, robusteciendo más y más esta opinión el poeta lusitano *Duarte Díaz*, y como nadie, el Fénix de los ingenios españoles, el inmortal *Lope de Vega*.

Hubo algún fundamento para tan extraño error. Y fué la apariencia y semejanza, mejor dicho, igualdad, de los nombres de *Garcilasso de la Vega*, la exactitud de su escudo de armas con el *Ave-María* y ser ésta la que *Pulgar* fijó en Granada, y por último, la extraña coincidencia de haber un *Garcilasso de la Vega* en las guerras que pusieron término á la dominación de los árabes en España.

Pero sí es muy justo que, rindiendo tributo á la verdad y justificando también la notoria antigüedad del apellido *Lasso de la Vega*, se demuestre con datos ciertos é irrevocables que 152 años antes de la conquista de Granada otro *Garcilasso* ganó el *Ave-María* para blasón y armas de su ilustre casa, siendo ya éste guerrero esclarecido y muy cercano de los Reyes, en cuyas huestes servía como esforzado capitán.

Es difícil la empresa, porque aparece como opinión radical y común en lo popular que *Garcilasso* era paje de los Re-

yes Católicos, y muy niño, cuando realizó la hazaña que se le atribuye, dando muerte al moro Tarfe en la Vega de Granada y rescatando el *Ave-María* que Pulgar había dejado clavada en la Mezquita.

Para ello será ante todo preciso impugnar lo contenido en la obra, muchas veces impresa en Granada, titulada *Las guerras civiles*, y que para falsear la historia de este pueblo escribiera en mal hora el maestro zapatero de Murcia Ginés Pérez de Hita (1).

(1) «D. Martín de Angulo y Pulgar, en el manuscrito que consultamos, afirma que el autor de la novela histórica fantástica, *Ginés Pérez de Hita*, era maestro zapatero en la ciudad de Murcia, y más tarde fué simplemente soldado en el ejército del Marqués de Vélez, concluyendo por escribir sus *Guerras civiles* y alguna otra obra; asegurando, además, ser incierto lo que afirma P. de Hita, que él había traducido su libro del moro *Abem-Hamim*, pues parece extraño que un musulmán tratase á los suyos como él los trata y en cambio tuviese tanta celebración para los caudillos cristianos. Por lo que se deduce de otros antecedentes, Ginés Pérez de Hita era, sí, vecino de Murcia; pero no hay prueba evidente de que naciera en aquella ciudad y sí en su provincia, pues en toda ocasión elogia á los murcianos. Ha habido dudas sobre si Ginés Pérez de Hita es ó no autor de sus *Guerras civiles*, inclinándonos á creer que desde luego lo fué, aunque calcó dicha obra en varias leyendas árabes, y siendo completamente original suya la segunda parte de la misma. Para ello tenemos que admitir sólo como una leyenda fantástica la opinión corriente de que la primera parte de las *Guerras civiles de Granada* fué escrita por el moro granadino *Abem-Hamim*, que pasó á Africa, y murió en Tremecén, y allí tuvo un hijo; y después su nieto Argutarfa recogió los papeles de su abuelo, y entre ellos el original de las *Guerras civiles*, y los prestó al judío Saba-Santo, que los tradujo al hebreo, donando el original arábigo á D. Rodrigo Pérez de León, Conde de Bailén, que obligó al judío á que pusiese también el texto en castellano para conocer en lengua vulgar las hazañas de sus ilustres abuelos consignadas en dicha obra. El Conde dió este trabajo á Ginés Pérez de Hita, que no tuvo otra ocupación que arreglar el original, en cuanto á la primera parte, y bajo este modelo hacer suya toda la segunda. Tan extrañas opiniones se han emitido sobre esta obra, que hasta el historiador norteamericano *Washington Irving* asegura que las *Guerras civiles de Granada* aparecieron primero en castellano y se tradujeron después en lengua arábica por un tal *Gines Pérez de Hita*, que residía en Murcia; luego fueron trasladadas á varios idiomas, y *Florián* sacó de él la mayor parte de su novela *Gonzalo de Córdoba*. En realidad, las *Guerras civiles de Granada* no es más que una compilación de fábulas bastante pesada, que debe las apariencias de verdad que tiene á ciertos hechos, exactos en el fondo, pero desfigurados, que se incluyen en ella, usur-

Toda su primera parte está llena de romances populares, que reflejando las costumbres de la época á que se refieren, falsean, sin embargo, toda la historia y toda la verdad de las guerras de Granada.

Entre ellos se cuenta aquel que describe el reto de Tarfe ante los muros de Santafé (1), que no viene á ser otra cosa

pando así la autoridad de la historia é imponiéndose á la buena fe del pueblo, y resultando una obra que, aunque adornada de grandes bellezas literarias, no podrá considerársela nunca, ni como verdadera novela, ni como verdadera historia.»

(1) Dice así el referido romance en lo concerniente á Garcilasso de la Vega:

.....

«Garcilasso estaba allí,
 mozo gallardo, esforzado;
 licencia le pide al Rey,
 para salir al pagano.
 Garcilasso, sois muy mozo
 para emprender este caso;
 otros hay en mi Real,
 á quien poder encargarlo.
 Garcilasso se despide
 muy confuso y enojado,
 por no tener la licencia
 que al Rey había demandado;
 pero muy secretamente
 Garcilasso se había armado,
 y en un caballo morcillo,
 salido se había al campo.

.....
 El moro cuando le vido,
 en poco le había estimado.
 Vuélvete, rapaz, le dice,
 y venga el más esforzado.

.....
 Comienza la escaramuza,
 con un furor, muy sobrado.

.....
 Díole al moro una lanzada
 por debajo del sobaco.
 El moro cayera muerto,
 tendido se había en el campo.

que un tejido de errores, encaminados á demostrar que Garcilasso de la Vega vengó el reto de Tarfe, y fué el que le dió la muerte en el campo cercano á Granada.

Después de este fantástico romance pone Ginés Pérez de Hita, en boca del Rey y de la Reina, las palabras de mayor entusiasmo y maravilla por aquella hazaña, elogiando mucho á Garcilasso, y atribuyendo á los Monarcas católicos el hecho de colocar en el acto las letras del *Ave-María* en el escudo de Garcilasso, como merecida recompensa á haberle rescatado del poder de los infieles.

Muchos otros romances se mencionan sobre aquesta hazaña, siendo notables, bajo el concepto literario, muchos de ellos; pero estando todos inspirados en la equivocada afirmación del reto de Tarfe y la proeza de Garcilasso.

De los tres primeros nos hemos ocupado en el capítulo anterior, á propósito de la empresa llevada á cabo por Pulgar (1), siendo notable el *cuarto* porque exagera tanto su autor, elogiando á Garcilasso, que se atreve á asegurar que éste apenas tenía cumplidos diez y seis años cuando realizó su famoso combate, añadiendo además, como disculpa para

Garcilasso con presteza
del caballo se ha apeado.

.....

Quitóle el *Ave-Maria*
de la cola del caballo,
y hincando ambas rodillas,
con devoción la ha besado,
y en la punta de la lanza
por bandera la ha colgado.

.....

Garcilasso *de la Vega*,
desde allí se ha intitulado:
porque en la *Vega* hiciera
campo con aquel pagano.»

.....

.....

(2) Comienzan así estos romances:

El primero: *Santafé, qué bien pareces*, etc.

El segundo: *Sobre el más alto collado*, etc.

El tercero: *En un revuelto andaluz*, etc.

el Alcaide del Salar, que éste estaba ausente del Real cuando el reto de Tarfe, y que tal fué la causa de no vengar él mismo la afrenta, como era natural y le obligaba su propio ardimiento, siendo de notar, como dato importantísimo en esa poesía, que en ella se reconoce que de antiguo traía Garcilasso el apellido de *La Vega*, pero que lo inmortalizó más y más en la de Granada (1).

(1) Véase cómo describe este cuarto romance, la pretendida hazaña de Garcilasso:

«Garcilasso de la Vega,
paje del Rey D. Fernando, etc.
.....
Más que todo, ofendido,
del notable descato, etc.
.....
Á su sangrienta venganza
respecto de ser muchacho,
á quien faltaban *seis meses*
para *diez y siete años*, etc.
.....
Á quien dijo el Rey, sois mozo,
y valeroso el contrario, etc.
.....
Pero dejarlo á Galindo
que éste es un caso pesado,
pues el valiente Pulgar,
por ausencia está excusado,
cuya esa aquesta empresa,
por haberla comenzado, etc.
.....
.....
Valeroso Garcilasso,
hoy subís más en la Vega,
de la Vega el nombre claro,
y si de otros no os viniera
apellido tan honrado,
vinieraos este tal,
pues en la Vega os ha dado
el cielo inmortal renombre etc.
.....
Trairéis el *Ave-Maria*,
pues también la habéis ganado,
por orla de vuestro escudo,
que será de mí envidiado.»

El último romance de los que analizamos, referentes á la hazaña de Garcilasso, es también muy notable como monumento poético de aquella época, si bien todo él tiende á demostrar la verdad de este hecho y á justificar las mercedes de los Reyes por él mismo concedidas (1).

De acuerdo con esta opinión se expresaba el poeta portugués Duarte Díaz, afirmando que el Rey perdonó al joven paje su desobediencia, y le dió el *Ave-María* por escudo; pero reconociendo también que el apellido de *La Vega* era antiguo en tan ilustre casa (2).

Hasta el inmortal Lope de Vega se dejó llevar de estas ficciones, mostrando como cierta la hazaña del joven Gar-

(1) Véase lo que dice al final del referido romance:

«La Reina doña Isabel, etc.

.....

Al arcángel San Gabriel
atrás os lo dejáis hoy,
pues la sacáis del infierno
si él del cielo la sacó.
En las armas la poned
por armas y por blasón,
que es bien la ponga en sus armas
quien por armas la ganó.
Hoy la sangre de Mendoza
crece en opuesta ocasión,
pues si es real, ya es divina,
pues á Dios ha dado honor.
Y pues hoy, en una *Vega*
ganaste tanta opinión,
el nombre de Garcilasso
vendrá con Vega mejor.»

.....

(2) Hé aquí los versos que hacen referencia á este suceso:

.....

.....

.....

«La desobediencia perdonada,
y por memoria de la clara hazaña
por empresa le dió el *Ave-María*,
que tanto á *los de Vega* engrandecía.»

.....

cilasso y atribuyéndole muy corta edad y unos alientos impropios de la misma (1).

Indicados estos erroneos antecedentes, preciso será ya justificar de una manera cumplida *cuándo, cómo y cuál* Garcilasso de la Vega ganó para su pavés el *Ave-María*, expresando la imposibilidad de que fuese en la Vega de Granada y durante el reinado de los Reyes Católicos y apreciando hasta la saciedad la nobleza y antigüedad de tan ilustre casa.

Si consultamos la historia de España y nos fijamos en el período que comprende la dominación del Rey D. Alfonso el XI, no podemos menos de observar sus continuadas guerras con los moros, y entre ellas su vencimiento en 1340 en la memorable batalla del *Salado*.

Si todavía descendemos un poco en los detalles de esta memorable jornada, hallaremos que los primeros que pasaron el puente en aquel día, de entre los cristianos, fueron *Gonzalo Ruiz de la Vega* y su hermano *Garcilasso*, no faltando dato alguno que nos demuestre que entonces ganó este guerrero para sus armas el *Ave-María*.

Véase, si no, lo que dice la historia que de este Rey escribió Juan Muñoz de Villa-Sans, y se verá que por ella en dicha acción del *Salado* aparece ya *Garcilasso* como valiente capitán y con el apellido *Vega*, pues le tiene su hermano, haciéndose mención que ambos guerreros fueron los primeros que pasaron el río (2).

En la obra anterior no se hace mención de la manera como

(1) Este poeta hace decir á Garcilasso las siguientes frases:

«Prudencia y sagacidad
me adorna, aunque soy muy mozo,
que entre el nuevo y tierno bozo,
la voz es mi calidad, etc.»

.....
.....

(2) La historia del Rey D. Alfonso XI, escrita por Juan Muñoz de Villa-Sans, justicia mayor del Rey D. Enrique II, edición de Toledo del año 1595, dice en el cap. 254, folio 133, con relación á este asunto, lo siguiente: «*Garcilasso, de que vió que Gonzalo Ruiz de la Vega habia pasado el puente, él con algunos vasallos de D. Fadrique y D. Fernando, pasó luego. Y éstos fueron los primeros que en aquel dia pasaron el rio Salado.*»

Garcilasso de la Vega y su hermano ganaron el *Ave-María* para su escudo, pero en otras obras posteriores se refiere este hecho con minucioso detalle. Es una de ellas la escrita por Gracia Dei, rey de armas de D. Enrique IV, pues bien claro determina estar ya el *Ave-María* en el apellido de la Vega, ser suyo de antiguo este apellido y haber ganado el *Ave-María* en la batalla del Salado (1).

Acercas de la manera como ganó Garcilasso el *Ave-María*, nos bastará consultar al diligente escritor Argote de Molina, que no tan sólo describe los hechos ocurridos á este efecto en la batalla del Salado, sino también demuestra la intervención del cielo en aquel vencimiento, la adquisición de nuevas armas para la casa de Garcilasso, su muerte en tiempo del Rey D. Pedro I de Castilla y los enlaces posteriores con la casa del Duque del Infantado y de Mendoza (2).

(1) Gracia Dei, rey de armas de D. Enrique IV de Castilla y de los Reyes Católicos y cronista del Rey Emperador Carlos V, en su libro titulado *Armas y blasones de los caballeros de su tiempo*, folio 89, dice á este propósito lo siguiente: *Los LAZOS DE LA VEGA traen por armas un escudo de oro con unas letras en azul que dicen AVE-MARÍA*. Más tarde en el folio 129, trae sobre estas armas las siguientes coplas:

«Aquel que venció la brega
de los perversos furoros,
como ilustres ya lo plego
en la casa de la Vega,
en oro celestes flores.

.....

Déjales Lazo García,
cuando á su Rey servía,
con su esteral dorado
cuando ganó en el *Salado*.

la celeste *Ave-María*.»

(2) Gonzalo Argote de Molina, en el libro 2.º, cap.º 83, de su *Nobiliario*, impreso en 1598, tratando de la batalla del Salado, dice así: «*Garcilasso, mal herido, etc.—el cual llevando por divisa en su escudo las letras del AVE-MARÍA, se vió aquel día que puede tener por abogada á la Reina de los cielos. Porque viendo la flor de los Africanos, los caballeros que con Garcilasso pelearon, fué cosa de admiración, salir en salvo de tan gran conflicto, cuyo victorioso pavés quedó por escudo de su casa y descendientes.—Fué este caballero muerto por mandado del Rey D. Pedro, en la ciudad de Burgos, en el año de 1351, queriendo imitar la muerte de su padre, á quien mataron los de Soria en 1326.—Posee su casa el Duque del Infan-*

Si leemos un pergamino que se atribuye á D. Lorenzo de Padilla, literato esclarecido de la época de Carlos V, y cuyo trabajo se presentó al Rey Emperador por contener las armas reales y las de los demás señores de España en aquel tiempo, observaremos que al tratar de las de la casa de *la Vega* da minuciosos detalles acerca de la intervención de Garcilasso en la batalla del Salado, la colocación de las *Ave-Marías* en su escudo y la concesión que el Rey D. Alfonso XI hizo á este guerrero de que el santo nombre de *María* figurase á perpetuidad en las armas de su noble casa (1).

Como se ve, por las referencias anteriormente expuestas, queda ya señalado *cuál fué el Garcilasso, cuándo, dónde y cómo* ganó el *Ave-María* para su escudo, siendo de notar que ya de antiguo tenía *Vega* por apellido, lo que ha hecho á muchos críticos asegurar que esto era debido á una hazaña de un guerrero de este ilustre linaje, matando, tiempo atrás, á un moro, en la Vega de Toledo (2).

Y por si esta indicación necesitara justificación cumplida,

tado por casamientos, y así mezclando las armas de Mendoza con las de este caballero, tras el escudo con la banda verde, con perfiles de oro, en campo rojo, y el AVE MARÍA con letras azules en campo de oro, como se ve en este escudo, por quien dijo Gracia Dei:

*«Sobre verde relucia
la banda de colorado
con oro, con que venia,
la celeste Ave-Maria,
que se ganó en el Salado.»*

(1) Veáse lo que, refiriéndose á estos sucesos, dice don Lorenzo de Padilla, en el pergamino con las armas reales y de los señores de España en la época de Carlos V, refiriéndose á los que llevaban el apellido de *la Vega*: *«Mas después, un sucesor de éste, llamado Garcilasso, en la gran batalla de Tarifa, que ovo el Rey D. Alonso XI, con Alboacens, rey de Benimassen, á los 1339 años de Jesucristo, metió por divisa en la batalla, sobre vistas amarillas unas AVE-MARÍAS, y hizolo tan esforzadamente, que fué el primero que hirió en los enemigos, y los hizo retraer, y pasó el arroyo llamado del Salado, que estaba entre ambos ejércitos, y mediante su esfuerzo le pasaron otros cristianos muchos.—Por esta y otras muchas cosas que hizo el Rey D. Alonso mandó que trajese aquellas AVE-MARÍAS, mezcladas con sus armas, segun están en el escudo de la piel. Y ahora sus descendientes han dejado las flores de lis, y traen solamente las AVE-MARÍAS.*

(2) Así se expresa en la segunda parte de la historia del Inca Garcilaso.

en su manifiesto, que se cree ser de la época de Felipe II y de autor desconocido, se demuestra la proeza referida, añadiendo la manera como se llevó á cabo; expresando ser castellanos los del apellido *Vega* y describiendo el rescate del *Ave-María*, que estaba en poder de un moro, matando á éste en singular combate y con iguales trazas que la leyenda popular señala al joven Garcilasso, en la atrevida empresa que se atribuye á éste, durante el cerco de Granada, en la vega que circunda la ciudad (1).

Consultando también la Crónica del Rey D. Alonso XI, se encuentra descrita la batalla del Salado, elogiando el valor de Garcilasso de la Vega, diciendo además que él y su caballo llevaban unas sobrevistas amarillas, con letras azules, que decían: *Ave-María*, pero callando sin duda por lo muy sabido entonces, desde cuándo estaba este sagrado mote en el escudo de aquellos nobles (2).

Y por si algo faltase, el Dr. D. Pedro Salazar de Mendoza explica todos los detalles de la batalla del Salado, y adjudica á Garcilasso de la Vega la muerte de un moro que

(1) En el manuscrito referido, pág. 172, hallamos, describiendo estos hechos memorables, la siguiente relación: «*Los de la Vega son naturales de Castilla: las armas de aquestos, es un escudo amarillo, con unas letras dentro que dicen el AVE-MARÍA, cuanto de ella cabe, y estas armas se ganaron de esta manera. Como de largo tiempo el reino de Castilla haya tenido guerra con moros, estando el Rey en la frontera, entrando á les facer guerra, un moro muy valiente, en menosprecio de nuestro Señor, traía atada á la cola de su caballo una tela amarilla, con letras azules, que decían toda el AVE-MARÍA, sobre la cual empresa habia muerto algunos cristianos; y uno de los Lassos de la Vega, viendo aquello, se combatió con él y lo mató, y tomo el caballo con la tela; y de allí en adelante traen aquellas armas.*» También hablan de esta hazaña Zurita, libro 14, cap. 15, f.º 890 de su obra, como también Mariana en el libro 16, cap. 6.º, pág. 27 de la suya.

(2) La crónica del Rey D. Alonso el XI, padre del Rey D. Pedro y de D. Enrique, dice: «*Que Gonzalo Ruiz de la Vega, al que mataron en Soria, y su hermano Garcilasso, el día de la batalla del Salado, todos rehusaban pasar aquel agua, por la gran morisma que del otro cabo era; y ellos, con la bandera que llevaban de su señor, pusieron espuelas á sus caballos, y cubiertos con sus escudos, pasaron á la otra parte, y mataron por su mano muchos moros, y todos siguiéronles, mediante sus esfuerzos: toda la gente pasando, fueron los moros vencidos, llevando los de la Vega, ellos y sus caballos, unas sobrevistas amarillas, con unas letras que decían AVE-MARÍA.*»

traía el *Ave-María* atada á la cola de su caballo. Esto lo dice en su *Crónica del Cardenal de España*; pero en su otra obra, titulada *Dignidades seculares*, relata la historia nobiliaria de Garcilasso y su familia, que hace descender de las Asturias de Santillana, no sin afirmar rotundamente que en la batalla del Salado le concedió el Rey el *Ave-María*, como insignia de su escudo, para él y sus descendientes (1).

Por último, el Reverendo Padre Maestro Fray Prudencio de Sandoval, obispo de Pamplona, al hacer la historia de la casa de Mendoza, habla de Garcilasso, y dice que tomó el *Ave-María* por divisa de su escudo, como merecida recompensa á haber muerto un moro en combate decisivo (2).

Resultaría, pues, plenamente probado, con estas referencias históricas, que Garcilasso, hermano de Gonzalo Ruiz de la Vega, asistió á la batalla del Salado y en dicha batalla ganó el *Ave-María* para su apellido, pues aunque los autores varían en la descripción de la forma como ganó estas armas, pues unos dicen que por haber muerto á un moro, otros que

(1) La *Crónica del Cardenal de España*, escrita por el Dr. D. Pedro Salazar de Mendoza, penitenciario de la Santa Iglesia de Toledo, en su libro 1.º, capítulo 14, f.º 59 del vol. 1.º, hace la siguiente manifestación: «*Garcilasso y su hermano Gonzalo Ruiz de la Vega, mayordomo mayor del Rey D. Enrique II, fueron los primeros que pasaron el Salado, etc.—Garcilasso mató al moro que traía el AVE-MARÍA á la cola del caballo, y la puso en su escudo liso de oro, y letras azules, usando desde entonces destas armas sus descendientes.*»

En la otra obra del Dr. Salazar de Mendoza, titulada *Dignidades seculares*, libro 3.º, cap. 4.º, f.º 83, hace la historia genealógica de la casa de Garcilasso, en esta forma: «*Garcilasso de la Vega, hijo de Ruiz Perez de la Vega, nieto del Almirante D. Pedro Lasso de la Vega, fué muy privado del Rey D. Alonso el último, etc.—Casó con D.ª Urraca de Castañeda, y tuvo (entre otros) á Gonzalo Ruiz de la Vega y á Garcilasso de la Vega, etc.—Estos dos hermanos, Garcilasso y Gonzalo Ruiz de la Vega, pasaron con mucha dificultad y peligro el Salado, dando con esto principio á la insigne batalla que ganó el Rey á los moros cerca del rio. Allí mereció Garcilasso la insignia del AVE-MARÍA, que tomó para sí y sus descendientes.*»

Y en el libro 2.º, cap. 35, f.º 67 de esta obra, dice Salvador de Mendoza, al mismo propósito, lo siguiente: «*Fué merced del Rey D. Alonso el Sabio la de Almirante en D. Pedro Lasso de la Vega, bisabuelo de Garcilasso, el que ganó el AVE-MARÍA, y que era señor de la casa de la Vega, en las Asturias de Santillana.*»

(2) Sandoval, en su historia de la casa de Mendoza, fólío 395, dice: «*Garcilasso, por haber muerto un valiente moro, tomó por divisa el AVE-MARÍA en campo de oro.*»

por haberle quitado el *Ave-María* de la cola del caballo, otros que por llevarla como sagrado amuleto en la sobrevista ó en el pavés, es lo cierto que todos están conformes en lo sustancial del hecho.

De todo esto se deduce que si el apellido de *la Vega* estaba en dicha familia antes de la proeza que se atribuye al Garcilasso de la *Toma de Granada*, y si el *Ave-María* formaba, muchos años atrás, parte del escudo de tan ilustre casa, faltó descaradamente á la verdad, como en todo lo que á la historia de estas guerras se refiere, el poco concienzudo escritor murciano Ginés Pérez de Hita, haciendo al apellido de los *Lassos* una grave ofensa, restringiendo su antigüedad y nobleza, un período de tiempo larguísimo, y bastardeando los hechos, envolviéndolos en el falso ropaje de la ficción y de las novelas, para desvirtuar su origen y su verdadera importancia.

Podría objetarse que, aun siendo cierto é histórico cuanto va dicho acerca de las hazañas del Garcilasso de la época de D. Alfonso XI y sus antecesores, y de la manera como adquirió el *Ave-María* para su escudo, bien pudiera el otro Garcilasso, de la época de los Reyes Católicos, ser autor también de hazañas parecidas, y ganar otra *Ave-María* para sus armas.

Pero esto no puede prosperar, ya por los antecedentes expuestos, ya también porque, como se demostrará á continuación, siendo falsos los hechos que se atribuyen, la fecha de su realización, el sitio donde se supone y otros accidentes, no quedará duda alguna de que sólo como poética leyenda puede pasar lo del reto de Tarfe y su muerte por Garcilasso.

En efecto, cuando Hernán Pérez del Pulgar fijó el *Ave-María* en la puerta de la Mezquita mayor de Granada, no lo hizo viniendo de Santafé, como supone el fantástico autor de las guerras civiles de Granada, pues que la ciudad de Santafé aún no estaba fundada, ni tampoco se realizó el hecho en noche clarísima de luna y perteneciente al día de San Juan, en el mes de Junio, pues consta á todas luces, de una manera evidente, que este hecho valeroso se realizó en noche crudísima de invierno y sin rastro alguno de luz, como

que era más de mediado el mes de Diciembre, y cuando ya era imposible que la luna pudiese alumbrar la ciudad de Granada.

Veamos las pruebas de estas aseveraciones:

La facultad Real premiando la hazaña de Pulgar y la que se refiere á la merced de entierro y capilla para el héroe, fuera parte de las innumerables pruebas aducidas y testimonios relacionados á este fin en el capítulo anterior, demuestran bien á las claras que Fernando del Pulgar no salió de Santafé sino de Alhama, para realizaar su hazaña, y que todo cuanto se diga en contrario es sólo una ficción desprovista de fundamento y contraria á la verdad y á la historia (1).

Tampoco cabe duda alguna acerca de la fecha en que se realizó este hecho memorable, pues á más de los justificados datos que ya hemos reseñado, en el padrón del altar de la capilla de Pulgar está ejecutoriado de una manera fehaciente que el Alcaide del Salar *tomó posesión de esta Santa Iglesia el año 1490*, y entonces, como después veremos y la historia nos enseña, no estaba fundada aún ni como campamento ni como población la ciudad de Santafé.

Pero aún hay más. La proeza se realizó el año 1490, y la verdad histórica nos lleva por tan estrechos límites que precisa se realizase la hazaña dentro del mes de Diciembre y posterior al día 4 del mismo. Y no podía ser de otra manera, porque el día 4 de Diciembre de 1490 se rindió la ciudad de Baza, á cuya rendición asistió el hazañoso Hernando del Pulgar, y que fué la hazaña en la madrugada del día 18 de Diciembre lo justifica la historia, lo señala la tradición y lo testifica también la Iglesia, como hemos visto, con sus cánticos sagrados.

¿Pero qué hizo Pulgar en los días que mediaron del 4 al 18 de Diciembre de 1490? El manuscrito que da tan preciosos datos sobre todas las hazañas de este capitán insigne

(1) La facultad Real, refiriéndose á la hazaña de Pulgar, y para premiarla, dice así: «*Estando en la ciudad de Alhama, en la plaza de ella, hicisteis voto de venir á esta ciudad.*» Y la cédula que del entierro y capilla de Pulgar se ocupa dice á este propósito: «*Especialmente que siendo esta ciudad de moros, en la plaza de Alhama hizo voto de entrar en ella.*»

nos enseña que los gastó en asistir también á la entrega de la ciudad de Guadix, volviendo á Alhama por caminos indirectos y mal seguros, estando allí con su familia escasamente una semana, realizando la hazaña del Ave-María en la época indicada, volviendo por muy poco tiempo otra vez á Alhama para pasar los últimos días del 1490 en la ciudad de Guadix, ya cristiana, y marchar en 1.º de Enero de 1491 á Málaga para reclutar gente por orden del Rey, según veremos en el capítulo siguiente (1).

Resulta, pues, probado que no existía la ciudad de Santafé cuando hizo su voto Hernán Pérez del Pulgar, y por tanto, que no salió de ella para venir á Granada, como han cantado los poetas, siguiendo al extraviado novelista Ginés Pérez de Hita, pues que este hecho antecedió muchos meses á la fundación de la referida ciudad.

Tampoco será difícil probar que no fué en el mes de Junio y en la noche del día de San Juan Bautista cuando ocurrió este hecho, pues á más de lo incierto de la cita, la razón natural está demostrando su improcedencia, toda vez que, debiendo ser tan corta aquella noche y tan larga la preparación y realización de la hazaña, no había tiempo material para ello, ni aunque hubiera podido salir de Santafé, á dos leguas de Granada, y mucho menos saliendo, como salió, de Alhama, que dista siete ó más de esta ciudad.

Pero todavía es más clara la prueba para demostrar que no era noche clara de luna la en que se realizó el hecho, y sí noche tenebrosa y oscura, pues que en dicho año 1490 y á 17 de Diciembre se estaba ya en el día 26 de la luna, razón por la que no se vió ni puede verse en toda la noche, y si se vió algo fué sólo al amanecer por estar á los doce días de su menguante, y á estas horas hacía ya algún tiempo que Pulgar había realizado su empresa y se hallaba con sus amigos en la fortaleza de Alhendín (2).

(1) Como hemos visto anteriormente, la Real cédula de mercedes concedida á Pulgar por la hazaña del Ave-María es de 30 de Diciembre de 1490.

(2) Á fines de 1490 (que aún no se había reformado el Calendario ni se reformó hasta el 1582 por el Pontífice Gregorio XIII), tuvimos de áureo número IX y de epacta XXIX, según las tablas de los manuales eclesiásticos y

Si á esto añadimos la fecha cierta en que se fundó la ciudad de Santafé, quedarán pulverizadas las opiniones contrarias y justificadas por completo nuestras aseveraciones. El Rey católico D. Fernando, cuando determinó poner formal cerco á la ciudad de Granada, plantó su real en lo que se llamaba entonces el *Gosco cercado* (1) á 26 de Abril de 1491. Formóse el campamento de la forma y manera como se hacían éstos en dicha guerra, y sustituyendo el lienzo, las empalizadas y las tiendas de campaña á las comodidades y necesario resguardo de una población más ó menos defendida y comfortable.

Así continuó el campamento hasta el mes de Julio de dicho año, en que un suceso imprevisto y casual, y del que también ha querido sacar partido la leyenda popular, obligó á los Reyes á sustituir las modestas tiendas de campaña por casas edificadas en calles regulares y perfectamente alineadas, naciendo así la ciudad de Santafé.

El jueves 14 de Julio de 1491, hacía por la noche un aire tan molesto que no dejaba fácilmente alumbrar á las luces del campamento. Entonces, estando la Reina rezando en su tienda y el Rey durmiendo en la suya, el aire movió la vela de que la Reina se servía para sus piadosas lecturas, y alcanzando la luz las cortinas de seda que allí había, las incendió, propagándose el incendio á la tienda del Monarca, quemándose su recámara y mucha parte del Real.

El cronista Hernando del Pulgar y los historiadores Zurita y Garibay refieren estos hechos, pero ninguno de ellos indica la manera que hemos referido de prenderse el fuego, dato que estaba reservado á la diligencia de Hernán

de los cómputos lunares; este número, con los diez y siete días del mes en que entró Pulgar en Granada, y el de diez de los meses desde Marzo á Diciembre, forman el día veintiséis de la luna en que nada podía verse, lo que prueba la ligereza de Ginés Pérez de Hita, y que ni éste ni el autor árabe á quien atribuye su obra guardaron este cómputo tan necesario para hacer valer la verdad histórica.

(1) El *Gosco cercado* ocupaba lo que hoy comprende la ciudad de Santafé y algo de sus inmediaciones.

Pérez del Pulgar, que lo menciona detalladamente en su obra titulada *Sumario de los hechos del Gran Capitán* (1).

La ciudad de Santafé, tal cual hoy se advierte, edificóse en el corto plazo de ochenta días, á costa de otras ciudades y maestrazgos, encargándose, desde luego, de la tenencia de la misma al capitán D. Francisco de Bobadilla (2).

Resta sólo ya á nuestro intento demostrar lo incierto de la vulgar afirmación de que el moro Tarfe sacó para el reto el *Ave-María* que Pulgar puso en la Mezquita, demostrando además que el Garcilasso de 1490 no quitó al moro dicha *Ave-María*, ni salió á combatir con él sin licencia de los Reyes, no siendo tampoco joven y paje, sino capitán y de edad madura, y teniendo de antiguo el apellido de *La Vega* en su familia.

El novelista Ginés Pérez de Hita primero, y los poetas de todo género después, han inventado la especie de que al día siguiente de haber realizado Hernán Pérez del Pulgar en Granada su heroica hazaña, clavando el cartel del *Ave-María* con un puñal en las puertas de la Mezquita mayor, lo quitó y arrancó de allí el valiente moro Tarfe, llevando el pergamino atado á la cola de su caballo aquel mismo día, y dirigiéndose al cerco de Santafé, para lanzar allí su famoso reto. Tal idea está desprovista de todo fundamento, pues el campamento de los cristianos no se plantó en el *Gosco cercado* hasta Abril de 1491, y el cerco formal sobre Granada desde la ciudad de Santafé no se puso hasta Octubre de dicho año. Y si, como hemos demostrado hasta la evidencia, la hazaña de Pulgar tuvo efecto del 17 al 18 de

(1) Hernán Pérez del Pulgar, en su *Sumario de los hechos del Gran Capitán*, refiere: «que habiendo sabido lo del incendio D.^a María Manrique, mujer del Gran Capitán, le envió de improviso de Illora (donde aquél era alcaide) muchas y buenas camas y rica tapicería, suplicándole se sirviese de ello, y de muchas camisas y cosas de lienzo labrado para las Infantas y damas; y la Reina se lo agradeció por carta, y dijo á Gonzalo de Córdoba: «SABED QUE ALCANZÓ EL FUEGO CASUAL DE MI CÁMARA Á VUESTRA CASA, QUE VUESTRA MUJER MÁS Y MEJOR ME ENVIÓ QUE SE QUEMÓ.»

(2) Todo esto se sabe por los datos que obran en el archivo de la ciudad de Santafé, y por los padrones que existían á las puertas de dicha ciudad.

Diciembre de 1490, claro está que salta á la vista la falsedad de semejante aseveración.

Si á esto se añade que el pergamino y el puñal, como hemos visto y lo enseña la tradición, se lo llevó la ronda al Rey, y no hay dato alguno que justifique que Tarfe lo recogiera, ni el Rey se lo donara, queda fuera de toda duda que no habiendo sitio de Santafé como no lo hubo hasta diez meses después, no se presentó Tarfe con el pergamino que fijó en Granada Hernán Pérez del Pulgar, á desafiar al ejército cristiano, y por consiguiente, Garcilasso no salió ni pudo salir á pelear en defensa de los suyos y del nombre de *María*, ni tampoco mató á Tarfe, como se pretende por Ginés Pérez de Hita.

No menos descabellada es la opinión de atribuir á Garcilasso la salida del Real para el combate, sin licencia de sus jefes; porque, á más de ser falso el hecho en que se apoya, es además contra disciplina militar, y por ello, aquel guerrero, antes de soñar con el premio que mereciera su victoria, temería al condigno castigo por la desobediencia, mucho más, cuando la fantasía popular afirma que se negó el permiso que para combatir con el moro necesitaba. Y esta doctrina tan corriente y seguida por los antiguos (1), no la ignoró Lope de Vega, y por ello se guardó muy bien de atribuir en su comedia inobediencia alguna á Garcilasso.

No son necesarios muchos esfuerzos, á más de los datos indicados anteriormente, para demostrar que este guerrero tenía de antiguo como apellido propio el *de la Vega* y el *Ave-María* como armas de tan ilustre casa, muchísimos años antes que la ciudad de Santafé se fundara, así como también está fuera de toda duda que tenía muchos más años de diez y siete, y no era paje del Rey, sino esforzado capitán de su ejército.

La Crónica de Hernando del Pulgar, refiriéndose á sucesos de la guerra en 1485, habla ya de Garcilasso como ague-

(1) Según refiere el historiador romano Tácito, Domicio Córulo quiso castigar á Pacio Órpito porque peleó contra el orden, aunque salió vencedor.

rrido capitán, y al año siguiente de 1486, cuando describe la rendición de Vélez-Málaga, lo menciona también con igual cargo. En 1488 lo presenta como Alcaide y Gobernador de la ciudad de Vera, y con la consideración de maestre-sala de los Reyes. Claro está, pues, que si en los años de 1485, 1486 y 1488 era capitán del ejército de los Reyes Católicos y desempeñaba cargos de importancia, mal pudo en 1491, en que se fundó la ciudad de Santafé, tener diez y siete años, mucho más cuando por estos datos y otros se prueba que el apellido de la Vega era antiguo en su familia, y ni éste ni el *Ave-María* los ganó por haber muerto al moro Tarfe en la Vega de Granada (1).

Si todavía consultamos más datos sobre la historia de este ilustre guerrero, encontraremos que en la Crónica de Pulgar se le ve asistir como capitán á la rendición de Málaga en 1487, lo que prueba que para ser cierta la aseveración popular, si en 1491 tenía Garcilasso diez y siete años, cuando asistió á la rendición de Málaga en 1487, debió ser el capitán más joven del ejército cristiano, pues sólo tendría poco más de doce años! (2).

Por último, si consultamos otra obra del mismo cronista Hernando del Pulgar titulada *Claros varones de Castilla*, encontraremos tales hechos atribuídos á Garcilasso, que de-

(1) El cronista Hernando del Pulgar, en el cap. 42 de su obra *Crónica de los Reyes Católicos*, se expresa de esta manera: «Otro si, porque entendió ser necesaria más gentes sobre la villa de Cártama, envió al Duque de Alburquerque, etc., y el capitán Alonso Osorio y á GARCILASSO, CAPITÁN DE LA GENTE DEL DUQUE DE FERIA, á Pedro Castillo, etc.» El mismo cronista, hablando del cerco de Vélez Málaga, dice lo siguiente:

«En aquella hora, etc., el Adelantado de Murcia y otros dos caballeros; el uno se llamaba GARCILASSO DE LA VEGA y el otro Diego Ataide: éstos, viendo el peligro en que el Rey se metía, pusiéronse delante, etc.» Y además el mismo autor, en el cap. 108 de su Crónica, dice que «en 1488 pusieron los Reyes por Alcaide y Gobernador de la ciudad de Vera á GARCILASSO DE LA VEGA, SU MAESTRE SALA.»

(2) La Crónica de Hernando del Pulgar, en su cap. 81, cuando habla de la rendición de Málaga en 1487, hace las siguientes referencias: «El uno de estos caballeros era GARCILASSO DE LA VEGA; otro Jerónimo de Zúñiga, etc. Cada uno de éstos cuidaba por su parte provcyendo las cosas necesarias para fortificar las estanzas.»

muestra una grande experiencia militar y una edad distinta á la que se le atribuye (1).

Y si todo esto lo dejó escrito Hernando del Pulgar antes de su muerte, ocurrida en Granada en 1492, queda fuera de toda duda cuanto respecto á este particular se refiere de Garcilasso, y las acciones memorables que en alas de la fantasía le atribuye el novelista Ginés Pérez de Hita, pues que sus hechos fueron tales, que la hazaña fabulosamente escrita en las *Guerras civiles* resulta increíble en el tiempo, imposible en el lugar, repugnante á la historia, apócrifa en las circunstancias ó falsa en la persona é injustamente admitida por verdadera.

FRANCISCO VILLA-REAL.

(Se continuará.)

(1) El eximio Pulgar, en el tít. 15 de sus *Claros varones de Castilla*, dice lo siguiente, refiriéndose á Garcilasso: «*Este caballero, ofreciendo su vida por la de los suyos, tornó con grande esfuerzo á los enemigos, y tomando un paso los impidió peleando con ellos tanto espacio, que sus gentes las pudo salvar y no perecieron.*»





Á UNA MUJER

POESÍA CATALANA DE ANICETO PAGÉS DE PUIG

Premiada en los *Jochs florals* del 77.

I

Soy, en el yermo de esta triste vida,
Un castillo arruinado. La miedosa
Gente, de mí se aleja santiguándose:
Mas no todos me olvidan; en las grietas
De los negruzcos murgos desplomados,
Cuando el cuervo se va, por un momento
Suelen aletear las golondrinas.

¡Dios se lo pague!

II

Dios se lo pague, sí; dulces recuerdos
De mi primer amor; lámparas bellas
Que aun alumbráis á un ídolo hecho trizas!
Reflejos misteriosos, que delatan

Podredumbre cruel; vuestra luz muerta
Que al caminante asusta, me seduce;
Santos recuerdos que endulzáis mi vida,
¡Siempre os bendigo!

III

No sientas, no, mujer, que ahora recuerde
Nuestro pasado amor, de nuestro espíritu
Cándido beso. No; de tu hermosura
No me quiero acordar, y tus caricias
Ni un punto las perdí. ¡Sueño con ellas!
Tu cuerpo no me atrae; sólo ansío
Aquel amor, aquel amor del cielo
Que ardió en tu alma.

IV

¿Qué fuimos y qué somos? Parecemos
Víctimas de la peste, abandonadas
Por liviano temor. El brillo ardiente
De tus ojos rasgados, tu voz pura,
Tu cuello blanco y tu boquita de ángel,
Todo lo robó el tiempo, y hoy suspiro
Al verte caminar hacia la tumba
Enferma y fea!

V

¿Y yo? ¡Dios mío! Si pudieras verme
Aún te atormentarías, recordando
El mal que me causaste. Abro los ojos
Y me ciega la luz; tiendo los brazos

Y nada toco, y el pesar me ahoga...
 Y como he blasfemado tantas veces,
 Aunque ruegues, Dolores, no me amparan.
 ¡Qué desventura!

VI

Y sólo me da vida tu recuerdo:
 Y lo guardo anhelante, como guarda
 El viejo peregrino una reliquia
 Falsa, rota, incapaz de hacer milagros.
 ¡Dichoso él si confía en su amuleto!
 Yo, ni del tiempo aquel en que llorando
 Te confesabas mía, ni de entonces
 Tengo certeza.

VII

¡Duda cruel que roe mis entrañas!
 ¡Triste de mí! Sobre una roca, inmóvil,
 Mordiéndome los puños, de sed muero
 Mientras las olas á mis pies rebullen...
 ¿Quién vino á separarnos? Aquel día
 Perdiste para siempre de tu cuerpo
 La hermosura gentil; yo la del alma,
 ¡Y aún te idolatro!

VIII

¡Oh! ¡Sí! ¡Yo te amo aún! Más fácil fuera
 Que olvidarte yo á ti, que tú me amaras
 Como antes, inocente y pura. Mira
 Cuánto será el amor que por ti siento:

Si entrara yo en el cielo y no te hallara,
Tus culpas ante Dios redimiría:
Pues para mí no hay gloria, ni en el cielo,
Sin tu presencia.

IX

Á la luz de la llama que aún oscila,
Su sepulcro abandonan mis amores;
Y la noche á que vivo condenado
Apacible la juzgo, clara y bella.
Como entonces, hermosa me apareces,
Y como entonces, con placer te escucho,
Y creyéndote ahora como entonces,
Hallo consuelo.

X

¡Ah, locuras de amor! Santas mentiras
Que me recuerda sin cesar la fiebre.
No huyáis aún; el miedo, sin vosotras,
Hace presa de mí. Sed mi delirio.
El fuerte leñador, que taló robles
Allá en su juventud, viejo, aprovecha
Para su hogar las brozas que le ofrecen
Sus nietezuelos.

XI

¡Ay! Me parece que á mi puerta llama
La muerte, y estoy solo. ¡Qué tristeza!
Cuando, siendo muy niños, nos juramos
Enlazar para siempre nuestras vidas,

Enamorados como dos palomas,
 ¿Cómo pude pensar que nuestros cuerpos
 No dormirían en la misma tumba?
 ¡Dios te perdone!

XII

Tú fuiste, sí, tú fuiste que, la débil
 Al rebramar el temporal, bajaste
 La miedosa cabeza, ¡la cabeza
 Que yo había besado tantas veces!
 Y huiste lejos, lejos... para siempre,
 Sin darme un solo adiós... ¡y yo moría!
 ¿Tú sabes lo que somos en la tierra?
 Mujer, ¿lo sabes?

XIII

¡Yo soy el fuerte pino que se arraiga
 En la roca, que nunca se doblega
 Bajo apiñadas nubes de granizo
 Aunque un rayo del cielo le divida!
 Tú, mujer débil, eres hiedra floja
 Que se arrastra en la margen del camino
 Y en sus brazos oprime ¡qué vergüenza!
 Cualquiera tronco.

XIV

Tú no sabes amar. El amor puro
 Que vierte Dios en este triste valle,
 El que inspira la fe y odia la duda,
 El que vive de amor sin esperanza...

No lo abrigó tu corazón de barro.
Tú no sabes amar. ¡Pobre criatura!
Por esto Dios no quiso, mujer débil,
Que fueras madre.

XV

Tú apagaste mis ojos, que á los tuyos
Pedían luz; helaste de mis labios
Las palabras de amor que tuyas fueron.
Tú me has robado con la fe la vida,
De mí has hecho un cadáver, que se mueve
Sin sentir, sin pensar, como un autómeta...
Pues yo te adoro aún, sí, te perdono
Y aun te bendigo!

Traducción de

LUIS RUIZ Y CONTRERAS.





NOTAS SUELTAS

En el Ateneo de Madrid.—La Compañía de Tabacos.—Leyes penales de España.—Atlas geográfico universal.—*Annales des sciences psychiques*.—Un libro notable del P. Blanco.

El martes 19 del actual, numerosa concurrencia, incluso hermosas damas, acudía á la cátedra y tribunas del Ateneo de Madrid. Tocaba al Sr. D. Manuel Antón y Ferrándiz, docto catedrático de la Universidad Central y Diputado á Cortes, explicar la 13.^a conferencia de la serie tan brillantemente inaugurada por el eximio D. Antonio Cánovas. Vasto era el tema, *Razas americanas anteriores al descubrimiento*, para expuesto en un discurso, pero lo muy á fondo que conoce la materia el Sr. Antón permitióle compendiarlo en grandes síntesis. No es fácil tarea extractar lo mucho que el orador dijo con la elocuencia, claridad y elegancia que le son propias. Trataremos, no obstante, de dar una idea á nuestros lectores.

Pocas ciencias pueden ostentar tan rápidos progresos como la Antropología. En poco más de un siglo, desde Buffon y Blumenbach hasta Quatrefages y Broca, ha logrado establecer una clasificación ajustada á los principios del método natural en cuanto á las variadas razas históricas que forman los pueblos del antiguo continente y de la Oceanía; y por lo que á la prehistoria atañe, se remonta ya en sus po-

sitivos estudios acerca de la especie humana á los últimos tiempos del período terciario, ó por lo menos á los primeros albores del cuaternario.

No así en el nuevo mundo: bien que el inmortal Morton en su *Crania americana* abriese la anchurosa vía de la investigación moderna después que Azara y Oviedo, y otros insignes naturalistas ó historiadores españoles discurrieron con acierto por los más estrechos caminos de la ciencia antigua; y bien que Agassiz, Nott, Gliddon, Wilsson, Forster, Ten Kate, Rivero, Moreno, Lacerda, Ferraz, Ameghino y tantos otros siguieron los pasos y continúan la obra de Morton, el hecho es que todavía no se ha descubierto el misterio de los orígenes del pueblo americano y ni siquiera se han desenredado los hilos que forman la complicada madeja de sus distintas razas.

Nuestro Herrera había escrito: «Es cosa notable que todas las gentes de las Indias, del Norte y del Mediodía son de una misma inclinación y calidad, porque según la mejor opinión, procedieron de una misma parte;» y Antonio Ulloa afirma: «Visto un indio de cualquiera región, se puede decir que se han visto todos.» Mas así dijeron los griegos de los escitas; tan variados en sus castas, y de igual modo se expresaron los romanos de los germanos.

En Molina, por el contrario, se lee: «Las naciones americanas son tan diferentes unas de otras como lo son las diversas naciones de Europa; un chileno no se diferencia menos de un peruano que un italiano de un tudesco.» Y esto es, por lo menos, lo que confirmó D'Orbigny y con él la antropología moderna.

Por lo que de antiguo se sabía, Cuvier en su reino animal forma la subraza única americana dentro de su raza mogólica; y por lo que de más recientes observaciones se deduce, Quatrefages agrupa los americanos en una falange de razas mixtas donde se descubre sangre, no sólo mogólica, sino caucásica ó blanca y aun negra en proporciones muy diversas, mezcladas según las formas étnicas diferentes.

Son éstas de cabeza larga (dolicocéfalas) las unas, y de cabeza corta (braquicéfalas) las otras; mas en América como

en Europa es lo más general la confusión de las razas, sobre todo en los pueblos organizados en nacionalidades, aun cuando éstas se mantengan en aquel estado social que propiamente se llama bárbaro.

Dolicocéfalos son los *esquimales* que viven en el Norte, los *foguenses* al Sur en el cabo de Hornos, y los *botocudos*, restos acaso de las razas prehistóricas con las cuales ofrecen notoria semejanza.

Braquicéfalos, los pieles rojas del Occidente, como los *koluchos*, *chinukos* del Oregón y *yumas* de la California; los del Norte, como los *atapascanes*, y sus descendientes los *apaches* emigrados al Sur; los indios *pueblos*, notables por el comunismo de su forma social, y los *algonquines*, guerreros poderosos que desde las orillas de los grandes lagos llevaban sus algaradas hasta el Atlántico; pero fueron de cabeza larga los *iroqueses*, del Canadá occidental y la Pensilvania, cuyo idioma se ha comparado al de los vascos. Fueron gentes de una y otra forma de cabeza los *dakotas* y *sius*, así como los mejicanos y peruanos, en los que distinguió el Sr. Antón la variedad de razas según las distintas civilizaciones. Todavía se detuvo el orador en la descripción de los *patagones*, *araucos*, *charruas*, *guaranis*, *caribes* y *jibaros*, dedicando con este motivo un recuerdo á la Comisión de naturalistas de nuestro Museo de Ciencias Naturales que recorrió la América Meridional ha treinta años.

Respecto al origen, el Sr. Antón no está conforme con el autoctonismo de Agassiz y otros naturalistas americanos, ni tampoco con De Guignes y otros orientalistas que buscan la población de América dentro de los períodos cronológicos de la historia humana. Para el Sr. Antón el continente americano recibió sus primeras gentes, cuando menos, en los comienzos del cuaternario, y allí se han constituido después sus variadas razas, que no proceden de un origen único tampoco; pero que quedaron aisladas cuando los cambios y dislocaciones de la corteza terrestre separaron el continente americano del resto del mundo, sin que signifiquen mucho en la constitución de aquellos pueblos las posibles arribadas de los juncos japoneses y las dobles piraguas polinesias á las

costas de California y de la América Meridional. Fundó esta su teoría en datos tomados de la semejanza de la fauna y aun de la flora, y de los grandes mamíferos de la América del Norte con los del antiguo continente en épocas geológicas en que ya el hombre era dueño del mundo antiguo, y sobre todo, en el perfecto y recíproco desconocimiento que existía entre el uno y el otro mundo, de los animales domésticos y plantas cultivadas antes de la llegada de los españoles al suelo americano; deduciendo de aquí que éste se pobló en un período prehistórico acaso anterior á la domesticación del perro en el antiguo mundo.

Al terminar su conferencia, que aún resultó más interesante por las colecciones de momias, cráneos, etc., que presentó el orador y por las figuras que hizo aparecer en el aparato de proyecciones, la concurrencia, que frecuentemente había dado pruebas del gusto con que oía al Sr. Antón, le aplaudió con gran entusiasmo.

Repetimos que lo que antecede es sombra no más del notable discurso, en el que tuvo períodos grandilocuentes, tales como aquel en que trazó el papel desempeñado por España en el vasto continente americano.

Los muchos hijos de Alicante que le escuchaban, sentíanse orgullosos de tener un paisano como Antón, y cuenta que de Alicante era Maisonnave, de Alicante es Navarro Rodrigo y en Alicante se crió el príncipe de los oradores, Emilio Castelar.

*
* *

Publicóse ha poco en *El Economista* una serie de artículos, que ahora aparecen coleccionados en un folleto, los cuales artículos llamaron la atención, porque su autor revela conocer á fondo cuantos asuntos se relacionan con la producción y consumo del tabaco. Hay quienes sospechan que los ha escrito el docto abogado y hacendista D. Eleuterio Delgado, y creemos que sospechan bien. Mas sean de quien fueren, se trata en ellos magistralmente de una cuestión que interesa al país, y bueno es que digamos alguna cosa de su contenido.

No obstante lo que se dijo al formular el proyecto de arrendamiento, los productos brutos aparecían como estancados en los últimos años, y además se desconocía con exactitud la cifra que alcanzaban. Cabe suponer como muy probable que deduciendo el interés correspondiente al capital invertido en el negocio y los gastos de la administración central y provincial, no llegaba la renta ni con mucho á producir 80 millones de pesetas en manos de la Hacienda, oscilando probablemente entre 73 y 75 millones.

Resulta, por lo tanto, muy crecido el canon de 90 millones de pesetas que fijó la ley. Ni en Italia, ni más recientemente en Portugal, han caído los legisladores en la tentación de exigir como canon inicial mayor suma de productos que los alcanzados por la Administración en el año anterior. Estudia luego y censura con sobrada razón las bases 3.^a y 4.^a del contrato, por virtud del cual, «la Compañía, añade, no tiene verdadero interés en que existan beneficios divisibles hasta el último trienio, faltando, por tanto, el contrato á su objeto fundamental de buscar en los eficaces estímulos de la iniciativa privada el mayor desarrollo de la renta.»

No menos justamente crítica que á la Compañía, que es una Sociedad industrial, no se la deje en libertad completa para adquirir las primeras materias que estime mas convenientes y en la forma que juzgue más oportuna. Hízose eso para favorecer los intereses de algunas regiones, mas pudo evitarse en parte el absurdo autorizando al Gobierno para que, en vista de las corrientes del consumo, fijase periódicamente las cantidades y clases de tabacos que el contratista debiera adquirir para sus labores.

Estudia luego los movimientos de la renta y los progresos que de la misma pueden esperarse, demostrando que los horizontes de la Compañía son despejados y cabe razonablemente confiar que reintegrará las pérdidas sufridas y obtendrá un interés regular en el curso del arriendo. Examina la marcha del monopolio, los resultados hasta ahora obtenidos y la productibilidad del mismo, con lo que se prueba cuán infundados son los pesimismoes de algunos.

Pide que se cambie el procedimiento manual por el me-

cánico para la confección de cigarrillos, con lo que se alcanzaría al año un ahorro de más de cinco millones de pesetas.

Para resumir, seis son los puntos que el autor del folleto deja claramente demostrados:

1.º Que, aparte de otros inconvenientes de la ley, es de todo punto inadmisibile la simultaneidad de los dos principios de movilidad del canon y divisibilidad de beneficios que contiene la base 3.^a; debiendo por tanto reformarse, bien señalando un canon fijo y reparto de utilidades, bien estableciendo un canon movable, pero dando á la Compañía derecho á la obtención de todas las utilidades.

2.º Que aun no reformándose la ley, cabe salvar el negocio, pero imponiéndose la conducta que exige la necesidad de la defensa de los intereses de la Compañía, ya que no existe una armonía perfecta entre la renta misma y el negocio.

3.º Que en este caso, la Compañía tiene grandes deberes de circunspección que cumplir, enlazando y graduando las reformas para evitar todo retroceso; distinguiendo, como es consiguiente, los fenómenos que no puede regular sin peligro, de aquellos otros que caen bajo su acción y puede dirigir casi á su voluntad.

4.º Que debe prevenirse contra toda contingencia de las fluctuaciones de los precios de las primeras materias, dirigiéndose á evitar ese peligro y acomodando su conducta á la corriente natural de las cosas.

5.º Que debe huir de todo beneficio accidental y pasajero antes del último trienio, porque representará una verdadera pérdida para ella.

Y 6.º Que sin descuidar el planteamiento de las alteraciones necesarias para recoger de éstas en la oportunidad conveniente todo el mayor resultado posible, debe caminar con lentitud y dirigirse con firmeza á la realización gradual de un plan de reformas.

No podemos terminar de mejor manera que reproduciendo las mismas palabras con que el autor compendia lo mucho que ya ha realizado la Compañía Arrendataria. «Encontró—dice—un gran desequilibrio en la producción y el

consumo y logró nivelarlos; reorganizó las fábricas, dotándolas de un buen sistema de contabilidad; transformó talleres; mejoró los labores, aumentando sus rendimientos; organizó un servicio de trasportes directos á todos los almacenes con una notabilísima economía; ha logrado grandes rebajas en el papel de liar, en envases y empaques; obtuvo importantes beneficios en la compra del tabaco filipino; estudió detenidamente y consiguió ventajas de consideración en el mercado de los Estados Unidos; instituyó un servicio de vigilancia que ha perseguido con eficacia y positivos resultados el contrabando; reformó los premios de expendición, que fueron objeto de graves y justas preocupaciones para la Administración pública y de tentativas y ensayos que no logró llevar á feliz término; ha ensanchado el consumo de tabacos habanos y de otras procedencias sin perjuicio de las labores peninsulares; ha extendido, en suma, su actividad á una multitud de problemas y de servicios, obteniendo un adelanto en la renta que no se juzga con acierto porque no se ha sabido distinguir que, á pesar de esas ventajas y mejoras del monopolio, que han de atribuirse al celo de la administración de la Compañía, la ley se encuentra tan falta de equidad que eran inevitables las pérdidas del primer trienio con las demás consecuencias que hemos tenido ocasión de exponer. Pero se han mirado solamente estas *pérdidas*, y deslumbrados los ojos por ellas, no se han visto *los progresos* de la renta, cuya recaudación excederá bastante el próximo año de 150 *millones* de pesetas.

» ¡Ojalá que los detractores de la Compañía rectifiquen sus errores, y ojalá, sobre todo, que se reconozcan los beneficios prestados por ella, con grave sacrificio de sus intereses, al Tesoro público y al país, lo que le da derecho á lo consideración, al respeto, á la equidad, y por lo menos á *la justicia*, que no siempre se le otorga! »

*
* *

Los inteligentes jurisconsultos D. León Medina y D. Manuel Marañón acaban de prestar un nuevo y valioso servicio á cuantas personas intervienen en la parte penal de la ad-

ministración de justicia, publicando un tomo de *Leyes penales de España*, que forma parte de la acreditada «Biblioteca manual de Derecho español.» El libro, que contiene millares de páginas de letra menuda y no cuesta más que ocho pesetas, es de utilidad evidente para los magistrados, fiscales, jueces, abogados, jurados, procuradores, escribanos y en general para todos los funcionarios relacionados con la administración de justicia, y aun para aquellos propietarios, comerciantes, industriales y demás personas no versadas en la ciencia del Derecho que deseen tener cabal conocimiento de sus deberes y derechos.

Inclúyense en esta obra la Constitución de 1876, el Código penal, la ley de Enjuiciamiento criminal, la del Jurado, la Orgánica del poder judicial y la adicional á la misma, el Código de Justicia militar, el Penal de la Marina de guerra, la Instrucción de 4 de Junio de 1873 sobre el procedimiento en las causas del fuero de Marina, los Aranceles judiciales, y por orden cronológico las leyes de Imprenta, de Orden público, de Reuniones, de Asociaciones, de Propiedad literaria, de Caza, de Secuestros y robos en cuadrilla, de Policía de ferrocarriles, de Protección de cables submarinos, de Convenios internacionales sobre propiedad intelectual é industrial, sobre pesca en el Bidasoa y costera entre España y Portugal, sobre Defensa por pobre, el Tratado de extradición con Francia concordado con los demás en vigor, y todos los Reales decretos, Reales órdenes, reglamentos, ordenanzas, instrucciones y circulares que, referentes á la administración de justicia en lo criminal, se han dictado sobre abono de prisión, análisis químicos, abogados, carruajes, cédulas personales, casas de huéspedes, cuestiones de competencia, contrabando y defraudación, costas, desfalcos, dietas, estadísticas, exhortos, encargos, ejecuciones capitales, elecciones, espectáculos, franquicia postal, Guardia civil, indemnizaciones á testigos y peritos, higiene y sanidad, juegos prohibidos, Jurados, licencias, licenciamiento de penados y cumplimiento de condenas, médicos forenses, montes, policía judicial, retenciones de sueldos, registro de penados, sobreseimientos, vacaciones, votos reservados y otras muchas.

Uno de los trabajos más útiles del libro en que nos ocupamos, y que desde luego constituye una novedad que hay que agradecer mucho á los Sres. Marañón y Medina, es la tabla de las penas, en la cual se demuestra la duración de las más frecuentemente impuestas por el Código penal, y con la que se evita á los fiscales y abogados de las partes realizar operaciones aritméticas.

En suma, los Sres. Medina y Marañón merecen calurosos aplausos por su trabajo, propio de pacientes benedictinos.

Seguros estamos de que el público recompensará sus esfuerzos, que piensan proseguir, pues ya anuncian como cercano á publicarse un volumen con las leyes de Hacienda.

*
* *

Cunde cada día más la afición á los estudios geográficos. Intrépidos viajeros exploran todos los países, y ninguna persona medianamente instruida ignora las nociones generales referentes á las diversas regiones en que se divide el planeta que habitamos. Á esto obedece la publicación por los hermanos Garnier, conocidos editores de París, de un *Atlas geográfico universal*, formado por D. Elías Zerolo, el cual *Atlas* salió á luz en 1888 y tan rápidamente se agotó (justo premio á los afanes del Sr. Zerolo) que ya tenemos la segunda edición, que contiene cuarenta y nueve mapas trazados con arreglo á las actuales divisiones políticas, un cuadro de banderas mercantes y una noticia geográfico-estadística con los datos que no caben en aquéllos. Ha cuidado el autor, con buen acierto, de extractar las publicaciones más recientes y dignas de crédito, y cuando lo ha creído necesario, sobre todo por lo tocante á América, ha acudido á legaciones y consulados y á personas competentísimas.

Puede calificarse de concienzudo el trabajo del Sr. Zerolo, porque, á juzgar por los mapas en colores y primorosamente grabados y por las noticias que atentamente hemos leído, ha logrado una exactitud difícil en obras de ese género, como el mismo autor declara con modestia plausible. Su *Atlas geográfico universal* merece entusiastas elogios y caluro-

sísimo parabién, porque con él presta un servicio de gran valía á los estudiosos.

* *

De una nueva é importante revista tenemos hoy que dar cuenta; se titula *Annales des sciences psychiques*, la dirige el ilustrado Dr. Dariex y su editor es M. Félix Alcan. Sale á luz bimensualmente en cuadernos de 64 páginas y tiene por principal objeto referir todas las observaciones que le sean comunicadas, relativas á los hechos sedicentes ocultos, de *telepatía, lucidez, presentimiento y apariciones objetivas*. Á más de esto se insertan documentos y discusiones referentes á las buenas condiciones para observar y experimentar, análisis, bibliografías y críticas. En el primero de los dos números dados á la estampa figura una carta muy interesante de nuestro sabio compatriota D. Manuel de Tolosa Latour, en la cual refiere que su madre, en Noviembre de 1870, se levantó sobresaltada una noche exclamando: «Rogad por vuestro abuelo que acaba de morir.» París, donde residía aquel señor, estaba sitiado por los alemanes, y cuatro semanas después supieron que había muerto casi de repente en la noche que precedió al sueño.

* *

Dos palabras no más para decir que muy pronto nuestro entendidísimo colaborador D. Melchor de Palau, que tanto enaltece las páginas de esta REVISTA con sus críticas razonadas, examinará detenidamente un libro de mérito extraordinario, *La literatura española en el siglo XIX* (tomo I), que acaba de publicarse. Su autor es el joven agustiniano Fr. Francisco Blanco, profesor en el Real Colegio del Escorial, en quien se unen por modo admirable el talento, la actividad y la erudición. Hoy, como en antiguas edades, las órdenes monásticas brillan por lo profundo y variado de sus conocimientos. Y no es la del signe Obispo de Hipona la que menos laureles cosecha.

ZARAVEL.



ACONTECIMIENTOS LITERARIOS

1890

Pequeñeces... por el P. LUIS COLOMA, de la Compañía de Jesús.

(CONCLUSIÓN)

No es excluible del arte literario, como tampoco del arte pictórico, la reproducción de tipos, pero debe relegarse á las más bajas capas ó géneros, donde no llega la atmósfera de lo ideal; acepto esas viejas, fáciles de hacer por el sinnúmero de arrugas de su cara y por el *pronunciamiento* de su barba, que figuran en todas las Exposiciones de pinturas, y que al decir del asombrado público: *están hablando*; pero prefiero los cuadros que *hablan al alma*, hechos con magma naturalista, si se quiere, pero amasados con jugos propios del autor, á su característica luz y á su singular temperatura artística.

Los derroteros que la novela ha emprendido en estos últimos tiempos han creado lo por muchos llamado con propiedad «relaciones contemporáneas,» fragmentos de historia social, en que no sólo caben, sino que se imponen las reproducciones individuales; pero la obra que aspire al antiguo dictado—de mayor alcurnia estética,—no ha de admitirlas en su desnudez, excepto en ciertos casos de coincidencia artístico-real bastante raros.

No faltan autores que apelan al procedimiento que pudié-

ramos llamar *de mosaico*, tomando de éste y aquél para constituir sus personajes, los cuales suelen resultar, como el *Don Frasquito de Pequeñeces...*, faltos de unidad, y más aún de verdad y de consistencia, en fuerza de tantos postizos; en el protagonista, Claude Lantier de *L'Œuvre*, de Zola, todo París ha reconocido á tres artistas populares, empalmados en uno, como todo Madrid ha creído ver en Currita Albornoz un *pudding* compuesto de elementos sueltos, pero muy sabrosos todos ellos, arrancados á conocidísimas damas, con algunas adiciones del propio cosechero.

* Tiene esta *manera* mayores inconvenientes, así en la esfera del arte, como en la de la moral, que la anterior, ó sea que el procedimiento meramente fotográfico: en la crítica de *Por un piojo* indicábamos el dolor estético, como lo llamaría Mantegazza, que nos produce la mezcla—que á combinación nunca llega—de lo ficticio y lo real, sobre todo cuando el último elemento es *craso* y el primero idealista por propia naturaleza, citando el ejemplo del estatuario que en su obra, con mármol del Pentélico ó de Carrara, pudiese, en lugar de piedra, algún pedazo suelto de carne humana, estimando acercarse así más á la verdad, como el P. Coloma cuando embute la nota *histórica*, como si con ella cerrara de golpe.

Entonces nos opusimos en nombre y por los fueros del arte, hoy reprobamos el sistema por condiciones de orden ético: es el público malicioso de sobra, y, si por ciertos rasgos característicos se figura que ha adivinado un personaje, le cuelga bonitamente todos los trapos que corresponden quizá á otros modelos fragmentarios, con más los aditamentos, recargados casi siempre, con que el escritor ha creído de su deber completar la obra, al pasarla de la vida real á las más coloridas regiones del arte.

Es, por otra parte, muy difícil movilizar y dominar personajes ajenos, no formados, ni trabajados siquiera en la mente del autor, resultando más completos en sus condiciones externas que en su fondo; mejor retratados por sus costumbres que por su modo de pensar; en sus hechos que en las causas determinantes de los mismos.

Al comparar la bizarría, la plasticidad y desenfado con que están trazadas ciertas escenas de conjunto, constituyendo notabilísimos capítulos de la obra, y al propio tiempo la deficiencia é indeterminación que se echa de ver en los principales caracteres, los cuales debieran haber exigido estudio preferente, sospéchase de nuevo que el procedimiento novelador seguido en *Pequeñeces...* no es el más hondo ni adecuado, ni el de más opimos frutos para el misionero evangélico, quien ha de atender al fondo y á la forma, predicar desde cierta altura, si aspira á producir efecto saludable y enérgico, sin olvidar que existió un Santo, relativamente moderno, cuyas facciones no inducían, por lo visto, á la devoción, cuando hubo de disponerse y autorizarse que no se le pintara tal como fué en vida, sino con carita de San Antonio, ó sea mejorado estéticamente, si había de atraer las miradas primero, procurar el cariño después, y finalmente conseguir que se imitaran sus esclarecidas virtudes.

Insisto, hasta la pesadez, en lo dicho—pues tras de estas *Pequeñeces...* han de venir indudablemente otras en que la penca juvenalicia caiga sobre distintas espaldas sociales, que asimismo la merecen; obrar de otra suerte sería, á mi ver, una *pequeñez* indigna del P. Coloma y de la Compañía de que es honra y va siendo gloria;—cuide de ser verdadero novelista, no aspire á ser sólo *misionero*, como equivocadamente ambiciona y escribe en su programa, que lo demás, según las palabras del Evangelio, *se le dará por añadidura*.

¿Qué ejemplaridad ha producido la novela á que aludimos? Análoga—sensible es decirlo—á la que en el ánimo de los innúmeros espectadores produce la ejecución de un reo en garrote vil, al decir de los periódicos del siguiente día, en su reseña de crímenes del anterior.

Á este propósito he hecho un estudio que no quiero publicar, pero que el lector puede repetir por sí mismo, viniendo á dar en los mismos resultados. Que el público, con malicia sobrada, ó completando á su antojo los pedazos de realidad que flotan en *Pequeñeces...*, como restos de sensible naufragio, ha dado nombres conocidos á los personajes de la novela, no hay para qué repetirlo, ni ponerlo en duda; podrá censu-

rarse el hecho, hallarlo falto de base positiva, decir—y tal creo—que no fué ésta la sana intención del autor; pero los nombres han sonado, y con retintín. ¿Se viene aplicando no obstante á dichas personas el procedimiento de *fumigación y aislamiento*, que es en definitiva el desiderátum, el fin y el repetido consejo que brota de las páginas de la novela?

Léanse las relamidas *crónicas de salones* del López de *Pequeñeces...* y de *otros López*, incluso los que las insertan en periódicos se dicentes católicos, y que tal calificativo ostentan en el título; óigase el decir de las gentes cuyas alfombras dan patente de *high-life* con sólo ser pisadas; sígase paso á paso á las personas que el público señala como encarnando *las figurantas* de la obra, y dígase qué nombres se han suprimido, qué puertas cerrado, qué divisiones de plaza entre gentes honradas y de dudosa honradez se han establecido, como efecto de la novelesca misión; más bien parece que los miles de volúmenes de propaganda editados con dinero de la Compañía hayan servido de pedestal á ciertas femeninas estatuas, ante quienes rinde la multitud el sabroso culto de la envidia. No falta quien tiene á gala ser tomada por la verdadera *tía Favierra*, ya que así resultan más solicitadas las añejas rosquillas.

Para que no se me crea en fuerza de mi palabra, trasladaré la más inocente de las observaciones hechas á que antes me he referido.

Trátase de una recepción, suntuosísima, en salón que me abstengo de describir; no caben ni en pie siquiera, entre contados caballeros, las más elegantes damas que Madrid encierra; pugnan otras, aunque infructuosamente, por entrar, resignándose al fin, y con dolor, á permanecer en la vecina sala, también repletísima, cuando á modo de la cuña, que en la madera se interna al golpe del martillo, hiende el montón de carne humana una pareja al empuje de enérgica aunque irrespetuosa voluntad, llegando sudorienta y con restregado traje hasta nosotros, por lo visto, felicísimos mortales.

No conocía yo, ni de rostro, á una de las varias *Curritas Albornoces*, fraguadas (*sic*) por la pública voz; mas así como dice la copla popular

llevaba la mano fuera,
por ella la conocí,

adiviné fácilmente quién era la dama entrante, cuando corroborando la fama de su lengua, ante la expresión de asombro general de que hubiese podido llegar hasta allí, exclamó señalando á su acompañante: «No crean ustedes que ha sido milagrosamente por gracia del Espíritu Santo, sino por obra de varón,» después de lo cual dió á la concurrencia la tristísima noticia de que Monte-Cristo no acudiría aquella noche, y la compensadora de que era ella la encargada de darle las notas para la *Revista* del siguiente día, con lo cual quedó convertida en espejo durante algunos minutos, bailando al descuido y con cuidado, ante sus ojos, *vivieres*, escotes, que pudieran pasar por desnudos en todo taller pictórico, prendidos y lunares, más ó menos legítimos; por lo que á mí toca, me constituí en su observador, viniendo á deducir al breve rato que si no era la propia Currita Albornoz del P. Coloma, la imputación popular estaba razonada, en cuanto á la soltura de lengua por lo menos, y que la Señora de la casa no debía de haber leído *Pequeñeces...*, con ser obra tan propagada, si he de juzgar por las finas atenciones que tuvo con la desenfadada, ya que no *regocijada* dama, desatendiendo en cambio á muchas *Villasises* que por allí recatadamente andaban.

¡Ay! Padre Coloma, lo que es por la presente vez, débase, además de á lo indicado, á falta de unción, ó—para los que no admiten tal gracia del Santo Espíritu—de suavidad ó unto, atribúyase á exceso de efectismo religioso, una de las causas de decadencia de la oratoria sagrada, ó al empleo de *salsa del infierno*, que para muchos ni pica ni *sulfura*, á pesar de su composición química tradicional, es lo cierto que *Pequeñeces...* ha dado al cielo un *pequeñísimo* ó nulo contingente de almas, y mucho pasto á la maledicencia.

Cayó como la piedra en la laguna

puede decirse, empleando un verso célebre de Núñez de Arce, sin clarificar las aguas y removiendo en cambio el cieno social.

Que la tolerancia favorece el contacto, y que éste es ocasión de podredumbre, debiendo, por tanto, atajarse lo primero, es tema de dignísimo y conveniente desarrollo desde la novela-púlpito á que para bien de la moral y del arte—el tiempo ha de darnos la razón—se ha subido el valeroso Jesuita, cuyos datos biográficos se buscan hoy como lo desdeñaban ayer; pero junto á las leyes estéticas, relegadas equivocadamente á lejano término por el autor, fuerza es que la obra cumpla con ineludibles condiciones prácticas; si quiere que la receta se convierta en medicina, ha de *mandar* materias ó ingredientes que estén en la naturaleza, ó que puedan componerse en el laboratorio de las gentes.

¿Dónde se halla ese *honrómetro* ó vara de medir conciencias, y quién es el guapo que se precie de manejarlo con justeza, conforme á fórmulas basadas en la más estricta moral? Basta y sobra en ocasiones el ojo de cubero para practicar el deslinde; he visto con satisfacción levantarse á muchas señoras, y abandonar el teatro, al advenimiento de *dos* que hacían pública gala de su vida, y nada más gracioso que presenciar las escenas que se promueven entre el tribunal *inapelable* que, con buen acuerdo, se sitúa al pie de la escalera en ciertos bailes semipúblicos, en las cuales la defensa suele ser la más evidente acusación; mas, no es á tan patente é invasor género al que alude el P. Coloma, cuando tan corto se queda al fijar la cifra, el cual ni interviene en su aparato novelesco, sino á otro género ambiguo, ó común de *dos* en un momento histórico dado, y aquí sí que la solución sube en dificultad, y hasta en algunos casos es inconveniente, sobre peligrosísima.

Es la hipocresía un pudor social que merece relativo respeto; un nexo con la virtud, que interesa no romper, pues de otra suerte se hace imposible la soldadura, anulándose hasta los efectos sociales de la remisión católica de los pecados; por otra parte, en estos casos dudosos y fácilmente corregibles—pues en los otros vamos mucho más allá que el P. Coloma, — ¿qué es lo que debe servirnos de criterio? punto que no estudia el P. Coloma. ¿Es, según parece, la pública opinión? Su misma novela nos enseñará cuánto de

falible tiene esta señora, y, por tanto, cuán mal consejero resulta; por instigación de Currita muere en desafío Juanito Velarde, y la sociedad sigue mostrándole su benévola sonrisa; más tarde, á manos de los masones—coco tan sólo de los que ignoran la patente evolución ó ciclo de la secta hacia los orígenes de su fundación,—perece, según el P. Coloma, el Marqués de Sabadell, y la sociedad la acrimina y la rechaza por tal motivo; y ¡qué diremos del infeliz Tapón, que muere airadamente, sin haber tenido arte ni parte en la redacción del *urodelo* mensaje que solivianta á Paco Luján y da pie á uno de los capítulos más incongruentes de la novela!

Mal cedazo es el de la voz pública, y medrados estaríamos si un billete anónimo pudiera cerrar todas las puertas á cualquier persona honrada, ya que no fuera causa de su muerte, como en el aludido pasaje: el remedio del P. Coloma, plausible como tendencia ó ideal, y como advertencia juiciosísima, no es, dentro del actual régimen de vida de las sociedades, *ni practicable ni practicado* en la crudeza que lo propone, y del cual se dan sólo ficticios ejemplos en la obra: el P. Coloma, que al pie de muchas escenas estampa la nota de *histórico*, la suprime—cuando más hubiera convenido—en la del P. Fernández, rechazando—no muy atenta ni cristianamente por cierto—á una dama principal como Currita Albornoz—la educación de cuyo hijo se hallaba confiada por entero á los Jesuitas—la entrada en la casa-colegio de Loyola; y, aceptando, de ocasión cuando menos, la popularísima frase «no hay que ser más papista que el Papa,» se viene á las mientes el recuerdo de dos testas coronadas, ó cosa así, que ni con tenazas podrían cogerse, al decir de ciertos periódicos, y hasta de discursos congresiles, y que, sin embargo, han merecido los más floridos y tradicionales honores del Jefe Supremo de la Iglesia, y su expresivo compadrazgo, lo cual prueba que no es posible ni diplomático en ningún grado de la escala social tamaña rigidez de criterio, ó que no debe hacerse gran caso del run-rún de las gentes, pudiendo acontecer que haya tanta diferencia entre lo que se dice y lo que realmente es, como entre una caricatura de imbécil, con

boca colgada de desmesuradas orejas, y un arrogante retrato hecho por el célebre Bonnät.

Demoleedor, pesimista y agrio, aunque con frecuencia excite la risa con sus áticas sales, se nos presenta el P. Coloma; como Zola, á quien toma ahora por modelo — hasta ciertos límites—destruye sin reedificar, y pone más energía y viveza de color para describir á los malos que para hacer agradables á los buenos; en su acritud llega hasta la caricatura, y en ella se solaza, notándose en su obra, no sólo la ausencia de *amores*, sino de *amor*.

Como novela social el asunto no es grande, distando mucho de las de Zola, Tolstoi, Dostoiewsky y de las del noruego Enrique Ibsen, cuyos dramas-problemas hacen hoy furor en Londres y se discuten en París; despierta curiosidad más que interés; su estilo es fluidal y ameno, ya que no correcto; contiene bellísimos capítulos; el epílogo, no comprendido por muchos, es de un misticismo simbólico de primera magnitud; el final «metió la mano en la pila del agua bendita y se la ofreció con los dedos...» acabadísimo y resumidor de las tendencias de la obra.

«Hay algo en Dinamarca que huele á podrido» dice en el lema, con palabras de Hamlet, y «*aun algos*» añadiremos con las de nuestro Sancho: no se limite á fustigar una clase social, *ándelo todo*, como el verdugo del cuento, si no quiere que se le atribuyan torcidos intentos, y, aun cuando tome personajes del natural, preséntelos con figura diversa y más propia del arte, copiando al químico, que en su laboratorio hace cristalizar, en formas más límpidas y regulares, las mismas substancias que con sus manos tomó de la madre naturaleza.

MELCHOR DE PALAU.





AQUI Y ALLÁ

BOCETOS SOCIALES

Continuación (1)

—¡Qué bella está usted con esa linda rosa en el pelo!

—¿De veras?

—Cualquier cosa daría yo por ella.

—Pues voy á dársela á usted de balde, ya que es tan grande su deseo.

Y dirigiéndose aquella joven á las demás parejas, después de haber desprendido la rosa de su peinado, dijo con acento burlón y en tono alegre:

—Oigan ustedes, señores. Don Gaspar solicita esta flor, y conste que yo quiero dársela; pero, para probar si es ó no un rendido caballero, le invito á que públicamente dé una prueba de desearla de veras y que la dispute al viento. ¡Allá va la rosa, Gaspar mío!

Y con linda mano, inspirada entonces por la implacable Eulalia, que nunca á su ex-hijastro perdonaba, arrojó por la ventana la flor que, impelida por el revuelto temporal, fué á

(1) Véase la pág. 295 de este tomo.

parar entre las ramas de un árbol frondoso á más de cien pasos de distancia.

Aquellas palabras y la acción de que iban acompañadas fueron acogidas con un bravo general. Don Gaspar se precipitó por la escalera, y todos los demás le siguieron hasta el zaguán, llevando el travieso D. Diego la batuta.

Pero la empresa de Marchamero no era tan fácil como á primera vista parecía. Diluviaba de veras, y por colmo de desgracia, el primer relámpago de aquella tarde cruzó el espacio, seguido de un trueno espantoso. ¡Pobre hombre, que á sus muchas debilidades reunía la de tener un miedo atroz á las tormentas!

Trató, no obstante, en obsequio de su bella pareja y haciendo un prodigioso esfuerzo sobre sí mismo, de encaramarse al árbol; pero el viento y la lluvia le azotaban el rostro, y á los dos minutos ni siquiera veía.

Era inútil pensar en la rosa, y se retiró. Pero la puerta de la casa estaba cerrada. Golpeó furioso, aunque inútilmente. La broma seguía.

—¡Cobarde! ¿Así desairas á tu dulce tormento? ¿Es ésta tu complacencia por el bello sexo? No pienses entrar sin la flor—le gritaban desde la ventana algunos.

Al fin se compadecieron ya las señoras, y Ramona fué la primera que trató de abrirle la puerta. Su entrada fué una rechifla general: venía calado hasta los huesos.

—¡La rosa! ¿Dónde está la flor?—preguntaban.

—Señores—dijo Gaspar, respirando apenas,—yo prometo que así que pase un poco la tormenta.....

—Cuando pase la tormenta, iré yo misma á buscar mi pobre rosa—dijo alegremente su pareja.

—Y entretanto—añadió su ex-madrastra Eulalia,—quedas sentenciado por simplón á separarte esta tarde de nuestro lado y permanecer en tu cuarto, pues nos pondrías aquí perdidas de barro..... Anda, hijito, anda á tu cuarto á mudarte y á hacer limpieza.

Marchamero se retiró efectivamente á su cuarto, pero no sin echar una mirada de despecho á su joven ex-madrastra. Por primera vez dejó de ocultar una ira reconcentrada, y

aun* pudieron leerse en su extraviada vista evidentes propósitos de próxima venganza.

En efecto, había formado su plan, y se vengó.

Sin más, aquella misma noche tuvo una seria entrevista con D. Casimiro de Aspromonte, entrevista de la que había de resultar un disgusto enorme para el dueño de la casa.

—He sido el hazme reir de los botarates y de las granujonas que aquí se albergan; no quiero en manera alguna que esto continúe—dijo D. Gaspar con malos modos al señor de Aspromonte.

—No es posible evitar ciertas bromas—dijo condolido el dueño de la quinta.

—Todo lo remediaré yo, y á eso vengo ahora decidido; quiero hablar con usted.

—Usted dirá.

—Debe usted saber, D. Casimiro, que aquí quiero yo, porque puedo, mandar como amo.

—¡Qué dice usted! ¿Qué quiere usted decir?

—Que este cortijo es mío.

—No entiendo á usted—dijo el Sr. de Aspromonte, reprimiéndose y palideciendo.

—Pues es fácil entenderme. Dentro de ocho días cumple el pagaré que usted sabe. ¿Puede usted pagarme?

—Confieso que en esta circunstancia no me es posible liquidar; pero prorrogaremos el pagaré hasta dentro de unos meses con el interés, por supuesto, que corresponda.

—Es que no quiero prorrogarlo: dentro de ocho días sin falta quiero el dinero mío.

—Pero reflexione usted, D. Gaspar, que hasta después de la cosecha:....

—Nada me importan los negocios ajenos. Yo pediré la ejecución en forma ante el juzgado. Estoy decidido y en mi derecho. Se me puede engatusar en materia de mujeres, pero no en cuestiones de dinero.

—¿Cómo quiere usted que yo pague en este momento mismo, si no tengo?

—No es cuestión mía. ¿Por qué firmó usted el pagaré?

—Ya sabe usted que me obligaron diferentes compromi-

sos, y recordará usted también que convinimos en un aplazamiento, si en esta época no me encontraba en la posibilidad de reunir fondos.

—Nada recuerdo. Papeles cantan.

—¿Y qué va usted ha hacer si no pago?

—¿Qué voy á hacer? ¿Esto me pregunta usted? Lo que haré será simplemente quedarme con la hipoteca que afianza la deuda.

—¿Sería usted capaz?

—Como usted lo oye.

—¿No recuerda usted que la fianza es este mismo cortijo, que vale seis veces más que la deuda?

—¿Y qué? Esta posesión me conviene.

—¡Imposible! Este es el cortijo de Aspromonte, el que me da nombre y lo da á mi antigua casa.

—¿Qué me cuenta usted! Quiero vengarme.

—Esto sería infame, después de lo que, al firmar el contrato, verbalmente convinimos.

—Será todo lo que usted quiera, pero estoy decidido, y cuando he tomado una resolución no hay razones en el mundo que me apeen.

—No, no puede ser, D. Gaspar.

—Pues será. Dentro de ocho días haré que se me adjudique la finca, ya que es imposible que usted reúna los fondos que me debe. Así podré despedir en el acto á toda esa canalla que usted aquí hospeda.

—No, D. Gaspar. Mis huéspedes, todos amigos, paisanos y hasta algunos parientes de usted, no son canalla. Usted se deja llevar de un momento de enfado, pero piense usted que en el campo todo es lícito, todo debe tolerarse y que no hay motivo.....

—Déjese de reflexiones y vamos al asunto. Los negocios son negocios y los sermones sólo son buenos para la iglesia, adonde no voy. He dicho mi última palabra sobre el pagaré. No se quejará usted de no haber sido avisado á tiempo.

Y Marchamero se disponía á retirarse.

—¡Por Dios! Oiga usted—dijo D. Casimiro, deteniendo á su implacable acreedor del brazo, con los ojos encendidos

y los labios trémulos.—Todo menos perder, ni momentáneamente siquiera, el cortijo de Aspromonte, el antiguo cortijo de mi familia, y dar tan terrible campanada. Sería mi eterno descrédito..... Pida usted otra cosa.....; pídamme usted lo que quiera.

Marchamero frunció el entrecejo y se detuvo un momento como pensativo y reflexionando.

—Sólo una cosa me haría ceder y otorgar ahora mayor plazo—dijo,—y esa cosa.....

—¿Qué?

—Esta cosa no es hoy un tanto por ciento..... Tengo bastante dinero para prescindir alguna vez de intereses. Hablo ahora de la..... del..... cariño de una persona á quien amo.

—¿Es usted capaz de..... amar?

—¿Por qué no? ¿No soy hombre de carne y hueso?

—Tal vez.

—Será extraño, pero..... quiero á una mujer para la cual me consta que soy indiferente, si no odioso.

—¿Quién es ella?

—Haré traición á mi secreto..... No me importa que usted lo sepa. Quiero hace mucho tiempo á..... Ramona.

—¡Á Ramona!

—Sí.

Don Gaspar Marchamero revelaba en sus ojos al pronunciar esta palabra la más brutal lujuria.

—Pero Ramona..... no puede amar á usted,—objetó don Casimiro.—Ramona será toda la vida de sus primeros amores..... Será de Valentín, á quien no ha dejado de amar, y es seguro que no querrá nunca á otro hombre en el mundo.

—¿Qué me importan su amor ó sus ilusiones! No trato de casarme con ella. Lo único que quiero es..... que su rubia imagen deje de quitarme el sueño.....; lo que quiero es poder olvidarla.

—¿Y qué me cuenta usted con esta pasión extravagante que usted alimenta? ¿Qué tengo yo que ver con tales sueños y caprichos?

—Pero ¿no tiene usted á Ramona de criada? ¿No está Ramona en casa de usted?

—Sí. ¿Y qué?

—Puede usted contribuir directa ó indirectamente á mis planes.....; puede usted hacer que Ramona.....

Marchamero no sabía acabar su frase.

Anonadado, confuso, el pundonoroso D. Casimiro ante aquella actitud rastrera y ante tanto cinismo, no pudo más que balbucear con vergüenza:

—Yo le juzgaba á usted interesado; le juzgué vendido á la usura; le creía á usted vanidoso por su fortuna y majadero con las mujeres; pero no pude nunca suponerle miserable hasta el punto de creerme palanca para sus torpes fines. ¡Vaya usted enhoramala, señor Marchamero!

—Está bien. Entonces hemos concluído. Mañana saldré del cortijo para volver acompañado de un notario dentro de ocho días cabales.

—Haga usted lo que usted quiera.

Don Casimiro de Aspromonte y del Solano pasó una noche terrible. Veía el cortijo que veinte generaciones de ascendientes suyos le habían legado, el cortijo de su propio nombre, pasar á manos extrañas; se veía arrojado de allí, y veía también ignominiosamente expulsados á sus huéspedes, siendo el asunto de las hablillas de todos los deseocupados de la ciudad y la rechifla horrible de cuantos hasta entonces le respetaron.

Tuvo calentura y se levantó al amanecer como loco. Oyó que Gaspar hacía sus preparativos para marcharse, y tuvo un momento de verdadero delirio.

Iba á precipitarse al encuentro de Marchamero y á proponerle cualquier cosa, todo lo que tenía, á cambio del aplazamiento por algunos meses del pagaré, cuando un hombre, demacrado, joven todavía y vestido con el burdo traje de los campesinos de la provincia, le salió de repente al encuentro.

—Una palabra, señor de Aspromonte—dijo aquel hombre.—Sé que le van á sorprender á usted mis palabras, pero tenga usted un momento de calma. Una gran casualidad me ha hecho descubrir los secretos apuros de usted. Ayer noche pasaba de camino y ya tarde por este cortijo; la tormenta arreciaba más que nunca, y pedí albergue durante la noche.

Estando todas las habitaciones ocupadas, me eché en este rincón del pasillo. Los demás dormían; oí, sin querer, parte de la conversación de usted con el usurero, y quiero pagar la hospitalidad que he recibido..... y otros favores.

—¿Sabe usted lo que Marchamero exige?

—No; pero tengo antecedentes de ese individuo, y puede siempre suponerse cualquiera infamia.

—¡Le conoce usted!

—Sí.

—¿Me conoce usted á mí?

—Tal vez.

—No recuerdo.....

—Las pocas palabras que á usted he oído me bastan para apreciarle á fondo.

—¿Sabe usted que.....

—He comprendido que por deudas pretende quitarle á usted sus bienes.

—Ya ve usted que mi situación es desesperada.

—No tanto. Aún faltan ocho días para reunir la cantidad que usted necesita y satisfacer el importe del pagaré. En ocho días quizás pueda yo hacer que un amigo reúna y preste fondos bastantes.....

—¿Usted?

—Yo. Y si á pesar de mi pobreza puedo reunirlos, juro á usted sacarle de este compromiso. Es una deuda de gratitud que quiero liquidar en parte.

D. Casimiro miró á su interlocutor sin pestañear ni darse razón de lo que le pasaba.

—¿Cuánto necesita usted?—preguntó con firmeza y sequedad el desconocido.

—Dos mil duros—murmuró maquinalmente el pobre señor de Aspromonte.

—Está bien. Hasta dentro de ocho días. No faltaré: repito que es un empeño mío. Sé que usted es hombre de honor y que satisfará lo que á mí me presten.

Había tal seriedad y determinación en las palabras de aquel desconocido, tanta honradez en sus facciones que, á pesar de lo anómalo de la situación, D. Casimiro estaba como fascinado.

—Pero.....—balbuceó cada vez más confuso—tanto desinterés..... tanta amistad.....

—Es incomprensible para usted, ¿no es cierto, señor mío? Sin embargo, nada pierde usted con esperar unos días. Sepa usted que en este mundo quedan todavía algunas personas agradecidas, personas que maldicen las infamias de una sociedad corrompida y compadecen á los demás, porque han sufrido y sufren mucho.

—Usted no es un labriego. Quiero adivinar algo y no me es posible. ¿No puedo saber el nombre de usted?

—¿Qué importa mi nombre!

—Sin embargo.....

—Lo sabrá usted á su tiempo.

En aquel momento acababa de abrirse la puerta de un cuarto inmediato; oyóse un grito de mujer y el ruido de un cuerpo que caía sin conocimiento en tierra.

—¡Valentín! ¡Valentín!—murmuraba todavía con gran esfuerzo una voz débil.

La que había gritado era Ramona, y D. Casimiro estaba mudo de sorpresa, pareciéndole que había recobrado completamente la palabra su protegida.

—¡Ramona!—exclamó á su vez el misterioso labriego.

Se precipitó sobre la desmayada joven, la cogió con cariño en sus brazos, la metió de nuevo en su cuarto y la depositó cuidadosamente en la cama vacía. Allí dormían todavía varios niños.

D. Casimiro había entrado también en el dormitorio.

—¡Es mi Ramona!—dijo radiante y exaltado el desconocido viajero.—Yo iba á buscar noticias tuyas á Medina y la encuentro en este cortijo. ¡Secreto por secreto, señor de Aspromonte! Exijo que nadie, nadie, ¿oye usted? absolutamente nadie más que ella sepa ahora una palabra de mi paso por esta casa.

Estuvo un momento silencioso; contempló con inefable cariño á la enferma, y luego repuso:

—Dios es bueno. La emoción ha quitado momentáneamente á mi prometida el conocimiento; pero me ha reconocido, y estoy ya seguro que no morirá, alentada con la es-

peranza de encontrarme. Sí; volveré aquí lo más pronto posible. Á usted confío mi vida, D. Casimiro. Adiós. No puedo quedarme. El viaje que he de hacer no permite demora, y estoy doblemente obligado por mi natural propósito de evitar una infamia y principalmente por la inmensa gratitud que á usted debo.

Y Valentín se alejó con una lágrima en los ojos, dejando confuso, absolutamente perplejo al señor de Aspromonte y del Solano, que dió al fin algunas voces, pidiendo auxilio para que fuese asistida Ramona.....

Poco antes de desaparecer Valentín con un tosco bastón en la mano entre los carrascales, había tomado el mismo camino de la vecina ciudad el granuja Marchamero.

Al tiempo de abandonar á pie el cortijo, hubo de tropezar con D. Diego que, ignorando lo ocurrido, le dijo en voz baja:

—Tengo que recurrir nuevamente á tí, Gaspar. Necesito todavía algún dinero.

—¿Sí, eh? ¿Necesitas dinero?.... ¡Lo de siempre! Pero no lo tengo ya para ti.

—Sin embargo, es preciso que me lo prestes, Gaspar. Hay entre mis manos una importante conquista..... y quiero contar con el más poderoso de los elementos de la galantería.

D. Gaspar se quedó un instante caviloso y luego contestó más tranquilo:

—Te aplaudo, siquiera porque yo no he sabido hacer otro tanto..... ¿Cómo se llama?

—¡Silencio! Es..... Enriqueta.

—Buen bocado es mi casi parienta.

—Me encapricha y la quiero.

—¡Quieres, quieres!.... ¿Y si ella no quiere?

—Corre de mi cuenta convencerla.

—Y me alegraré por D. Casimiro.

—Pero..... ¿me prestarás?

D. Gaspar Marchamero estuvo pensativo un instante.

—Aquí no tengo fondos—dijo.

—Pídelos—objetó D. Diego.—Á tí te será fácil tenerlos pronto, y yo necesito jugar..... y dejar á León sin blanca.

—No puede ser.

—¿Por qué?

—Porque me voy ahora á la ciudad. Si quieres dinero, vente conmigo.

—¿Cuándo te vas?

—Ahora mismo.

—Bueno. Entonces, por la tarde, me pondré yo también en camino para ir allí á buscarte.

—En este caso, fíjate bien en lo que voy á decirte. Mira: no hables á nadie de tu viaje..... Dí que vas á cualquier parte menos á la ciudad. Llega allí de noche.....

—No me faltará algún pretexto. Pero ¿qué diantre de misterio es éste?

—Tengo un plan sorprendente del que puede resultar una gran fortuna..... para tí..... para ambos. Ya hablaremos en la Venta del Molino, donde te esperaré hasta la noche, antes de entrar en la población.

—¿Qué es ello?

—Más tarde lo sabrás. Todo depende en este momento del secreto y de que nadie nos sospeche de acuerdo ni sospeche tampoco que vas conmigo á la ciudad.

—Hasta la vista, Gaspar.

—Abur, Diego.

Y los dos singulares amigos se separaron sin darse la mano y sin más explicaciones.

CAPÍTULO XIV

SIGUEN LAS ESCENAS DEL CORTIJO

Ciertamente todo parece permitido en el campo.

El famoso Marchamero, según decía D. León, había tratado de ponerse al paio como mareante después de fuerte chubasco; pero la ausencia de Gaspar no fué de ninguna manera motivo para interrumpir la alegría del mayor número. No faltaron otras escenas más ó menos grotescas en las que eran alternativamente víctimas unos y otros.

Las travesuras más notables fueron especialmente las de Eulalia, encaminadas casi siempre á llamar la atención del arrogante capitán.

D. León era muy poco amigo de madrugar, á pesar del ejemplo, que suele ser contagioso, y de las continuas pullas y chanzonetas de Eulalia. Así es que, cuando la mayor parte de los moradores del cortijo salían á las primeras horas de la mañana para ir á beber la leche recién ordeñada en la choza de la vacada, él, que se preocupaba muy poco por la poesía de los primeros albores, no solía moverse de la cama hasta las ocho ó las nueve, en que era despertado de su más grato sueño por la ruidosa algazara de los expedicionarios que regresaban. Eulalia parecía desesperada de no poder con ninguno de los recursos de su coquetismo alterar ningún día tan perezosa costumbre.

Una mañana, la siguiente á la desaparición de Gaspar, D. León se levantó sin embargo á las seis, pero malhumorado, porque le hacían levantar á la fuerza.

Una lluvia improvisada, que caía del enmaderado techo en día sereno, roció abundantemente toda la ropa de su cama, obligándole á recibir un fresco baño de veinte chorros que nada tuvo de agradable. D. León, lejos, no obstante, de manifestar su desagrado, fingió una sonrisa, limitándose después de levantado á felicitar á la traviesa Eulalia, que él supuso autora, como así era en efecto, de aquella singular ocurrencia.

—¿Por qué está usted empeñada en hacerme madrugar?— le preguntó el capitán.

—Para hacerle á usted más sociable y tener el gusto de disfrutar de su amable compañía.

—Muchas gracias. El gusto será enteramente mío, pero soy muy holgazán, y lo confieso, mi pereza es un terrible obstáculo á mis mejores deseos.

—El agua, sin embargo, ha surtido hoy buen efecto.....

—Es cierto, pero me iré acostumbrando, y es seguro que este medio de nada servirá otro día.

—¿De suerte que no habrá modo de que participemos por la mañana de unos mismos placeres?

—Sí, Eulalia. Hay uno muy fácil y más seguro: quédese usted también en la cama.

Ésta fué la primera vez que pudo observarse un si es no es de malicia en la entonación que á sus palabras dió el calmoso capitán.

Al despuntar el alba del día siguiente, D. León estaba ya levantado. Fué el primero en madrugar. ¿Qué extraordinario pasaba?

Él se encargó aquel día de llamar sigilosamente á todos los huéspedes de la casa, dando á una criada la comisión de entrar en la alcoba ocupada de costumbre por D. Diego Medina y su mujer, y encargándole muy especialmente que llamase sólo al marido y procurase no despertar á D.^a Eulalia. Se había advertido á la criada que dijese á D. Diego en voz baja que D. León le llamaba á él solo para un asunto de la mayor urgencia.

D. Diego Medina no estaba en la alcoba, según informes de la criada; sola D.^a Eulalia seguía allí durmiendo.

La ausencia de D. Diego, que efectivamente había pasado la noche fuera del cortijo, no causó extrañeza á nadie, ni nadie se cuidó tampoco de averiguar dónde estaba á aquellas horas, suponiendo en él cualquiera humorada, aventura ó capricho. Luego hubo un espectáculo divertido.

Era de ver cómo varios huéspedes salían de sus habitaciones, todos previamente advertidos, cuchicheando alegres y andando sobre la punta del pie para no despertar á Eulalia, y acercarse unos tras otros á la alcoba de la traviesa dormida, á quien indudablemente preparaban una gran broma.

D. León y otro joven entraron resueltos en dicha alcoba del piso bajo, saliendo á poco y llevando con el mayor tiento, como se lleva una camilla, el colchón donde seguía acostada y aun dormida D.^a Eulalia.

Entonces apareció una grotesca comparsa de algunos de los huéspedes ridículamente disfrazados de clérigos, con simuladas casullas y hasta contrahechas sobrepellices, y al salir por la puerta el colchón donde iba Eulalia, todos, hombres, señoras y hasta criadas y niños, entonaron á coro el lúgubre *De profundis*.

Eulalia hubo naturalmente de despertarse asustada á las primeras voces; pero, al comprender su situación, no creyó oportuno abandonar la improvisada camilla, y el cortejo salió en procesión por el campo, sin que nadie diese en aquel momento oídos á las reclamaciones de la que era objeto de aquella extravagante ocurrencia.

Entre tanto volvía su marido de su misteriosa expedición á la ciudad, de la que el cortijo distaba una legua. Entró preocupado en la casa, y vió la alcoba en el mayor desorden. Allí estaban los vestidos, pero no su esposa.

—¿Adónde diablos se habrá marchado en paños menores?—pensó para sí.

Pero no tardó en oír las voces y la algazara del simulado entierro, y al reconocer á su mujer llevada de aquella ridícula manera en un colchón y cubierta con la sábana, manta y colcha, dió un brinco hacia ella, olvidando sus preocupaciones, riéndose á carcajadas y gritando luego con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Alto ahí! Aún faltó yo. Voy á echar á la difunta un *requiem* y una rociada de agua bendita.

Paróse en esto el alegre cortejo, y los que llevaban el colchón lo depositaron en tierra, sin duda para descansar un poco. Pero Eulalia quiso aprovechar esta ocasión para librarse de que á costa suya siguieran adelante las bromas, ó tal vez para escapar de las singulares ocurrencias de su terrible marido, que acudía ya presuroso y alegre con una jarra de agua en la mano.

Envolvióse como pudo en la sábana y, lista como herida gacela, emprendió una carrera hacia la casa. Todos prorumpieron entonces en un aplauso, al ver tan atrevida determinación, aplauso que hubo de redoblarse al caerse de la mano de la fugitiva una de las puntas de la sábana que tenía asida, y en la que tropezó, poniéndola en riesgo de descubrir bastante más de lo que las mujeres suelen enseñar al aire libre.

Su marido no encontró mejor recurso que el de unir su risa y su palmada á las palmadas y á la risa general, á fin de no aparecer tan hurón como su amigo Gaspar.

—¡Bromas hay muy extravagantes y muy libres en el campo!—dijeron algunos de los mismos revoltosos.

Esto, sin embargo, no produjo ningún disgusto serio, sino cierta frialdad entre las dos primas D.^a Eulalia y D.^a Enriqueta, siendo así que ésta fué la única persona que, á decir verdad, trató de oponerse á la parodia del entierro discurrido y llevado á término por D. León. Pero, á pesar de todas las explicaciones que mediaron, siempre sospechó Eulalia que su prima era la inspiradora de tan valiente bromazo.

Pero la armonía aparente que en la casa reinaba no se habría jamás profundamente alterado sin un insignificante incidente cuyos pormenores merecen referirse.

Había llegado allí á la sazón otro joven matrimonio relacionado de antiguo con D.^a Enriqueta, matrimonio que también traía consigo otros dos hermosos niños. La señora de Aspromonte recibió á los recién llegados con grande agasajo, y se dispuso á señalarles habitación.

Sin embargo, el local escaseaba ya mucho en aquella casa; el joven matrimonio y los dos niños necesitaban cuando menos una alcoba algo capaz; la que ocupaba Eulalia y su marido parecía la más á propósito, y Enriqueta se decidió á proponerles un cambio de dormitorio. Las palabras enojosas que con tan fútil motivo se cruzaron fueron de grande é imprevista consecuencia.

—Oye, Eulalia,—había dicho su prima,—¿tendréis inconveniente en trasladaros á dormir, con tu marido, á la habitación de la derecha del comedor?

—¿Por qué quieres mandarme á aquel rincón?

—Yo no te mando á ninguna parte, Eulalia. Tú dispondrás siempre en mi casa de todo; pero te proponía un cambio de dormitorio, porque los recién llegados son cuatro, y muy difícilmente podrán acomodarse allí.

—¿De veras?

—Si te disgusta..... no he dicho nada.

—¿Disgustarme? ¡Qué disparate! Es natural que tenga yo que desocupar este cuarto..... Así, estando tú á este otro lado, podrás tenerle siempre más cerca á él.

—¿Á él? ¿Á quién?—preguntó D.^a Enriqueta, poniéndose colorada.

—Basta, y no me hagas tan inocente—repuso D.^a Eulalia indignada.—¡Creerás que no hemos advertido tu especial solicitud y el modo singular de desvivirte desde que él ha llegado! ¡Si creerás que todo el mundo es sordo y ciego!....

D.^a Enriqueta se formalizó, irguiéndose con dignidad. Aquel intempestivo exabrupto tenía lugar delante de dos amigas primero, y después en presencia de D. León, que durante la refriega casualmente había llegado.

—No sé lo que quieres decir—replicó la esposa del señor de Aspromonte.—Recibo siempre á todos mis amigos de la misma manera.

—No es verdad. Á alguno recibes mejor..... y esto nadie debe extrañarlo ni lo extrañará sin duda, puesto que eres muy dueña de tus simpatías.

—Te exijo que digas claro quién es ese *alguno*.

—¿Quieres que te regale el oído?

—Quiero que medites tus palabras, y que me hagas completa justicia y el favor que debes hacerme.

—Te haré todo el favor que quieras—dijo Eulalia con los labios trémulos de odio.—Es buen mozo y te alabo el gusto. ¿Quieres que diga más?

—Esto no pasa de ser una desvergüenza sin nombre y muy indigna en tu boca.

—Lo tuyo no pasa de ser.....

—¿Qué?

—Nada. Lo de antes es una proposición imprudente que pone de manifiesto tus aficiones.

Á D.^a Enriqueta, tan delicada en su trato como desenvuelta era su prima, se le saltaron las lágrimas al recibir á boca de jarro tan grosera indirecta, y fué á encerrarse en su cuarto, del que no salió en todo el día, excusándose con sus huéspedes por indisposición poco grave.

Pero el capitán D. León del Arroyo, que acababa de presenciarse la última parte de esta desagradable escena, iba á tomar cartas en el asunto, en defensa de la ultrajada señora de D. Casimiro, cuando, haciendo un poderoso y visible es-

fuerzo sobre sí mismo, se contuvo. Pareció que en sus negros ojos brillaba un relámpago de venganza, y suavizando en lo posible la voz, se acercó á Eulalia y le dijo de una manera que dejaba traslucir cierto doloroso sarcasmo:

—Confiese usted haber sido muy injusta y cruel con su pobre é inocente prima.

—Confesaré cuanto usted quiera—murmuró Eulalia.—Es cierto que he sido cruel; pero dispense usted la impremeditación de mi carácter y el arrebató de un momento en que pude pensar que usted era su buen amigo.....

—Amigo leal y desinteresado, sí.

La conversación continuó un rato en voz baja, y desde aquel momento se advirtió entre D. León y la mujer de don Diego cierta inteligencia cada vez más íntima y sospechosa.

Por la mañana del día siguiente á la inmotivada reyerta que hemos contado, casi todos los huéspedes del cortijo habían salido temprano á su expedición acostumbrada.

Se había quedado Ramona. Convaleciente todavía, estaba, sin embargo, animada y alegre. Sus ojos brillaban, sus mejillas eran mucho más sonrosadas que de costumbre. Había oído decir una y otra vez al Sr. de Aspromonte que su visión no había sido un sueño y que pronto volvería á ver á Valentín, después de diez años de ausencia, de dolores y de lágrimas. La esperanza había bastado para transformar á Ramona, devolviéndole mucho de su anterior hermosura.

Cuidaba del reposo de los niños cuyas camas iba recorriendo solícita, una tras otras, cuando le pareció que D. León hablaba en voz baja. Escuchó y oyó también contestaciones de Eulalia.

Ramona se puso entonces en acecho. El demonio de la curiosidad la había mantenido primeramente inmóvil, como clavada, y el mismo espíritu infernal la empujó luego hacia la puerta, desde donde sintió lo que no debía haber sentido, y vió á D.^a Eulalia con el pecho agitado, los ojos encendidos y los labios pálidos de emoción indecible.

En su aturdimiento se había olvidado Ramona de todo, hasta el punto de no observar que Pepita, hija de D.^a Eulalia, la había seguido y estaba como ella mirando.

—¡Cuánto quiere á mamá el capitán!—dijo en voz baja y en el momento en que los dos culpables cambiaban una primera caricia.

Y la niña corrió presurosa á contar lo que había visto á sus pequeños amigos.

El escándalo era inevitable; pero tal vez se hubiera aún aplazado sin la imprudencia de Eulalia. Los inocentes niños contaron cándida y naturalmente á sus madres lo que habían visto; las criadas andaban ya con maliciosas risas y cuchicheos, y hasta un mozo hizo guiños picarescos y dió intencionadas miradas al pasar erguido D. Diego Medina.

Sin embargo, el marido de Eulalia seguía impertérrito, y por nada del mundo pensaba interrumpir sus extravagantes costumbres. Se paseaba tan orondo y lirondo como siempre, dirigiéndose diariamente á las chozas de la vacada, sin perder ninguna ocasión de cortejar á D.^a Enriqueta, en quien tenía siempre puestos los ojos. Todo el mundo menos él sabía ya ó sospechaba lo que en el cortijo ocurría.

D.^a Eulalia estaba ciega ó loca. Viendo la mañana siguiente que el capitán D. León no respondía ni acudía como el día anterior á la sala, tuvo el valor de ir ella en su busca. D.^a Enriqueta sorprendió á su prima descompuesta en el cuarto del Sr. del Arroyo.

Algo extraordinario había pasado entre ambos culpables, que fueron amantes la víspera y parecían hoy aborrecerse. Ella estaba llorosa, él encendido.

—Ahí tiene usted, persiguiéndome hasta en mi mismo dormitorio, á su liviana prima—dijo D. León, impeliendo con desprecio á su humillada cómplice hacia la puerta.—Ésta es la que quiso difamar á usted, Enriqueta, y crea usted que siento en el alma el disgusto que involuntariamente le proporciono.

D.^a Enriqueta bajó los ojos.

—¡Infames!—murmuraba pálida de ira Eulalia, viéndose casi confundida.—¿Creéis, miserables, que me doy por vencida?

—¡Desgraciada!—exclamó condolida D.^a Enriqueta.—Reflexiona un poco, si puedes. Te has empeñado en perder-

te á los ojos de todos, y te perderás sin remedio. He venido buscándote para decirte que tu marido acaba de llegar; te llama..... y algunos huéspedes, que de tu conducta sospechan, quieren espiarte, y quizás vengan también ahora.....

—¡Mi marido y algunos huéspedes! ¿Qué me importa mi marido y cuanto digan y hagan tus huéspedes? ¿No sabré yo desmentiros á todos?

—Sé razonable, Eulalia. ¿Desmentirás también que ahora mismo te encuentras en inadmisibile *negligé* donde no debes? ¿Desmentirás lo que ha visto y cuenta tu hija misma?

D.^a Eulalia acabó por llorar.

—Perdóname, Enriqueta—exclamó al fin.

—Tus ofensivas sospechas están ya olvidadas; pero debías haber previsto que D. León, como todos los hombres.....

—El capitán sólo ha querido escandalizar, movido de no sé qué venganza.

—Tú le has provocado.

—¿Podré aún contar con tu cariño, Enriqueta?

—Sí; con una condición, Eulalia.

—¿Cuál?

—Que hoy mismo abandones el cortijo.

D. Diego Medina buscaba, en efecto, á su mujer. Al ver la alcoba vacía y los vestidos colgados aún en la percha, sospechó si sería también aquélla otra mañana de broma y entierro, y ya se disponía á coger la jarra del agua y á improvisar un hisopo, cuando su mujer cruzó en verdadero *negligé* la sala, yendo á meterse en la alcoba del marido.

—¿Qué diablos tienes, Eulalia?—preguntó éste.—¿Quieres hoy hacerme jugar al escondite?

—No, amigo mío—dijo D.^a Enriqueta acudiendo.—Eulalia dice que ha soñado mucho; ha sufrido una horrible pesadilla; tenía un miedo espantoso, y para no estar sola, se ha escapado á mi cuarto.

—Sin embargo..... yo creía que era por esta otra puerta...

—Por todas partes se va á Roma, querido Diego. Pero no sabes bien el disgusto que tengo. Es ya tanto el miedo de tu Eulalia, que acaba de jurarme que hoy mismo quiere abandonar el cortijo. No hay razones que la disuadan.

—¡Miedo, miedo! Creo que no hay de qué. ¿No está aquí nuestro amigo el capitán?... Siento que nos vayamos tan pronto, porque á mí me prueba bien el campo, me hechizan estos ojitos tuyos, y me divertía aquí mucho.....

—Ya nos veremos pronto en la ciudad—dijo Enriqueta en un tono que parecía alentar una esperanza.

—Entonces, hágase tu voluntad—terminó D. Diego, viendo el cielo abierto.

Eulalia era falsa y despreocupada, y de buena gana se hubiera quedado á pesar de todo en el cortijo para dar nuevo giro á sus travesuras; pero temía á su prima, á quien por su posición estaba obligada á guardar ciertas consideraciones, y dispuso en definitiva su regreso á la ciudad.

Entre tanto, D. Casimiro de Aspromonte y del Solano no se había apercebido de ninguna de estas cosas, porque estaba muy preocupado con el desenlace de los serios asuntos que tenía pendientes. Pocas veces había tomado parte en las diversiones, y cuando lo hacía, era abstraído y sin fijarse en nada. Llegó el temido día del vencimiento del pagaré.

El famoso aparecido de la hidalga promesa, ó sea Valentín, no se presentaba.

En cambio, D. Gaspar Marchamero apareció á primera hora con un escribano.

El gran escándalo era ya inevitable.

D. Casimiro estaba en ansias mortales. Eran las doce del día, y Marchamero parecía dispuesto á todo. ¿Era posible dejar que los huéspedes del cortijo se enterasen de aquella penuria y de aquel conflicto?

Tuvo aquél una conferencia secreta con D. Gaspar, y en ella, confundido y abrumado, lleno de angustia y casi loco, suplicó, conjuró, hizo todas las promesas imaginables y no pudo conseguir del usurero ni el plazo de un día.

—Está bien—dijo al cabo;—podrá usted embargar cuando termine el plazo legal, para el que faltan todavía dos horas. Ni un minuto antes.

Una hora hacía que D. Gaspar Marchamero había llegado al cortijo, cuando por opuesto camino aparecía Valentín en su humilde traje de labriego.

Encontró al Sr. de Aspromonte que, abatido y desesperado, vagaba por la dehesa.

—Aquí traigo, gracias á un buen amigo, la suma prometida—dijo Valentín, presentándole una cartera con valores en papel.

—¡Valentín!.....—exclamó D. Casimiro llorando en brazos del expresidiario.—¡Qué desgraciado soy!

—¿No llego á tiempo? No comprendo..... ¿No me dijo usted que hoy vencía el plazo?

—Es verdad, leal amigo mío; pero Marchamero ha venido á las doce, y ya han dado las cinco.

—¿Y qué?

—Nada..... ¡He sufrido tanto!

—El día no ha terminado.

—Perdóneme usted; pero..... desconfiaba.

—Jamás falté á mi palabra.

—Una generosidad tan grande.....

—Lo debe usted á un amigo de ambos.

—Se lo debo á usted. ¿Cuándo podrá mi agradecimiento recompensar.....

—Yo soy el obligado. Por lo demás, no debe preocuparle esta deuda, que pagará usted cuando pueda.

—Será para mí la más sagrada de mi vida.

—Señor de Aspromonte—repuso Valentín con afecto,—es usted de los hombres que tienen verdadera honradez, y puede contar en todas las circunstancias con lo poco que valgo. Tal vez me necesite usted, andando el tiempo; acuérdesse usted de mí, si es que, uniendo los esfuerzos, podemos poner á raya á bribones como Gaspar. Adiós, D. Casimiro.

—¿Se va usted?

—Sí. Pero antes quiero verla.

—¿Quiere usted ver á Ramona?

CARLOS SOLER ARQUÉS.

(*Se continuará.*)



LOS PRÍNCIPES DE LA POESÍA ESPAÑOLA

POR D. JUAN PÉREZ DE GUZMÁN

CONTINUACIÓN (I)

DE D. ALFONSO VERDUGO Y CASTILLA

CONDE DE TORREPALMA

DE LAS REALES ACADEMIAS ESPAÑOLA Y DE SAN FERNANDO
MINISTRO DE ESPAÑA EN VIENA

INVOCACIÓN DE HIMENEO

AL DESPOSORIO DE LA SERENÍSIMA INFANTA DE ESPAÑA DOÑA MARÍA
TERESA CON EL SERENÍSIMO DELFÍN DE FRANCIA

Ven! Himeneo, ven! Ven, Himeneo!

Del cielo luminoso,
Deseada deidad, grata descende
Al tálamo real de virgen bella,
Y al voto ardiente del amante esposo,
De nueva luz enciende,
No ya tea nupcial; fausta, sí, estrella,
Que corona de dichas el deseo:

Ven! Himeneo, ven! Ven, Himeneo!

(I) Véase la pág. 284 de este tomo.

De aquella pura llama,
 Nudo y vida del mundo, que produce
 La amistad santa y la concordia fuerte,
 La hacha legal en casta luz inflama;
 Aquel fuego en que luce
 La verdad, la virtud, la feliz suerte
 Se propague en tu antorcha por trofeo.

Ven! Himeneo, ven! Ven, Himeneo!

Desciende, numen bello,
 Coronado de gracias y de amores,
 Y con suave mano la coyunda
 Enlaza en uno y otro tierno cuello;
 Que ignoran los rigores
 De la edad, y perpetua su fecunda
 Juventud burla del senil Proteo:

Ven! Himeneo, ven! Ven, Himeneo!

El tálamo suave,
 Como de frescas rosas Citerea,
 Amor de lirios cándidos ofrezca;
 Cándidos entretanto que del grave
 Metal el fulgor sea
 Esplendor de sus hojas, y que ofrezca
 Campo el cielo al blasón de Clodoveo:

Ven! Himeneo, ven! Ven, Himeneo!

Ven, pues, acompañado
 De la Gloria, el Honor y la Fortuna,
 Á quien la Paz y la Victoria sigan,
 Y etérea Atria, en plaustro laureado,
 Descenderá oportuna
 De su celeste asilo, si la obligan
 altas virtudes en heroico empleo.

Ven! Himeneo, ven! Ven, Himeneo!

De los felices hados,
 Que recorran los astros misteriosos,
 Al franco pueblo y á la hispana gente,
 Á la voz de su madre aún no fiados,
 Revela tú gloriosos,
 Los triunfos que preparas, si consiente
 El nupcial coro trompas del Febeo.

Ven! Himeneo, ven! Ven, Himeneo!

DEL MISMO CONDE DE TORREPALMA

DÉCIMAS

AL RETRATO DE LA MARQUESA DE ESPINARDO, CORREGIDORA
DE GRANADA

El primor mejor logrado
Del pincel y su destreza,
Fué de ver vuestra belleza
Ligada á perpetuo agrado;
Y así todo el mundo osado
Le intima el afecto fiel,
Que oculta á vuestro cruel
Ceño; hallando entre los dos,
Todo lo hechicero en vos,
Todo lo apacible en él.

Porque es tan fiero el rigor,
Hoy, de vuestro esquivo trato,
Que desdeñoso el retrato
Hacéis por procurador.
Dejad, pues, que su esplendor
Logre perfección tan alta,
Pues cuando el pincel esmalta
Vuestro semblante apacible,
Le da ¡parece imposible!
La única prenda que os falta.

Del pincel la valentía
Con alma en la copia os muestra;
Pero no es el alma vuestra,
Es más bien el alma mía;
Pues no tiene antipatía
Con el amor ni el querer,
Y á mi genio viene á ser,
Pues la copia hermosa y rara
Sólo tiene el alma para
Ser de vuestro parecer.

Éste tan constante sigo
Que, llevado de él mil veces,
Tengo yo mis esquivaces
De parte vuestra conmigo;
Por él á tratar me obligo
Con rigor á los que escucho
Que os sirvan, y según lucho,
Imitándoos, con la fe
De cierta ansia, pienso que
Debéis de quereros mucho.

Mas si habéis de examinar
Lo que mostráis entender,
Y se puede suponer
Lo que gustáis presentar;
Dejad un rato apartar
El respeto superior
De vos, el duro rigor,
La altivez fiera, el desdén,
Y veréis si queda quien
Os vaya á contar su amor.

¡Oh! ¡Cuánta pena callada
Mostraría en este caso
Que esos cortejos de paso
Eran triunfos de parada!
Pero no estéis engañada,
Creyendo que dejáis vidas
Para huir vuestras huídas;
Sabed que los que se fueren,
Porque no riñáis que mueren,
Van á morirse á escondidas.

No penséis que es nuevo mal
Que llora todo infelice,
Pues cuanto á la copia dice
Lo calla el original.
Mas nuestro temor mortal
Nos tiene tan oprimidos,
que si al retrato, atrevidos,
Declaramos la pasión,
Con gritos del corazón
Es porque no tiene oídos.

DE DON JOAQUÍN ALONSO DE ZÚÑIGA
Y SOTOMAYOR

DUQUE DE BEJAR, CABALLERO DE LA INSIGNE ORDEN DEL TOISÓN DE ORO

SONETO

LA SOLEDAD

Si quieres feliz vida, si inocente
La que es reflejo del candor primero;
Búscala en el aprisco, en el otero;
No en la ciudad confusa é insolente.

No insaciable del oro sed ardiente;
No infiel aura del vulgo lisonjero,
No envidia, ni favor precedero
Seguí á la selva, á quien huyó la gente.

Ni el cetro teme, ni el imperio anhela;
Honor, riqueza, ni temor le para;
Ni otro bastardo afecto le desvela.

¡Quién los dorados techos ignorara,
Su estruendo, sus engaños, su cautela,
Y en tí descanso, oh soledad, hallara!

(Se continuará).





CRÓNICA POLÍTICA

Diariamente surgen interpelaciones apasionadas en el Congreso; pero es lo cierto que llevamos diez meses de profunda paz: se han resuelto durante ese tiempo cuestiones tan importantes como unas nuevas elecciones generales; la huelga de 1.º de Mayo, ha dado en España mucho menos que hacer que en ninguna otra parte de Europa; la crisis agrícola, tan grave hace dos años, se ha atenuado mucho, contribuyendo á ello los decretos de Diciembre último y la perspectiva de una buena cosecha. Los debates del mensaje no han sido violentos, y en las cuestiones más importantes los partidos monárquicos han aparecido unidos; el Gobierno tiene hoy más fuerza y más prestigio que nunca.

Sin embargo, un espíritu de sistemática oposición inspira hoy la campaña contra el propósito manifestado por el Gobierno de reorganizar el Banco de España sobre bases más amplias que las vigentes.

El Sr. Navarro Reverter nos explicó claramente los términos del problema económico que se debate, diciendo:

«Por una parte, se ha encontrado el Gobierno en la situación actual, ya lo ha dicho elocuentemente el Sr. Ministro de Hacienda, así en el preámbulo de los proyectos que ha presentado como en los discursos que lleva pronunciados ante la Cámara, y que, crea lo que quiera el Sr. Carvajal, han lle-

vado el convencimiento á los que había dudosos, si es que alguno había; se ha encontrado, digo, el Gobierno con una situación producida por los déficits de presupuestos anteriores; con una deuda flotante que asciende á 828 millones de pesetas; con la necesidad indispensable de atender á esta deuda; con un déficit probable de 62 millones de pesetas en el ejercicio actual, que ha de venir á sumarse á los anteriores; con compromisos contraídos por el Estado, y que es necesario también satisfacer á medida que van venciendo obligaciones, y sin recursos para pagarlas; con el Banco de España llegando ya al límite impuesto por su ley de creación para la emisión de los billetes, y, por lo tanto, en una verdadera suspensión de funciones bancarias.

»Esto obligó al Gobierno á meditar seriamente sobre tan grave problema, y para resolverlo se le ofrecieron tres soluciones. La primera, un aplazamiento. Malos son siempre los aplazamientos, unas veces porque significan, ya carencia de ideas, ó ya falta de energía para llevar á cabo las ideas, y otras porque, en lugar de mejorar la situación, lo que hacen es empeorar el mal. Además, al aplazamiento se había acudido ya anteriormente. El Ministerio que precedió al actual presentó un proyecto de ley, que no llegó á convertirse en tal, y tuvo que aplazar forzosamente la solución de ese problema, ya entonces planteado, para el año siguiente. Nos encontramos ahora en ese año siguiente, y añadimos á las dificultades de entonces las sucesivas y las presentes; por todo lo cual, y acrecida la gravedad de las circunstancias, el Gobierno no podía aceptar esa solución intermedia del aplazamiento.

»Necesitaba resoluciones definitivas; las buscó y las halló. Podía elegir una de dos: ó hacer un empréstito, como ahora—cosa rara y extraña—se pide por todos los ámbitos de la Nación, ó entenderse con el Banco para enlazar los intereses de este establecimiento con los del Tesoro y hacer una más beneficiosa combinación. De estas dos soluciones, la última es la que ha aceptado el Gobierno, y voy á demostrar que, aritméticamente, esta solución es mejor que la del empréstito, aunque á reserva de demostrar después que, por lo que al crédito del país atañe, por el estado económico de todas las na-

ciones de Europa, por lo sombrío del porvenir que estos problemas ofrecen en todas las partes del mundo, por la gravedad que encierran, ya que de ellos dependen la ruina ó la prosperidad del país; por todas estas causas, digo, el procedimiento aceptado por el Gobierno es el único posible, el más conveniente á los intereses nacionales y el que mayores garantías ofrece para el desarrollo del crédito patrio.

»Ciento cincuenta millones que, como ha dicho el Sr. Carvajal, necesitaba el Sr. Ministro de Hacienda, pero que no es eso, sino que adelanta el Banco de España sin interés durante treinta años, y un empréstito de 250 millones de pesetas en deuda amortizable, componen el contingente necesario para hacer frente á las necesidades del momento. ¿Cuánto va á costar esto al país?

»Entremos en la demostración aritmética. Los 250 millones en deuda amortizable, calculando un tipo de emisión de 88 por 100, producirán 220 millones de pesetas efectivos, que con los 150 millones del anticipo suman 370 millones de pesetas, con los cuales el Estado hace frente, por ahora y en la forma que conocéis, á sus obligaciones. Estos 370 millones de pesetas le cuestan al Estado 14 millones de pesetas anuales durante treinta años, para el servicio de intereses y amortización de los 250 nominales del empréstito. Al cabo de los treinta años esos 250 millones del empréstito los ha pagado ya la Nación á razón de 14 millones anuales, que son 420 millones en los treinta años, y quedarán además por pagar al Banco los 150 millones del anticipo. La Nación habrá pagado, ó tendrá obligación de ello, dentro de treinta años, la suma de 570 millones.

»Estamos ya en 1921: esto es lo que costaría el plan del Ministro. Veamos el otro.

»Un empréstito en 4 por 100 exterior que produjera los 370 millones, suponiendo que pudiera colocarse á un tipo de 68 por 100, y es bastante suponer, porque no hace tres días estaba nuestro signo de crédito á 68 1/2 por 100, exigiría una emisión en papel de 545 millones de pesetas nominales, necesitándose para el interés anual 21.800.000 pesetas. En los treinta años costaría este empréstito á la Nación 654 mi-

llones de pesetas de intereses, y al fin de los treinta años, como la emisión sería en deuda perpetua, debería el país los 545 millones, con lo cual el año 1921 nos encontraríamos con un gasto para la Nación, parte pagado y parte á pagar, de 1.199 millones.

»Éste es el coste del empréstito de los treinta años. Ahora comparemos. El sistema propuesto por el Gobierno implica un gasto de 570 millones en los treinta años; el del empréstito, en igual plazo, un gasto de 1.199 millones; diferencia en favor del sistema que defendemos 629 millones, que, repartidos en los treinta años de este período, significan un ahorro en el presupuesto, una disminución de cargas para la Nación, de 21 millones de pesetas anuales.

»Bueno es que sepan todos aquellos que, siempre de buena fe, porque yo no puedo dudar de la buena fe de nadie, quieren el empréstito, que este sistema echa una carga de 21 millones más cada año sobre los presupuestos del Estado durante treinta años. Ésta es la demostración aritmética; aquí están los números, y cuando ellos hablan, la palabra huelga.

»Todavía hay que tener en cuenta otra cosa, y es que para pagar esos 21.800.000 pesetas de intereses anuales del hipotético empréstito se necesita oro, con lo cual aumentaría esa corriente de exportación del oro al extranjero que nos está empobreciendo; y de aquí la contradicción en que incurren los que piden que se compre mucho oro y al mismo tiempo proponen un empréstito que lo haría salir rápidamente del país. ¡Cuánta ligereza ó cuánta pasión!»

Así se prueba de una manera concluyente la ventaja que ofrece el proyecto que se discute. Los que prefieren el empréstito trabajan por la ruina del país y el aniquilamiento de las fuerzas contributivas.

Esperemos, pues, que los buenos consejos y el patriotismo triunfen al fin en una cuestión cuyo principal ruido arranca de los intereses políticos, en general mal entendidos, y hoy en juego para poner obstáculos á la buena marcha del Gobierno.

* *

De Valencia, y acerca de la cuestión social, tenemos las mejores noticias, vislumbrándose iniciativas fecundas, dignas ahora del mayor encomio y destinadas á servir de plausible ejemplo.

Mucho merecen ser estudiados los siguientes datos que nos suministra la prensa:

El 1.º de Mayo de 1890 fué para la hermosa ciudad del Turia un día de gran tristeza. Por la imprevisión y debilidad de las autoridades de entonces, las huelgas se generalizaron, tomando muy mal carácter. Á pesar de que durante muchos días estuvo ocupada la ciudad militarmente, los anarquistas se impusieron á los trabajadores laboriosos. Hubo una perturbación profunda en todas las industrias; el vecindario pacífico se alarmó; numerosas familias dejaron sus casas, refugiándose en los pueblos; el comercio, hondamente lastimado, pedía que la autoridad militar se encargase del mando para acabar con aquella situación violenta, y milagro fué el dominarla, al cabo de diez días de inquietud y de enormes pérdidas, sin apelar á medidas extremas.

Este año ha bastado el conocimiento que todos tenían de que el Gobierno estaba resuelto á no consentir desmanes, para que los elementos perturbadores quedasen reducidos á la impotencia.

La manifestación obrera del 1.º de Mayo quedó reducida á un *meeting* en la Plaza de Toros para pedir la jornada de ocho horas, *meeting* que, por su escasa concurrencia, fué un completo fracaso para sus promovedores. No ha habido más huelga que la de los panaderos, con resultado tan malo para los huelguistas, que muy pronto tuvieron que desistir de ella. Todas las industrias han seguido su curso normal, y no hay familia de trabajadores en que haya faltado un solo día el pan honradamente ganado con la cotidiana faena.

Las circunstancias eran oportunas para realizar un pensamiento que espontáneamente, sin ajena sugestión, había surgido en el seno de la misma clase obrera. Algunos operarios de varias industrias han formado una Sociedad, cuyos reglamentos están ya aprobados, y que se titula Asociación de obreros en general. Su objeto, según expresan aquellos reglamentos, es soste-

ner la armonía del trabajo y el capital. Entienden estos trabajadores que el patrono, el empresario, el capitalista no son sus enemigos, sino sus auxiliares, y que á todos importa estar de acuerdo.

Habían dado noticia los periódicos de la creación de esta Sociedad; pero sin duda no le atribuían importancia, porque apenas hablan de ella. Las autoridades, algunas corporaciones, varios industriales y otras personas distinguidas fueron invitadas por los que están al frente de la naciente Asociación (trabajadores modestos y poco conocidos) para asistir á una junta que había de celebrarse en la Universidad, á fin de solicitar su apoyo y su consejo.

No hicieron, sin duda, gran caso de la invitación las autoridades, pues sólo el Capitán general envió á un jefe militar para que lo representase. De las corporaciones acudieron comisionados de la Liga de Propietarios, del Ateneo Mercantil y algunas otras. Asistieron algunos industriales, pocos, aunque de representación importante, por ser de los que mejor conocen sus intereses. Pero, modesta como era la reunión, todos los asistentes se convencieron muy pronto de que estaban allí haciendo una cosa que, si hay constancia para llevarla adelante, puede ser una obra grande y fecunda.

No pudieron ser más satisfactorias las manifestaciones todas que se hicieron en aquella junta. Los iniciadores de la Asociación de obreros en general se expresaron con una ingenuidad que les valió las simpatías calurosas de los demás elementos congregados. Quieren defender el capital contra los que, halagando al trabajador con locas esperanzas, desatentadamente lo atacan. Quieren, sí, mejorar en lo posible las condiciones del trabajador, pero no por medio de imposiciones violentas, sino armonizando todos los intereses. Á esta excelente disposición contestaron con iguales propósitos de buena inteligencia industriales tan importantes en Valencia como lo son el fabricante de sedas Sr. Pampló, el impresor D. Federico Domenech, el ingeniero Sr. Blanco, el maestro de obras señor Alsagne y algunos otros.

Fueron importantes, y muy bien recibidas, las palabras del director de *Las Provincias*, D. Teodoro Llorente. Invitáronle

primero á hablar, como decano de la prensa valenciana y cronista de la ciudad. Con este último carácter, el Sr. Llorente recordó la gloriosa historia industrial de Valencia, con sus gremios, que fueron modelo de armonía fraternal entre todos los elementos de la vida económica, y excitó á los industriales de hoy á mantener aquel espíritu, ofreciendo el apoyo de la prensa á la nueva Asociación.

Pidiéronle después que ese apoyo se lo prestase también como representante de Valencia en las Cortes, y entonces el Diputado conservador tuvo que decir algo sobre la intervención de los poderes públicos en las cuestiones sociales. Dijo el Sr. Llorente que han pasado los tiempos en que se consideraba limitada aquella acción á la garantía del derecho y en que se juzgaba que debían quedar abandonadas todas las clases á las leyes económicas de la competencia. Hoy esa abstención no es ya admisible; el deber de tutela que incumbe al Gobierno autoriza las medidas protectoras de los elementos más necesitados de amparo. «Si en esto ven algunos asomos de socialismo—decía el director de *Las Provincias*,—á mí no me asusta la palabra; á mí lo único que me asusta es la guerra social, la lucha entre las clases, el conflicto entre los que deben estar unidos para que la producción sea lo más fructuosa que pueda ser para todos los que á ella contribuyen.»

Estas manifestaciones fueron muy aplaudidas: únicamente protestó de ellas, en términos muy templados, el catedrático de la facultad de Derecho D. Aniceto Sela, que representaba en la reunión á *El Mercantil Valenciano*, y que expuso á los obreros la conveniencia de no fiar su mejoramiento á la acción del Estado, que juzga ineficaz para el caso. Esta ligera disonancia no impidió la general conformidad de pareceres y el entusiasmo con que terminó la reunión.

Los industriales que habían asistido se inscribieron desde luego en concepto de socios protectores de la Asociación de obreros en general, y como primer acto de ella se dirigió una petición al Ayuntamiento en demanda de que en alguno de los edificios públicos se establezca una Bolsa del trabajo para la contratación de jornaleros, que ahora, siguiendo antigua costumbre, se hace al aire libre, en la plaza de la Catedral.

Esto pasa en Valencia; y allí, como en toda España, bien contados los trabajadores, son más los de buen sentido que los de tendencias pervertidas, aunque por falta de organización aparezcan en minoría los buenos y se sobrepongan los llamados anarquistas y otros obedientes sólo al impulso de los revolucionarios extranjeros.

Obra superlativamente fructuosa sería, en medio de los conflictos actuales, asociar á los trabajadores de buena voluntad, que podrían quizás formar la hueste más numerosa para resistir en todas partes á los que se empeñan en ser juguetes de malos consejos, y resultan víctimas inconscientes de los agitadores que con miras egoistas se mueven al otro lado de los Pirineos. La asociación de los sensatos sería además el mejor medio para resistir también con energía, y proceder, llegado el caso, en debida forma contra toda clase de imposiciones injustas.

A.





REVISTA EXTRANJERA

Todavía se tocan aquí, y más allá, en toda Europa, las tristes consecuencias de los disturbios, en mayor ó menor grado rebeldes, provocados por la Sociedad internacional de los anarquistas, alentados por revolucionarios incorregibles y consentidos por muchos Gobiernos de aquende y allende los mares.

No cabe duda de que las sociedades modernas tienen que hacer frente á gravísimos conflictos. Los que no quieren reconocerlo sufren una ceguera incurable y son además sordos cuando siguen impertérritos é indiferentes, y no ven signos alarmantes ni oyen rumores capaces de perturbar la tranquilidad de su espíritu optimista. Y fuera preferible, sin embargo, examinar con la mayor atención el mal, estudiando los medios de reducir sus estragos. Hay muchas llagas que son curables, aunque otras no lo sean.

Que Europa y el mundo entero están hoy bajo el peso de una crisis terrible, lo prueban las manifestaciones pasadas y los chispazos que aún siguen, apareciendo en algunas minas belgas, en las calles de París, y de vez en cuando en algunas de nuestras pocas fábricas, como recientemente en las de Manresa y en la Coruña.

Tristísimas resultarán las consecuencias de la gritería legal de los utopistas y de la locura de los sectarios, si se les

deja á ellos solos dirigir la propaganda y las reformas del porvenir, sin que los hombres de orden y de grande y legítima influencia quieran entrometerse en corregir con afán los abusos de un estado social que es naturalmente perfectible. No bastan ya soldados ni agentes de policía ante esos anarquistas que se rebelan contra todo lo existente á voz en grito, y hacen nuevos prosélitos, y los desmoralizan más cada día.

Léanse los periódicos que circulan entre los obreros; recórranse los círculos revolucionarios, y oíganse las peroraciones de sus meetings. Todo son clamores salvajes contra la religión, la moral, la justicia, la propiedad, la familia, la herencia, el capital, el impuesto, el crédito y el trabajo.... Todo son voces desatentadas contra las bases más respetables de la sociedad humana.

¿Qué remedio? Sabido es que sembrando vientos sólo puede cosecharse tempestades; pero aún es tiempo de abrazar con firmeza y elevadas miras una política reparadora y fecunda que atenúe cuando menos los desastres que por la senda que seguimos serán inevitables.

Analícense un poco los progresos de algunos años á esta parte, progresos obtenidos por los que no abrigan más ambición política que la destrucción absoluta de la sociedad en que hemos nacido y vivimos. Ya en 21 de Enero de 1876, decían en un manifiesto los socialistas incendiarios de París, desde New-York, donde habían buscado refugio: «Cuando llegue el día de la venganza, heriremos á esa sociedad criminal y salvaje en sus hijos, lo mismo que en su propiedad. Con el último sacerdote desaparecerá el último vestigio de embrutecimiento y de errores. Con el último burgués desaparecerá el último vestigio de la explotación del trabajo, el último vestigio de la explotación de la miseria.» No es posible llegar nunca á un acuerdo con tan furiosos directores de ciertas masas populares.

Otros socialistas que por aquella misma época redactaban en Ginebra un periódico titulado el *¡Quién vive!*, como energúmenos también exclamaban: «¡Sabed que no tenemos más que un pensamiento: la venganza! Y ésta ha de ser te-

rrible y ejemplar. Vendrá un día, no lo ignoráis, en que nosotros seremos los amos, y entonces no habrá perdón ni misericordia para los asesinos de 1848 y de 1871. Estén ó no canas vuestras cabezas, las segaremos, y las segaremos con la mayor sangre fría, sin respetar á vuestras mujeres ni á vuestras hijas y sin tener lástima de nadie, porque á nadie debemos nada más que la muerte. La muerte estará, pues, á la orden del día hasta que toda vuestra maldita raza haya desaparecido.....»

Y no se diga que todas estas voces no pasan de ser alaridos sin consecuencia, porque las declamaciones que solamente se oían hace diez años entre los yankees de New-York ó á orillas del lago Lemán, se repiten hoy en los *meetings* anárquicos de todas las ciudades de Europa, y en uno de los periódicos de París que ensalzan á Danton y al innoble Padre Duchesne y piden estatuas para Marat y Robespierre hemos leído: «Si Mitrídates pudo salir triunfante de todos los venenos y asimilarse los más agudos, es que tenía un antídoto soberano: el odio. Si ha quedado como una de las más gigantescas figuras de la historia, es porque supo en un día, á una hora y á una señal exterminar de una vez á 80.000 romanos.» Claro es que todo esto son verdaderas locuras, efecto de un estado patológico muy sensible; pero á los locos hay que tratarlos con bondadoso cariño, como enfermos, y no con indiferencia, dejando que cada vez sean más violentas y escandalosas sus perturbaciones y excen-tricidades.

Á las voces de exterminio inspiradas por el odio hay que contestar con los consejos y procedimientos de la caridad cristiana, única que resuelve el difícil problema de la cuestión social. Un Estado tolerante ó respetuoso con todas las conquistas modernas, que permite predicar libérrimamente el odio y abre tribunas para pedir el exterminio del mundo entero, podrá dictar leyes que mejoren la condición material de los obreros, pero será incapaz de evitar la revolución social, si no acude á la salvaguardia de los principios religiosos, que inspiran abnegación á los pudientes y dan conformidad al necesitado. En la última encíclica de Su Santi-

dad verán los católicos que hay un socialismo cristiano, fundado en el Evangelio, que prescribió á aquella comunión la fraternidad y la caridad, que censuró la insolencia y el inmoderado amor á sí propio; y que, á más de ese socialismo cristiano, que en suma viene á significar amor á la sociedad y al hombre, hay otro socialismo, el del Estado, el cual dice León XIII que debe contribuir al bien de la clase obrera; que ésta es una de sus principales obligaciones; que, planteada como hoy lo está la crisis social, debe intervenir cuantas veces se lo exija la tutela del bien común y de los derechos de las distintas partes que componen la gran familia de los hombres.

*
* *

Nos ha anunciado el telégrafo que la Reina Natalia de Servia fué expulsada brutalmente de la capital, donde reina su hijo, de menor edad, bajo la regencia presidida por Ristitch.

Desagradable impresión causó tal hecho en Europa, sobre todo al conocerse los pormenores que hicieron aún más simpática á aquella maltratada y desgraciada señora, Reina á la vez y cariñosa madre, víctima antes de la torpe conducta del ex-Rey Milano y hoy del Ministerio radical que allí impera. Creyóse en un principio que Rusia intervendría acaso en los disturbios de los pueblos eslavos en los Balkanes; pero está visto que Rusia no quiere mezclarse en los asuntos interiores de los países á los cuales dió vida libre é independiente.

Fué conocida en Rusia la decisión que había tomado Ristitch de expulsar á la Reina Natalia, cuya presencia en Belgrado era un obstáculo á ciertos proyectos maquiavélicos relativos á la educación que se quiere dar al joven Rey; pero no ha querido Rusia faltar á su antigua neutralidad, oponiéndose á la incalificable conducta de los regentes de Servia. No importa que los desórdenes provocados señalen la caída del Ministerio radical, ó una revolución que arreste también á la dinastía. El único caso que podría hacer salir al Go-

bierno imperial de su actitud expectante sería la intervención de una de las grandes potencias; pero tal eventualidad dista mucho de ser temible actualmente.

Rusia se consagra ahora á la solución de importantes problemas de orden interior. Rectifica en primer término la organización de las provincias bálticas, donde el elemento serbio y la población indígena luchan sin cuartel contra las últimas convulsiones del germanismo feudal que allí agoniza. El Imperio ruso estudia además las reformas con que lentamente, aunque con paso seguro, va modificando todas sus instituciones provinciales, sustituyendo las funciones de árbitros y de jueces de paz por magistrados de distrito que nombra el Estado. Realiza luego grandes obras públicas, como son los ferrocarriles de Siberia, destinados á enlazar las comarcas más apartadas de las posesiones asiáticas con los centros de la Rusia europea, facilitando la colonización de la provincia de Odesa y de las fronteras chinas.

Una terrible noticia ha perturbado también con indecible angustia á la corte de San Petersburgo y á los cien millones de súbditos del Emperador. Nos referimos al atentado cometido en el Japón contra el Gran Duque Nicolás Alexandrowitch.

Sin embargo, gracias á la serenidad del hermano Jorge de Sica, pudieron salvarse los días del heredero de la Corona.

Las correspondencias nos dicen que la muchedumbre inmensa, que estacionaba ante el palacio Anitchkov, prorrumpió, al saber que la herida era muy leve, en frenéticas exclamaciones de *Slava Bogou*—¡Gloria á Dios!—y luego miles y miles de cabezas se descubrieron, persignándose y dando gracias al cielo, que había salvado al *Nadéju-Gossudaria*—al Señor que es la esperanza de Rusia,—al mismo tiempo que era saludado con atronadores hurras el valiente hermano de Sica, que paró el golpe del fanático miembro de una secta japonesa hostil á los extranjeros.

S.



BOLETÍN BIBLIOGRAFICO ⁽¹⁾

L' Année philosophique, publicado bajo la dirección de F. PILLON, antiguo redactor de la *Critique philosophique*.—París, Félix Alcan editor, 1891.—En 4.º, 356 páginas: 5 pesetas.

El *Anuario filosófico*, cuyo primer tomo ha dado á luz el Sr. Pillon con la colaboración de los Sres. Renouvier y L. Dauriac, está destinado á reemplazar á la *Crítica filosófica*. Su objeto es dar á conocer y seguir, año por año, el movimiento filosófico contemporáneo. Va encaminado á los profesores, estudiantes de filosofía y á cuantas personas desean estar al corriente de las ideas generales. Está compuesto de dos partes, dedicadas: la primera, á estudios acerca de los grandes problemas filosóficos que se han sentado y discutido en nuestro tiempo; la segunda, al análisis y examen crítico de las obras filosóficas escritas en francés ó traducidas á este idioma, publicadas en el curso del año. El presente volumen contiene tres estudios importantes: el primero, del Sr. Renouvier, sobre el acuerdo del fenomenismo racional con la creencia en un Dios personal y creador; el segundo, del señor Pillon, sobre la crítica de las ideas de infinito y de perfecto; el tercero, del Sr. Dauriac, sobre la estética de Guyau. La

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al Director de esta publicación.

revista bibliográfica comprende noticias de cincuenta y cinco obras filosóficas correspondientes al año de 1890.

*
* *

Todo en broma. Versos de VITAL AZA. Prólogo de Picón. Intermedio de Estremera. Epílogo de Ramos Carrión.—Madrid, La España Editorial, 1891.—En 4.º, XIII-355 páginas: 3,50 pesetas.

Tan conocido es el nombre de Vital Aza, como escritor de agudo ingenio y de inimitable gracia, que no hay para qué ponderar el regocijo que produce la lectura de sus versos, llenos de donaires y chistosas ocurrencias. Se devoran las 400 páginas del volumen y se deja éste con pena, motivada por lo corto que parece. Dios pague y premie al Sr. Aza—tan buen literato como amable caballero—el uso que hace de su fecunda y salerosa vena poética en sus obras dramáticas y en todos sus trabajos: promueve la risa franca y alegre sin chistes de mal gusto.

La España Editorial ha distribuído además el número 5 del *Nuevo Teatro Crítico*, que redacta Emilia Pardo Bazán. Aparte de otros trabajos, contiene dos de mucho mérito que se titulan *Mi Semana Santa* y *Zola y Tolstoy*. Del *París* de A. Vitu, magistralmente traducido por la misma dama, hemos recibido los cuadernos 11 á 15. Contiene multitud de hermosos grabados que completan las fieles descripciones del texto, tan fieles y animadas que los que conocen París creen volverlo á ver, y los que no lo han visitado se lo figuran tal como es, hasta el punto de que podrían recorrerlo sin *Guía* ni *cicerone*. La edición es verdaderamente espléndida.

*
* *

La Argelia, por el DR. BERNARD. Versión española de C. Frontaura. Dibujos de Kauffmann (croquis del autor).—Madrid, El Progreso Editorial, 1891.—En 4.º, 365 páginas.

Hé aquí un libro ameno en que se describe con exactitud, ingenio y galanura el país de Argel, el Sahara, la provincia

de Orán, el Sur oranés, de Argel á Constantina y Constantina. El autor sabe intercalar anécdotas que aumentan el interés del relato y dan á conocer una comarca verdaderamente original. No hay que decir que la traducción es correcta y esmerada y la edición elegante, como todas las de El Progreso Editorial.

*
* *

Le nouveau mysticisme, por F. PAULHAN.—París, Félix Alcan, editor, 1891.—En 8.º, 201 páginas: 2,50 pesetas.

Se nota actualmente que, por una parte, hay un misticismo que, lejos de rechazar el apoyo de la ciencia, la busca y se apodera del entendimiento de algunas de las personas que investigan los oscuros fenómenos que marcan el límite de nuestros conocimientos; por otra parte, se extiende la convicción de que toda efusión sentimental no sostenida por conocimientos exactos corre grave riesgo de no ser eficaz. El Sr. Paulhan se ha propuesto en su libro determinar las circunstancias que han producido la situación actual y señalar las que la ha precedido y, en cierto modo, determinado.

*
* *

La leyenda del Rey Bermejo, por D. RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS. Ilustración de Isidro Gil.—Barcelona, biblioteca Arte y Letras, 1891.—En 8.º, 418 páginas.

Poesía, color de localidad y de época, elegante estilo, escenas interesantes y conmovedoras á las veces; todo esto hay en el libro de Amador de los Ríos; hermosa leyenda que, como dice el autor en la dedicatoria, es una fugitiva del naufragio en que pereció la era romántica contemporánea, cuyos cantos armoniosos arrullaban la cuna de los que ya bajamos la penosa cuesta de la vida. Al leer el libro de Amador de los Ríos se ensancha el corazón, acuden á la memoria los incomparables verjeles de Andalucía y se traslada uno con el pensamiento á edades menos prosaicas que la nuestra.

La misma casa editorial ha publicado un volumen de la

biblioteca Clásica española, formado por artículos escogidos de D. Juan Cortada, publicados desde el año 1838 al de 1868, con los seudónimos de Abén Abulema y Benjamín. Pueden en cierto modo compararse con los de Larra y Mesonero Romanos. Los ha coleccionado con mucho acierto el señor D. Juan Sardá, quien incluye una biografía de Cortada muy bien trazada y sentida.

*
* *

Al primer vuelo (*Idilio vulgar*), por J. M. DE PEREDA. Ilustración de Apeles Mestres.—Barcelona, imprenta de Henrich y Compañía en comandita, 1891.—En 4.º, dos tomos de 303 y 327 páginas: 8 pesetas.

Una nueva obra de Pereda es siempre un acontecimiento literario, y la última, hermoso *idilio vulgar*, en el que la encantadora protagonista, Nieves, se enamora de un farmacéutico de Peleches, es de las producciones más bellas que han salido de la pluma del insigne castellano de Polanco. Forman el cuadro de la narración risueños paisajes, marinas y rasgos delicadísimos de primer orden; la esmaltan situaciones incomparables, como la que motiva un clavel. *Al primer vuelo*, que consta de dos elegantes tomos, se lee de un tirón, casi sin intercalar un resuello, el ánimo embebecido y la atención suspensa por los personajes que intervienen, ninguno de ellos repugnante, todos honrados y de carne y hueso. ¡Cuán necesitada está nuestra literatura de libros como el último del egregio Pereda!

*
* *

La Anatomía artística, por MATHÍAS DUVAL. Version castellana del Dr. Luis Marco.—Madrid, La España Editorial.—En 4.º, 347 páginas con 81 figuras en el texto: 4 pesetas.

Esta obra, á la que ha añadido un interesante apéndice su traductor el excelente literato Sr. Marco, está destinada á los artistas que tienen la *noción empírica* de las formas, actitudes y movimientos, la *noción científica* de las cuales les

demuestra. Por eso da la explicación anatómica del modelado y de sus modificaciones en los estados de reposo y movimiento, tomando al esqueleto como punto de arranque de los estudios. Como se ve, es un libro sumamente útil para cuantos deseen conocer la anatomía bajo su aspecto artístico. La impresión y el papel son muy buenos.

* * *

Otras publicaciones.

Principios elementales de Estática gráfica, por D. Eugenio Guallart Elías, ingeniero de montes. En 4.º, 78 páginas y 4 láminas.—Es un trabajo bien pensado y escrito, que facilita mucho el estudio de estas importantes materias.

Nuevo descubrimiento del gran río de las Amazonas, por Cristóbal Acuña.—Pertenece á la colección de libros que tratan de América, raros ó curiosos, y es una reproducción esmeradísima de la primera edición publicada en Madrid en 1641. Contiene curiosas noticias y descripciones de los indios ribereños del Amazonas. No se han estampado más que 500 ejemplares, al precio de 4 pesetas.

En el África tenebrosa, por Enrique M. Stanley.—Los editores Espasa y Compañía, de Barcelona, han repartido los cuadernos 24 á 28 de esta obra, que está á punto de terminar, pues sólo faltan los Apéndices. Como los anteriores, aparecen ilustrados por grandes láminas, entre ellas las que representan: varios pigmeos, regreso de la expedición á Zanzíbar, llegada de Emín, Nelson y los demás sobrevivientes. El interés de la narración es muy grande, porque admiran al lector las proezas del célebre viajero.

Del *Tratado práctico de partos* del Dr. Auvard se han repartido los cuadernos 15 y 16, también ilustrados con profusión de dibujos.

De la magnífica obra *España; sus monumentos y artes; su naturaleza é historia*, se han repartido los cuadernos 243 á 245, con los que empieza la descripción de *Huelva*, por don Rodrigo Amador de los Ríos. Están ilustradas con fotogra-

bados y heliografías de Joarizti y Mariezcurrena y con dibujos y cromos de Isidro Gil.

Photographie des couleurs, por Alfonso Berget, doctor en ciencias. París, Gauthier-Villars é hijos, editores. En 8.º, 64 páginas, 1,50 pesetas.—El sabio académico francés señor Lippmann ha descubierto la fotografía de los colores, dando una solución definitiva y científica al difícil problema. El nuevo método se apoya en consideraciones de física que suponen conocimientos relativos á la teoría ondulatoria de la luz, que reúne en su útil opúsculo el Sr. Berget, auxiliar del laboratorio del Sr. Lippmann, y da á conocer el mecanismo íntimo del ingenioso procedimiento.

Les condamnations conditionnelles suivant la loi française et les lois étrangères, por D. Emilio Worms. En 4.º, 47 páginas.—El sabio académico y catedrático Sr. Worms acaba de publicar un concienzudo trabajo acerca de las condenas llamadas condicionales. Comienza examinando el estado del asunto en Hungría, y luego expone el balance de las condenas condicionales en América, Inglaterra y Australia. Termina el opúsculo con la ley de 26 de Marzo de 1891 respecto á la atenuación y agravación de las penas. Nuestros legisladores deben leer con detenimiento la última producción del ilustre escritor Sr. Worms, porque contiene gran suma de doctrina y opiniones que importa muy mucho tomar en cuenta.

La Tierra de María Santísima. Perspectivas y costumbres andaluzas, escritas por Benito Más y Prat. Ilustrada con cuadros y viñetas por J. García y Ramos. Barcelona, Sucesores de N. Ramirez y Compañía, editores. Con los cuadernos 40 y 41 termina esta obra de lujo, que es sin disputa tan notable por lo ameno y pintoresco del texto como por la belleza artística de los grandes cuadros y preciosas viñetas que contiene. Parécenos que pocas personas ilustradas prescindirán de procurarse un libro de tanto mérito, que es, por añadidura, una joya tipográfica.

A.

BANCO HISPANO-COLONIAL

ANUNCIO

Billetes hipotecarios de la Isla de Cuba.—Emisión de 1886.

Con arreglo á lo dispuesto en el art. 1.º del Real decreto de 10 de Mayo de 1886, tendrá lugar el vigésimo sorteo de amortización de los billetes hipotecarios de la Isla de Cuba, emisión de 1886, el día 1.º de Junio, á las once de la mañana, en la sala de sesiones de este Banco, Rambla de los Estudios, núm. 1, principal.

Según dispone el citado artículo, sólo entrarán en este sorteo los 1.181.750 billetes hipotecarios que se hallan en circulación.

Los 1.181.750 billetes hipotecarios en circulación se dividirán para el acto del sorteo en 11.818 lotes de á cien billetes cada uno, representados por otras tantas bolas, extrayéndose del globo 12 bolas, en representación de las 12 centenas que se amortizan, que es la proporción entre los 1.240.000 títulos emitidos y los 1.181.750 colocados, conforme á la tabla de amortización y á lo que dispone la Real orden de del actual, expedida por

el Ministerio de Ultramar.

Antes de introducirlas en el globo destinado al efecto, se expondrán al público las 11.635 bolas sorteables, deducidas ya las 183 amortizadas en los sorteos precedentes.

El acto del sorteo será público y lo presidirá el Presidente del Banco, ó quien haga sus veces, asistiendo además la Comisión ejecutiva, Director Gerente, Contador y Secretario general. Del acto dará fe un notario, según lo previene el referido Real decreto.

El Banco publicará en los diarios oficiales los números de los billetes á que haya correspondido la amortización y dejará expuestas al público, para su comprobación, las bolas que salgan en el sorteo.

Oportunamente se anunciarán las reglas á que ha de sujetarse el cobro del importe de la amortización desde 1.º de Julio próximo.

Barcelona 15 de Mayo de 1891.—El Secretario general, *Arístides de Artiñano*.

BANCO HISPANO-COLONIAL

ANUNCIO

Billetes hipotecarios de la Isla de Cuba.—Emisión de 1890.—Segundo sorteo de amortización.

Con arreglo á lo dispuesto en el art. 1.º del Real decreto de 27 de Setiembre de 1890, tendrá lugar el segundo sorteo de amortización de los billetes hipotecarios de la Isla de Cuba, emisión de 1890, el día 10 de Junio, á las once de la mañana, en la sala de sesiones de este Banco, Rambla de los Estudios, número 1, principal.

Según dispone el citado artículo, sólo entrarán en este sorteo los 340.000 billetes hipotecarios que se hallan en circulación.

Los 340.000 billetes hipotecarios en circulación se dividirán para el acto del sorteo en 3.400 lotes de á cien billetes cada uno, representados por otras tantas bolas, extra-yéndose del globo cuatro bolas, en representación de las cuatro centenas que se amortizan, que es la proporción entre los 1.750.000 títulos emitidos y los 340.000 colocados, conforme á la tabla de amortización y á lo que dispone la Real orden de 8 del actual, expedida por

el Ministerio de Ultramar.

Antes de introducirlas en el globo destinado al efecto, se expondrán al público las 3.396 bolas sorteables, deducidas ya las cuatro amortizadas en el sorteo anterior.

El acto del sorteo será público y lo presidirá el Presidente del Banco, ó quien haga sus veces, asistiendo, además, la Comisión ejecutiva, Director gerente, Contador y Secretario general. Del acto dará fe un notario, según previene el referido Real decreto.

El Banco publicará en los diarios oficiales los números de los billetes á que haya correspondido la amortización y dejará expuestas al público, para su comprobación, las bolas que salgan en el sorteo.

Oportunamente se anunciarán las reglas á que ha de sujetarse el cobro del importe de la amortización desde 1.º de Julio próximo.

Barcelona 23 de Mayo de 1891.—El Secretario general, *Arístides de Artiñano*.